

PEPE RIBAUT

EL ORINAL
DE LAS TINIEBLAS
Y LA MADRE QUE PARIÓ AL ALCALDE



Pepe Ribault

El Orinal de las Tinieblas

T.L.,

y la Madre que
Parió al Alcalde

© Pepe Ribault, 2013

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

peperibault.wordpress.com

«¿Cómo?», decía moza ye-ye
Frai Luins de Liuns

Dadme un punto del mundo y
moveré un pollo
Frai Chiquen de Qentaquis

Índice de capítulos

[Génesis inicial](#)

[Historia universal](#)

[Prehistoria natural](#)

[Selección de personal](#)

[Caza animal](#)

[Candidata inusual](#)

[Metamorfosis total](#)

[Candidato excepcional](#)

[Caída sin igual](#)

[Candidato ideal](#)

[La raíz del mal](#)

[La que parió al chaval](#)

[Tragedia descomunal](#)

[El oeste occidental](#)

[Asamblea desleal](#)

[Monumento mineral](#)

[Reino central](#)

[Ascenso diagonal](#)

[Culturilla general](#)

[Búsqueda confidencial](#)

[Desierto meridional](#)

[Arena y una de cal](#)

[Gobierno dictatorial](#)

[Palacio septentrional](#)

[República glacial](#)

[Vitrina de cristal](#)

[Castillo sepulcral](#)

[Objeto letal](#)

[Tiene el orinal](#)

[Golpe imperial](#)

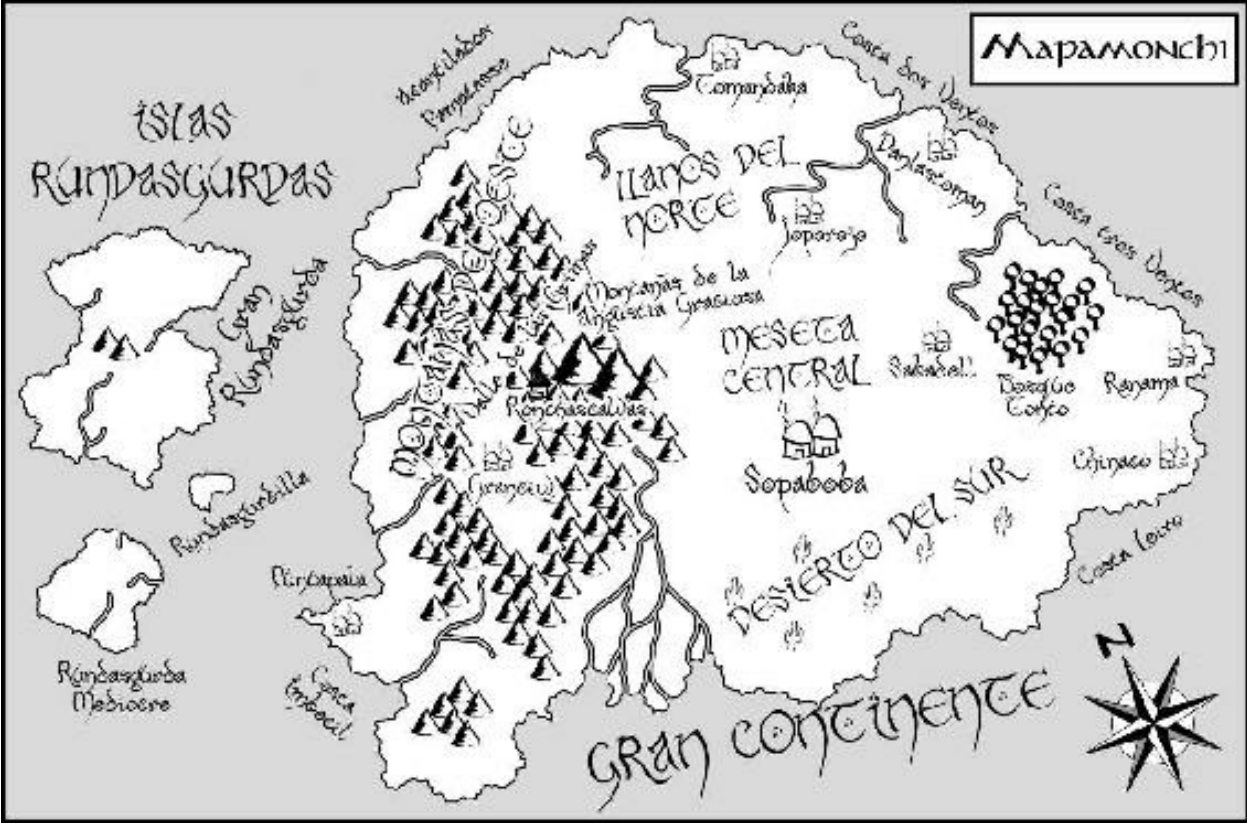
[Afilando el puñal](#)

[Contragolpe municipal](#)

[Drástico final](#)

[Balance celestial](#)

[Apéndice adicional](#)



Génesis inicial

Al principio estaba todo oscuro. Tan oscuro estaba que no se veía nada. Y eso que nada, lo que es nada, haberla la había. Pero no se veía. Era todo un caos, es decir, nada era un todo. Pero eso era todo. Resumiendo, nada de nada.

—¡Qué oscuro está todo! —exclamó Dios, sin pena ni gloria—. Madre mía, no sé dónde dejé el caos. Creía haberlo dejado aquí, pero aquí no hay nada. O sea, que está todo. Y además, todos los gatos son pardos.

Pero se equivocaba: ni Dios tenía madre, ni existían todavía las penas ni las glorias, ni los caoses, ni los todoses. Y, por supuesto, no existían los gatos, y menos aún los que ese día eran pardos.

De hecho no existía nada, ni siquiera Él mismo. Cuando se dio cuenta, tuvo que crearse para poder seguir con sus cositas. Pero justo cuando estuvo creado, resbaló y se dio un golpe en la sien. Por suerte se lo dio contra nada, con lo que no hubo que lamentar daños divinos.

Lo que sucedió después resulta confuso. Unos dicen que aprovechando que no llovía, creó las cielas y los tierros. Pero el argumento es absurdo, por razones obvias que no voy a detallar, pues las desconozco completamente.

Otros afirman que creó la luz. Pero también se equivocan.

Lo que sucedió realmente es que creó la luz. Y también se equivocó. Porque la creó blandita, pesada y con forma de bicicleta. Cuando la hubo terminado, exclamó:

—¡Esto no puede ser la luz...! ¿Qué será? —se preguntó mientras la palpaba (puesto que no había luz).

Cuando descubrió que, pedaleando, la dinamo acoplada a la rueda trasera producía energía que la bombillita delantera transformaba en un tenue rayo luminoso, se dio cuenta de que iba bastante bien encaminado.

Después de muchos intentos, acabó creando aquello que hoy día conocemos como luz. Y cuando lo hubo conseguido, se dijo:

—Llevo ya seiscientos años, pero al fin lo he conseguido.

Pero nuevamente se equivocó. ¿Seiscientos años? ¿Qué era un año? ¿El tiempo que tardaba exactamente qué en dar una vuelta alrededor de qué? Evidentemente no existía nada que estuviera dando vueltas alrededor de nada más. Ante tanto despropósito, decidió hacerse ateo, no sin antes crear un pequeño universo al que llamó:

«Universo».

Después de pasar siete días descansando, agotado (no por la creación en sí, sino por el esfuerzo que supuso pensar un nombre), se dio cuenta de que su esfuerzo no había servido para nada, y además había sido en vano. Incluso en balde. Recordó que un dios amigo suyo había creado ya su propio universo, y le había puesto ese mismo nombre. Así que se armó de valor para otra gran hazaña, y rebautizó su universo como:

«Universoparalelos».

Curiosamente se sentía lleno de energía después del esfuerzo. Así que se quedó observando su creación durante largo rato. El pequeño universo era muy bello. Pero Él no quería que fuera como el universo de su amigo Dios del Universo. El de su amigo era muy grande, y se expandía sin cesar después de un Big Bang (o sea, un Gran Puf). Pero era tosco, y además le había salido un planeta llamado Tierra que hedía por los cuatro costados, a pesar de no tener ningún costado.

No, su universo, el Universoparalelos, tendría que conservar su belleza, aunque para ello hubiera que limitar su tamaño. Así, le puso unas vallas de papel maché alrededor para que no creciera y creó los cielos y las tierras. Para ello tuvo que crear un planeta, al que llamó «Riflusbingurdelaremyhonske». Pero le pareció un nombre demasiado largo, y lo rebautizó como «Huyahuydronsfabulerskendiskiplainesdeflurnatus».

Espero que el lector se haya dado cuenta de la estupidez. No le gusta el primer nombre porque es largo, y resulta que lo rebautiza con otro nombre todavía más largo... A mí me costó descubrir la torpeza, pero una vez lo hice comprendí que yo no debía caer jamás en ese error.

Sea como fuere, con el tiempo (aproximadamente unos tres segundos), el planeta acabó llamándose «Monchu».

También tuvo que crear Dios una gran estrella luminosa para que el nuevo planeta diera vueltas a su alrededor, y así poder contar los años monchianos.

Esa gran estrella se llamó «A». Pero como a Dios no le gustó el nombre porque era demasiado corto, la rebautizó como «». Finalmente, tras otros tres segundos de profunda reflexión, la gran estrella se llamó «Michubichi».

Luego creó los suelos y los techos, las aguas mansas y las aguas bravas, los huevos y las castañas, los troches y los moches, los tones y los sonos, los sonotones y los sonosones, las sonsoles y los concoles, las duras y las maduras...

Y se sintió algo fatigado.

Ochocientos mil años después, decidió crear vida en Monchu. Pero prefirió no precipitarse, y dejó pasar otros cuarenta minutos antes de emprender tamaño proyecto.

Primero apareció, como por arte de birlibirloque (los birlis y los birloques estaban recién creados), un pequeño ser unicelular, que solo tenía tres células. Lo interesante es que una de esas células fue bautizada como «la célula que está entre la que está a la izquierda de la del medio y la que está a la derecha de la del medio». Tiempo más tarde, se la acabó denominando «la célula del medio», no se sabe muy bien por qué.

En definitiva, este pequeño ser fue evolucionando hasta que murió. Sin descendencia... Todas las esperanzas de crear una Humanidad, un ecosistema a nivel monchiano, con sus reinos animables, vegetales y miserables se fueron al traste.

Hubo que volver a echar mano de los birlis y los birloques que, unidos, crearon una col lombarda. Esta vez, la col sí tuvo descendencia. Una gallina, un cerdo coreano y una ortiga transgénica fueron los primeros hijos de una larga retahíla... Efectivamente, la col y la retahíla hicieron muchas migas. Y se las comieron con jamón y caldo de gallina. Algunos millones de años después, Monchu estaba poblado por todo tipo de animales.

Aprovechó Dios un rato libre que le quedaba, y creó un par de lunas: dos hermosos satélites que daban vueltas alrededor de Monchu. Los bautizó como «Totolla» y «Chukuki», pero como no le gustaron estos nombres por su fonética absurda y su falta de gracia, los rebautizó como «Totolla» y «Chukuki». Pero algo seguía sin gustarle del todo. Después de meditarlo largo rato, hizo lo siguiente: rebautizó Totolla como «Chukuki», y Chukuki como «Totolla».

Ahora estaba todo perfecto.

Pero a Dios le faltaba algo. Y eso le preocupaba. No podía dormir ni de día ni de noche. Solo a media tarde a eso de las seis. Finalmente, después de mucho reflexionar, se dijo:

—Pues creo al Hombre, y me quito de problemas.

Y así lo hizo. Hizo un amasijo con los excrementos de una vacaburra australiana y modeló a una gran bestia con cabeza de hombre y cuerpo de hombre. Llamó Federico a la extraña bestia, que resultó ser, contra todas las apariencias, un hombre.

—¡Hola, Federico! —fueron las primeras palabras que le dirigió Dios.

Pero Federico permanecía inerte.

—¿Por qué permaneces inerte, Federico, hijo? —le preguntó.

—Pues porque no me has dado el soplo de vida —contestó este por inercia.

Tenía sentido. Después de resuelto este pequeño incidente, el hombrecillo suspiró.

—¿Por qué suspiras, hijo mío? —preguntó Dios.

—Me encuentro solo. Las criaturas de la tierra tienen a sus parejas. Las criaturas de los cielos tienen a sus parejas. Las criaturas de las aguas tienen a sus parejas. Las parejas de las criaturas de la tierra, los cielos y las aguas tienen a sus parejas. Sin embargo, yo, que soy bien parecido y más hombre que nadie, no tengo pareja. Prefiero la muerte. No sé por qué tengo tantas uñas. Tengo hambre... Y me encuentro solo. ¿Eso es un tobogán...?

—Pero hijo —contestó Dios—, si solo llevas vivo seis minutos, y la mitad te la has pasado diciendo estupideces...

—¡Pues yo quiero una hembra!

—No sabría cómo crear eso.

—Me encuentro solo —insistió Federico.

—Pues apúntate a un grupo de autoayuda.

—¿A que me cago en mi Padre?

—¿A que te mando un diluvio? —amenazó Dios.

—¿Por qué te enfadas? —preguntó Federico visiblemente, es decir, de forma visible—. Luego nos saldrás con que nos amemos los unos a los otros, que pongamos la otra mejilla, que amemos al enemigo como si fuera una ranita de peluche, que seamos buenos y bondadosos, caritativos y generosos. Y luego vas Tú, te cabreas y eres hasta capaz de exterminar a la humanidad doliente, a la que tanto le duele ser exterminada.

Dios se quedó pensativo durante un segundo. Al terminar ese interminable segundo respondió:

—Pero si no me he enfadado. Un diluvio es muy divertido: tiene tres patitas, tres orejitas y dice «bili-bili».

—Eso es un biludio.

Dios reflexionó unos instantes.

—Tienes razón —admitió—. Me he confundido porque todavía no están creados los diccionarios.

—Tengo una pregunta —informó Federico.

—Me alegro, amado hijo —dijo Dios invisiblemente nervioso—. Pero guárdatela para ti, no vayamos a tener un accidente.

—¿Te tengo que llamar Padre o Papá?

—¿No te ibas a guardar la pregunta?

—Sí —respondió Federico—, pero mientras la estaba guardando se me ha ocurrido esta otra.

—Pues entonces llámame Señor.

—Ah, entiendo, sin confianzas, ¿verdad?

—¿Qué te parecería si yo te llamara chacho? —preguntó Dios.

—Bueno, de acuerdo —replicó Federico—. Pero entonces quiero que me llames señor Hijo.

—No pega.

—Me siento solo —reiteró Federico.

—¿No habíamos hablado ya de eso?

—No.

—Entonces retomemos el tema.

—Créame una hombra.

—¿Te conformarías con un mujero?

—¿Eso se come?

—Una, dos y tres —replicó Dios visiblemente invisible, creando a siete mujeres de golpe.

Federico se quedó boquiabierto. Cuando logró recuperarse del susto se dirigió, humilde, hacia el Señor.

—Tampoco hacía falta ponerse así —le susurró entre dientes.

—Ahí te las compongas —contestó Dios, y se fue, en marchándose.

—¡Ay, Dios! —llamó desesperado Federico.

—Adiós, adiós... —replicó Dios desde la distancia.

Historia universal

A aquellas horas de la madrugada, con el Michubichi todavía oculto, solo podía oírse al barrendero canturreando y al canturero barrendeando. Pero ese día algo iba a cambiar. Aunque no sé lo que fue. Así que hablemos de otra cosa.

La Universidad Artificial de Sopaboba era la pionera en Historia de la Humanidad. El ochenta por ciento de todos los descubrimientos que se habían hecho en ese campo se habían producido en esta universidad: exactamente cuatro de los cinco descubrimientos que se habían hecho hasta la fecha...

El decano de la facultad de Historia y Primeros Auxilios, don Urbet Orbi, convocó al catedrático del departamento de Historia, el doctor Florocormo Spinacca, a su despacho.

—Siéntese, señor Spinacca, por favor.

—Ya estaba sentado —contestó el doctor.

—¿A qué se refiere? —preguntó el decano.

—Perdón, ¿me podría repetir la pregunta?

—No sé, consultaré mi agenda... ¿Quién es usted?

—Soy el doctor Spinacca, señor Orbi.

—No, el señor Orbi soy yo... creo.

—Sí, sí, por eso mismo —contestó el doctor.

—En definitiva, ¿dónde quiere usted ir a parar?

—Por fin una pregunta sensata —afirmó el doctor Spinacca. Y añadió—: Me bajo en la próxima.

—No, no voy a negarle eso —asintió el decano, negando con la cabeza y con los pies.

—Es maravilloso, preciosa.

—Creo que ya voy entendiendo —dijo el señor Orbi.

—Me alegra —afirmó el doctor.

—Me entristece que a usted le alegre ello.

—Puedo afirmar sin temor a equivocarme, estimado señor Orbi, que me alegra que a usted le entristezca que me alegre ello, si me entiende lo que le quiero decir.

—Pues ligeramente —indicó el señor Orbi—, aunque puedo afirmar, si bien con harto temor a equivocarme, estimado doctor, que me alegra que a usted le alegre que a mí me entristezca que a usted ello le alegre.

—Me entristece.

—Lo suponía.

—¿Cuándo? —preguntó el doctor.

—Pues si le digo la verdad, no sabría qué decirle.

—Luego usted no sabe la verdad, ¿infero bien?

—No hace falta que infiera, doctor.

—Insisto —insistió el doctor.

—Debo insistir en que no insista.

—Entonces debo insistir en que no insista usted en que yo no insista. Aunque si a usted le parece de mal gusto, no tiene más que decírmelo y le añadiremos algo de crema de puerros.

—Eso me parece bien —dijo el decano—, aunque no veo exactamente cuáles son las intenciones de ello.

—Más que intenciones son extenciones.

—Ahora sí lo veo claro, doctor. Sin embargo, no entiendo nada, si me entiende usted.

—Por supuesto —apuntó el doctor—, lo entiendo perfectamente. Sin embargo, lo veo extremadamente confuso.

—Es muy simple —explicó el decano—. Si usted tiene seis manzanas y le quitan dos, ¿cuánto mono anda suelto?

—Es muy difícil —reconoció el doctor.

—Se lo pondré más sencillo. Si usted tiene seis bananas y le quitan dos, ¿cuánto sono anda muelto?

—Ya voy entendiendo —reconoció el doctor, aliviado—. Sin embargo, si me enuncia el problema con colirrábanos creo que voy a poder darle una respuesta.

—Lamentablemente no sabría cómo hacerlo.

—Entonces ya está todo hablado, ¿no? —preguntó el doctor.

—Efectivamente, no hay más que hablar.

—Empecemos pues la reunión.

Y entonces empezaron a hablar de muchas cosas, aunque simplemente se limitaron a tener un interesante y brillantísimo diálogo. Finalmente, el doctor Spinacca manifestó:

—Lamento mucho tener que ausentarme, señor Orbi, pero debo hacer una llamada muy importante y urgente.

—Vaya, vaya, doctor... Yo también estoy esperando una llamada, aunque la mía es muy importante solamente.

Tras esto, el doctor Spinacca se dirigió a su despacho y realizó su llamada:

—Buenas tardes, señor Orbi...

—Buenas tardes, doctor Spinacca —contestó el señor Orbi al otro lado del teléfono—. Esperaba su llamada. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Bueno, me pidió usted que le llamara por teléfono, y eso he hecho. ¿Qué puedo hacer yo por usted?

—Ah, cierto, ya recuerdo —contestó el decano—. Pero será mejor que lo discutamos en mi despacho... ¿Tiene usted un momento?

—Por supuesto. Ahora mismo voy para allá.

El señor Orbi iba a encargarle un importante proyecto al doctor Spinacca. Tanto era así, que lo primero que dijo cuando el doctor entró en su despacho fue:

—Voy a encargarle un importante proyecto, doctor Spinacca.

A lo que el doctor contestó:

—¿Cómo dice?

Sobra decir que el señor Orbi le repitió todas y cada una de las palabras de la pregunta.

Y por eso no lo diremos.

Después de repetirle todas y cada una de las palabras de la pregunta al doctor, el señor Orbi prosiguió con su explicación.

—El proyecto consiste básicamente —explicó el decano— en ir tras la pista de un excepcional artilugio: una especie de talismán; un amuleto de leyenda que se creía dotaba a su portador de poderes insospechados.

—Lo sospechaba —reconoció el doctor.

—Ignorando su comentario, le diré que hace usted bien.

—Cuánto lo lamento. Pero siga, siga, imbécil.

—No se merecen.

—Dígame usted a mí.

—A usted se lo digo.

—Hace usted bien.

—Retomando el tema secundario —retomó el señor Orbi—, debo decirle que, por lo visto, unos descubrimientos arqueológicos recientes indican que el mágico objeto pudiere ser algo más que una leyenda.

—No me interesa en absoluto lo que me ha contado usted hasta ahora —dijo el doctor amablemente—, aunque estoy extremadamente interesado en lo que me va a decir a partir de este momento.

—El proyecto —prosiguió el decano mientras se rascaba la úvula— incluye apoderarse de tan preciada joya para exponerla en el Museo de Historia de Sopaboba. Para ello, don Sonso Cantibaily, alcalde de Sopaboba, me ha encargado personalmente esta ardua tarea.

—¿Insinúa que don Sonso Cantibaily, alcalde de Sopaboba, le ha encargado personalmente esta ardua tarea?

—Creo que está usted malinterpretando mis palabras, doctor.

—Gracias, gracias —agradeció este.

—Como le iba diciendo —fue diciendo el decano—, necesitamos contratar a un explorador altamente cualificado. He realizado una primera preselección previa de estos exploradores. El candidato elegido deberá realizar todas las investigaciones necesarias sobre el terreno.

—¿Es un terreno muy grande?

—Su papel, doctor Spinacca —explicó el señor Orbi, casi ignorando la pregunta del doctor—, es el de elegir al candidato más adecuado para el trabajo y, una vez contratado, asistirle en todo lo que precise para sus desplazamientos a cualquier parte de Monchu donde le lleve la pista del amuleto. No olvide, doctor —añadió el decano—, que la persona que elija trabajará con usted codo con codo, palmito con palmito y cachete con cachete. Será un trabajo en equipo.

Al doctor pareció quedarle perfectamente claro, por lo que preguntó:

—¿Se refiere usted a que el próximo martes lloverá a cántaros en el campus sur, de tal modo que se inundará el jardín y las petunias se pudrirán, dando lugar a un desolador espectáculo que ocasionará la tristeza del claustro de profesores, hasta el punto de que muchos de ellos decidirán dejar la enseñanza para dedicarse a la danza clásica?

El señor Orbi dirigió una mirada de confusión al doctor, al mismo tiempo que una lágrima corría por su mejilla. Cuando hubo superado su estupor respondió:

—Creo que no ha comprendido usted muy bien, doctor. Lo cierto es que no iba por ahí la cosa.

Con una paciencia infinita y eterna que le duró 12 minutos, el decano repitió nuevamente su explicación. Al doctor pareció nuevamente que le quedaba claro.

—¿Y qué forma tiene el objeto? —preguntó el doctor.

—No se sabe a ciencia cierta —respondió el señor Orbi—. Esta será una de las cosas que deberá usted averiguar. Solo sabemos que se le llamaba «el Orinal de las Tinieblas».

El doctor Spinacca, así, entusiasmado con la idea, empezó a aplaudir histéricamente y a patear enérgicamente en el suelo. Pero cuando llevaba dos segundos de jolgorio se quedó profundamente dormido. Ante esa situación, el señor Orbi se sumió en una profunda depresión que le hubiera llevado a una muerte prematura 700 años después, si no fuera porque murió de otra cosa que nada tenía que ver con eso.

Al volver a su despacho, el doctor meditó largo y tendido sobre su nueva tarea. Decidió investigar acerca del amuleto, aunque fue muy poco lo que pudo averiguar. Aún así, se sintió

satisfecho. Tan satisfecho que estornudó de gozo.

Tratándose de amuletos, decidió visitar primero al famoso mago Lagranch de la Granch para que le diera su punto de vista.

—¿Un amuleto dice usted? —preguntó el mago al doctor.

—Pero si solo he dicho «buenos días»... —replicó este sorprendido.

—Perdone, es que soy un poco sordo de este oído —informó el mago, señalando sus dos orejas.

—Quería saber —dijo el doctor Spinacca levantando la voz— qué podría usted decirme sobre amuletos.

—Buenos días —replicó el mago amablemente—. ¿Qué desea?

—Se dice que existió un amuleto mágico en Monchu que dotaba a su portador de fantásticos poderes. ¿Sabe usted algo acerca de esto?

—¿Un amuleto dice usted? —preguntó el mago al doctor.

—Buenos días —saludó el doctor.

—Está usted saliéndose del tema, y al mismo tiempo andándose por las ramas, por no decir nada de mear fuera de tiesto. ¿Me sigue usted?

—Sí, claro.

—Pues bien.

—Entonces, ¿el amuleto?

—¿Un amuleto dice usted? —preguntó el mago al doctor.

—Me da la sensación de que no estamos avanzando mucho.

—Pero concrete usted. ¿Cuál es su pregunta? Me ha parecido que quería usted saber algo sobre un amuleto, ¿cierto?

—¿Un amuleto dice usted? —preguntó el doctor al mago.

—¿Un amuleto dice usted? —preguntó el mago al doctor.

Así terminó la entrañable conversación. El doctor Spinacca se marchó satisfecho y anotó enseguida todo lo que había averiguado.

Decidió incluir sus descubrimientos en su *Tratado de Historia Universal*, obra que había escrito muchos años atrás, y que actualizaba frecuentemente. Y aunque la siguiente edición de su obra solo contenía un párrafo más (relativo al amuleto), las ventas se triplicaron: un ejemplar lo adquirió la biblioteca de la facultad de Historia y Primeros Auxilios, otro lo compró un adiestrador de tigre focas y el tercero se vendió al farmacéutico de Sopaboba, que lo quiso tener, no por ser aficionado a la Historia, sino por ser un gran experto en papiroproia.

Podríamos destacar muchos pasajes del estupendo tratado de Florocormo Spinacca, aunque existe un fragmento muy agradable de leer. Se trata del final de la obra, y dice así:

«*Y esto es todo.*»

Prehistoria natural

Los primeros hombres vivían felices y en paz. Pero cuando Federico probó la papaya del amor, fueron expulsados del vergel que habitaban, y a partir de entonces vivieron felices, pero no en paz. Pero no contento con esto, Federico probó el melón de la dicha, y fueron expulsados del oasis del sur. A partir de entonces ya no vivieron felices, aunque recuperaron la paz. El episodio más negro de estos primeros pasos del Hombre por Monchu fue cuando Federico probó la chirimoya de la alegría. Debido a ello, fueron expulsados de las montañas del oeste. A partir de ese día ya no vivieron ni felices ni en paz... Aunque estaban siempre muy contentos.

Simona, esposa de Federico, le dijo a Nicolasa, esposa de Federico:

—Como este tipo se coma otra fruta le ato los pelos de la nariz al dedo gordo del pie izquierdo.

Mientras esta interesante conversación tenía lugar, apareció Segismunda, esposa de Federico.

—He visto a Federico subido al árbol de la banana de la risa —dijo.

Inmediatamente, Simona, esposa de Federico; Nicolasa, esposa de Federico; y Segismunda, esposa de Federico, corrieron hasta el platanero de la risa, no sin antes ir a lavar la ropa al río, llevar a los niños al colegio y darse una ducha. Allí vieron a Federico, esposo de Simona, esposa de Federico, encaramado en la parte más alta del banano partopecho, a unos tres centímetros del suelo, dispuesto a arrancar una banana.

—¡Federico! —gritó Simona.

Federico meditó largo rato sobre lo que acababa de oír. Cuando se dio cuenta de que había sido un grito de Simona, esposa de Federico, se sobresaltó, perdió el equilibrio y cayó del árbol.

—Simona, esposa mía —dijo a su esposa, con cara de disimulo—. Qué felicidad me produce contemplar tu bello rostro. Amable esposa, ¿qué es lo que te trae por aquí?

Ante estas palabras, Simona, esposa de Federico, no pudo hacer más que echarse al suelo y dormir durante dos meses, lo que Federico agradeció profundamente.

—Gracias por haber dormido durante dos meses —agradeció a Simona cuando esta despertó.

—¿Me habla usted a mí? —preguntó Simona, justo antes de clavar su mirada en el banano de la risa, y gritar, con los ojos fuera de sus órbitas—: ¿Dónde está la banana?

—Maduró mientras dormías... —contestó Federico—. Cayó sobre Nicolasa, que murió de risa, lo cual hizo que, al verlo, Segismunda muriera de risa también. Tú te has salvado porque dormías. Si lo hubieras visto... Te habrías muerto de risa.

—¿Y a ti no te ha pasado nada, querido esposo?

—No —contestó Federico—, yo es que soy muy desaborido.

Al enterarse Dios de que la banana de la risa había madurado sin que nadie la comiera, expulsó a Federico y Simona del paraíso donde vivían entonces.

—A ver si se aclara Este... —dijo Federico a su esposa mientras tomaban el camino hacia la que iba a ser su morada definitiva.

Lo malo de la nueva tierra es que estaba llena de dinosaurios.

—No te comas un dinosaurio, no vaya a ser que nos echen de aquí también —suplicó Simona a su esposo.

Pasaron los años. Federico tuvo mucha descendencia. Simona también. Tanta descendencia

tuvieron que en unos pocos miles de años ya había más de veintitrés humanos en Monchu.

Al principio, los hombres eran recolectores de frutas. Se dice que esta es la prueba de que el ser humano es vegetariano por naturaleza. Sin embargo, no hay nada más falso. Afortunadamente, he aquí la explicación verdadera:

Los hombres recolectaban bayas silvestres, pero luego no se las comían. No. Las usaban como tapones para los oídos, puesto que al masticar carne de dinosaurio se producía un desagradable ruido, agravado por el hecho de que la gente era un poco guarra y comía con la boca abierta. Otros usaban las bayas como tapones para la nariz, puesto que la gente era un poco guarra y descuidaba su higiene personal de forma inaceptable.

Queda claro, pues, que los primeros hombres comían dinosaurios. Pero se los comieron todos.

Una vez se hubieron quedado sin su preciado manjar, se vieron obligados a comer bayas silvestres, cosa que les dio mucho reparo, pues las veían como tapones otorrínicos. De hecho, era tal la animadversión y el asco que sentían por las pequeñas frutas, que una vez, un ser humano, de pie junto a un arroyo, manifestó:

—Siento animadversión y asco por las pequeñas frutas.

Desde entonces ese arroyo fue conocido como «el arroyo junto al cual un señor dijo una cosa muy bonita una vez». En la lengua primitiva monchiana, «uga que uga, lom beces enel rydo». Aunque algunos lo llamaban «bongui de bonga keyué ba keyué», es decir «el riachuelo de mierda ese».

En relación a este punto cabe decir, sin acritud, y con dulzura ilimitada, que dos y dos con suatro, suatro y cos son deis. A partir de aquí podríamos mencionar que neis y dos soch ono y ono ciesidéis. Pero intentaremos no hacerlo, ya que perderíamos el hilo de nuestra apasionante historia.

Sea como fuere, a partir del momento en que el hombre se tornó bayívoro, apareció una enfermedad muy extraña que se contagiaba rápidamente: la chuflosis sunerstidorial. No era excesivamente grave, pero era muy molesta. Carecía de síntomas, pero bajaba ligeramente el pH de la sangre durante unos segundos. Reunidos los ancianos del consejo de ancianos, decidieron buscar un remedio a tan incómoda enfermedad. Primero probaron con la vientoterapia. El remedio consistía en subir al enfermo a la parte más elevada del árbol más elevado y tirarlo al suelo desde allí. El remedio se demostró ineficaz contra la patología, y además producía graves efectos secundarios.

Después probaron con la troncoterapia, consistente en atar al paciente a un tronco durante diez años. También se demostró ineficaz, y como efecto secundario podía llegar a producir debilidad en las pantorrillas.

Finalmente encontraron la solución. Aunque desconozco cuál fue.

A partir de entonces se sucedieron las distintas edades, muy ligadas a la tecnología que utilizaba el hombre. Sus inventos dieron nombre a las mismas:

La Edad de Piedra se caracterizó por el descubrimiento, lógicamente, de la piedra. La descubrió un ser humano llamado Bonifacio Sinochinchas. Hallábase Bonifacio tranquilamente sentado sobre el caparazón de un tiranoflexus glups, cuando se le metió algo en el zapato. De hecho, en declaraciones posteriores, Bonifacio afirmó no saber desde cuándo tenía el misterioso objeto metido en el mocasín de piel de burricerdo. Sea como fuere, el pequeño hombrecillo se quitó el zapato y descubrió allí una piedra de unos doscientos kilos. Lo primero que pensó es que se sentía muy aliviado. Lo segundo que pensó es que resultaba curioso que lo primero que había pensado había sido que se había sentido muy aliviado, con lo que inmediatamente pensó en

patentar su descubrimiento. A partir de entonces, el uso de cualquier piedra estaba sujeto al pago del canon a Bonifacio. Pero como el ser humano era ya ruín por naturaleza, muchas veces osaban usar piedras sin pagar el impuesto. Tal fue el caso del hijo menor de Bonifacio, que una mañana se dio con un canto en los dientes a escondidas de su padre.

La Edad de Bronce y la de Hierro se las saltaron, y fueron directamente a la Edad del Pavo, marcada por el descubrimiento del pavo. El animalito se utilizó como moneda de cambio. Como ejemplo de cambio monetario, por quinientos pavos te podías pillar un carro que lo flipas.

La siguiente etapa de la humanidad fue la Edad de Cartón. No se sabe a ciencia cierta cuáles fueron los avances del hombre en esa época, pero a juzgar por la naturaleza humana, es evidente que algo descubrió. Aunque seguramente nada bueno. El *Tratado de Historia Universal* del doctor Spinacca elucubra un poco acerca de las posibilidades:

«No puede decirse que la Edad de Cartón fuera una edad marcada por los conflictos bélicos entre tribus guerreras. Tampoco puede decirse que la Edad de Cartón fuera una edad marcada por los conflictos pacíficos entre tribus amorosas. Tampoco puede decirse que la Edad de Cartón fuera una edad marcada por el cocido de burricerdo con higocoles. De hecho, no puede decirse que la Edad de Cartón fuera una edad marcada por absolutamente nada. Y ello no se debe a que efectivamente nada marcara la Edad de Cartón, sino más bien a que no tenemos ni idea de qué es lo que marcó la Edad de Cartón.»

Algunos eruditos afirman que la marcó una especie de material parecido al papel, aunque mucho más duro y con ondulaciones internas. Evidentemente eso es absurdo, no solo por su absurdidad en sí, sino también por su absurdismo en pú.

Otros afirman que no por mucho madrugar amanece más temprano, pero también se equivocan, ya que más vale ciento volando.

Sea como fuere, lo más probable es que el Hombre inventara en esa época el molinillo desflatulenciador, el cocherito leré, y el pelavacas. Lamentablemente son inventos de los que no se sabe absolutamente nada, y cuyos detalles se han perdido para siempre.»

Después de la Edad de Cartón siguió la era moderna, en la que apareció ya el homo esperpenticus, cuya principal característica era su habilidad para hurgarse las narices, tal como demuestran los descubrimientos arqueológicos del yacimiento de Rúfula-Trúfula.

Después del homo esperpenticus apareció ya el homo stupens, que perdió habilidad para el hurgamiento nasal, pero se convirtió en un experto en la fabricación de utensilios de cocina. En el Museo de Historia de Sopaboba existe una vitrina dedicada a los utensilios del homo stupens. Lamentablemente nunca se ha podido encontrar ni uno solo de dichos objetos, con lo que la vitrina permanece vacía desde la inauguración del museo.

Por último, apareció el homo joputans, con una habilidad especial para joder la marrana, y, finalmente, el hombre actual: el homo joputans joputans.

Selección de personal

Florocormo Spinacca era un hombre muy joven. Sobre todo en los primeros años de su vida. A sus 72 años seguía siendo joven, sobre todo los primeros meses del año.

Ese día, aunque física y psíquicamente agotado, deprimido, con la espalda encorvada y el semblante sombrío, se sentía lleno de vitalidad y optimismo. Rebosaba alegría por sus tristes ojos. Tanto fue así, que ese día decidió ir al trabajo corriendo.

Al llegar a su despacho de la Artificial, ya con 76 años, observó que su secretaria le esperaba con gran impaciencia. Era una mujer tenaz, sobradamente preparada para cualquier tarea que se le encomendara, por muy compleja que esta fuera. La señorita Reposita Spinacca era lo que se puede calificar como una gran profesional del secretariado. Pero que se pueda no significa que se deba.

—Reposita, por favor —le dijo el doctor Spinacca a través del intercomunicador—, tráeme los currícula vitae de los candidatos preseleccionados.

—Lo de los currícula creo que lo entiendo —replicó Reposita—, aunque me he perdido a partir de lo de «vitae».

—No te preocupes, Reposita, lo cierto es que te acabo de asignar una tarea que excede tus capacidades que, por cierto, son muchas y muy variadas —la tranquilizó el doctor.

—Gracias, doctor... Aunque si tengo que serle sincera, a partir de «tarea» no he entendido ni una sola palabra.

El doctor Spinacca sintió una inefable emoción que solo puede conocer un padre orgulloso. Pensar que la nena no tenía ni 22 años y ya era capaz de razonar de ese modo...

—No te preocupes, Reposita. ¿Dónde están los papelitos con letritas y fotitos que esta mañana te han dejado encima de la mesa?

Reposita empezó a meditar sobre la pregunta que le habían hecho. Auténticos goterones de sudor empezaron a correr por su frente. Sus gestos faciales, así como las muecas de su cara, denotaban actividad mental y tensión sobrehumana. Sus neuronas empezaron a transmitir miles y miles de señales eléctricas a toda velocidad. Sus dedos se crisparon. Apretó los dientes con fuerza. Escalofríos continuos recorrían su cuerpo de arriba a abajo, de derecha a izquierda y en diagonal...

Finalmente, su semblante se suavizó. Todo su organismo se relajó, y le invadió una gran paz interior.

—Los papelitos están aquí, encima de mi mesa —dijo con la respiración entrecortada, señalando un montón de expedientes—. ¿Los llevo a su despacho?

—No, Reposita —contestó el doctor, con una tierna mirada de admiración—, ya voy yo a por ellos... Tú tómate el resto del día libre, que ya has hecho bastante por hoy.

El doctor Spinacca entró en su despacho con los expedientes. Se sentó y abrió uno de ellos. Empezó a leerlo con avidez.

Pero justo cuando había leído ya dos letras, sonó el teléfono. Reposita estaba a punto de marcharse, con lo que el doctor le pidió que se quedara un instante para atender la llamada.

—Esto es acoso laboral —replicó indignada Reposita.

—No, más bien creo que será el de la farmacia —argumentó el doctor.

Sea como fuere, fue Florocormo quien acabó atendiendo la llamada.

—¿Aló? —dijo este, en levantando el auricular.

—No, se confunde —contestó una voz al otro lado.

—Interesante, pero ¿por qué lo dice?

—Esto que me comenta usted tiene poco sentido, aunque puedo entenderlo dadas las circunstancias —indicó la voz.

—Pues deme usted las circunstancias —pidió el doctor—, y una vez dadas podremos proseguir con esta interesante, a la par que putrefacta, conversación. ¿Le parece, voz?

—Si entiendo bien, entonces, ¿está usted hablando conmigo?

—Por supuesto... ¿con quién tengo el honor? —preguntó el doctor.

—Pues desconozco la respuesta a su pregunta. Lo que sí puedo decirle es que soy el decano Orbi.

—Pero que pueda decirlo no significa que sea usted el señor Orbi. ¿Estoy en lo cierto?

—Está usted completamente en lo cierto. Soy Reposita.

—Ah. Dime, dime. ¿Qué querías?

—Le paso la llamada, doctor Spinacca.

—Bien, bien. Pásamela.

Después de esperar dos u ochenta y seis segundos, otra voz sonó al otro lado del auricular.

—Hola.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó el doctor Spinacca.

—Por fin puedo hablar con usted —dijo la nueva voz.

—Bueno, yo también puedo hablar con usted, y no me jacto de ello.

—Bueno, pues yo tampoco me jactaré más. ¿Usted nunca se jacta?

—Me jacté una vez —respondió el doctor—, aunque eso fue hace muchos años, a las seis y media de la tarde.

—Bueno, pues entonces cuelgo. Ha sido un placer.

—Pero bueno —replicó, sorprendido, el doctor—, ¡haber empezado por ahí, hombre!

—Gracias por el cumplido. Pero en realidad yo llamaba para otra cosa.

—Bien, dígame su nombre primero y luego cuénteme lo que quiera. O si lo prefiere, cuénteme lo que quiera, no sin antes decirme su nombre. ¿Le parece?

—Me parece que no —dijo la voz.

—Pues le parece bien. ¿Cuántos dedos tengo aquí? —preguntó el doctor haciendo un leve gesto con sus orejas.

—Pues me parece contar unos doscientos treinta y seis.

—No es correcto.

—¿Entonces he acertado?

—Por supuesto, caballero. ¿Qué siente en estos momentos?

—Sí.

—Lo suponía.

—Se lo agradezco —agradeció la voz en tono agradecido.

—Pues muchas gracias —replicó el doctor, desagradecido.

—Veo que la conversación avanza. ¿Cree que durará mucho más?

—Espero que no; tengo cosas importantes que hacer la próxima semana.

—Me alegro por usted.

—¿No teníamos un tema pendiente?

—No recuerdo.

—Tenía que decirme usted su nombre —dijo el doctor— y luego contarme algo súmamente.

—Es cierto.

—Pues adelante, soy todo oídos.
—Se va usted a reír —informó la voz.
—No, nunca me río con los oídos.
—¿Entonces para qué es usted todo oídos?
—No alcanzo a comprender la pregunta —manifestó el doctor—. ¿Podría repetírmela de forma absolutamente ininteligible?
—Por supuesto, pero no lo haré.
—No hará usted mal —dijo el doctor, añadiendo—: Y si me lo permite es usted un poco imbécil. No se ofenda, se lo digo por su bien.
—Pues es verdad —reconoció la voz—, me siento mucho mejor.
—Lo cual me demuestra que es usted verdaderamente imbécil, valga la redundancia.
—No veo yo que haya redundado.
—Por supuesto que no.
—Pues me alegro de que por fin nos vayamos entendiendo.
—Yo también me alegro, señor...
—Me llamo Jarrison Gaitasoplas.
—Prosiga —solicitó el doctor.
—Quiero doscientos gramos de queso rayado, y seis kilos de arroz basmati en sacos de diez kilos. Apúntelo en mi cuenta.
—Creo que se confunde.
—Sí, tiene razón... Son diez kilos de arroz en sacos de 200 gramos de queso rayado, y seis kilos. Apúntelo en mi cuenta.
—No, me refiero a que está usted llamando a la Universidad Artificial.
—Uy, perdón, he marcado un número equivocado.
—No, el número es correcto, con lo que solicito que se disculpe —pidió el doctor.
—De acuerdo, pues perdone usted. Olvide lo del arroz rayado y el queso. Usted solo apúntelo en mi cuenta.
—Espere un segundo —dijo el doctor Spinacca—. No encuentro mi bolígrafo.
—Utilice el mío —ofreció Jarrison.
—Buena idea. ¿Dónde está?
—Estoy aquí.
—Lo suponía.
—Me llamo Jarrison Gaitasoplas —informó Jarrison Gaitasoplas.
—Lo suponía.
—Es usted muy amable.
—¿Puedo hacer algo más por usted? —preguntó el doctor Spinacca.
—Sí —contestó Jarrison.
—Muy bien, pues. Que pase una buena tarde.
—¿Lo dice por mí? —preguntó Jarrison.
—Me encantaría que volviéramos a tener esta conversación otro día.
—No sé si me acordaré de todo.
—No hace falta, usted simplemente ladre.
—¿Lo dice por mí? —preguntó Jarrison.
—Ya habíamos pasado por esto.
—Lo sé, pero está usted en un error.
—No, estoy en mi despacho.

—¿Usted cree?

—A veces.

—¿Lo dice por mí? —preguntó Jarrison.

—¿Quién es?

—Soy Jarrison Gaitasoplas.

—¿Y ese quién es?

—Soy yo.

—¿Me podría usted dar su nombre?

—Prefiero seguir en el anonimato, si no le importa a usted.

—¿Me llama usted desde el anonimato?

—No recuerdo.

—Es maravilloso, no se ofenda.

—No es molestia.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Adiós muy buenas.

Una vez colgado el teléfono, el doctor Spinacca volvió al dossier que había dejado a medio leer. Ahora tendría que volver a empezar:

«*CANDIDATO 1.*

Nombre: Jarrison Gaitasoplas»

Qué nombre más extraño.

Caza animal

El hombre fue fecundo y se multiplicó. La causa de ello, según un estudio de la Universidad Artificial de Sopaboba, fue el aburrimiento. No había otra cosa que hacer que multiplicarse. Tal era el amor de la Humanidad por las Matemáticas.

Cierto día, un hombre llamado Adanieva decidió conquistar el corazón de su vecina: la bella Hebayadán. Para ello, un hermoso día de primavera, salió a cazar muy de madrugada. Tenía la intención de obsequiar a su amada con un huevo de fiblatosaurio pelopincho. Asomaba por el horizonte el Michubichi, tiñendo el cielo de ocre azulados con leves matices verdimarrones. Un espectáculo inefable. Pero Adanieva no prestó atención al batiburrillo de colores, e inició el ascenso a la montaña de los fiblatosaurios.

No llevaba ni siete meses escalando, cuando fue víctima de un pesado sopor.

—Pues sí que empiezo bien —se dijo.

Decidió hacer un alto y reponer fuerzas.

Al día siguiente, después de recuperar todas sus energías, se preparó para afrontar los ochenta y siete centímetros que le separaban de la cima.

Cuando llegó, encontró un enorme nido de fiblatosaurio, en el que había tres enormes huevos. Por suerte, la mamá fiblatosaurio había volado en busca de comida. Sin embargo, poco le duró la suerte a Adanieva, pues a los pocos instantes se escuchó un horrible graznido. Era la mamá fiblatosaurio, que regresaba, después de comer, para echarse una siesta en su nido de la montaña.

Sin tiempo para esconderse, lo único que se le ocurrió a Adanieva fue acurrucarse en el suelo del nido y poner cara de huevo. La majestuosa madre no pareció darse cuenta del extraño cambio que había sufrido la composición de su familia y, sin embargo, se dio cuenta. Pero le dio lo mismo.

Esos fueron momentos duros para Adanieva, que sin saber qué hacer, se quedó dormido debajo del gran pájaro. Cuando despertó, la madre había salido de nuevo. Todo permanecía igual que antes, a excepción de uno de los huevos, que empezó a resquebrajarse. Adanieva observó el espectáculo con curiosidad, hasta que asomó una pequeña cabeza de fiblatosaurio.

—Hola, ¿quién es usted? —le preguntó el recién nacido.

—Yo soy Adanieva.

—Me gusta su forma de hablar, señor. ¿Qué hay que hacer ahora?

—Debes aprender las leyes de la vida, muchacho, pero sobre todo debes ser conocedor de tu propia naturaleza —respondió el hombre, espoleado por la idea de que por fin alguien le escuchaba.

—No te escucho —dijo el pájaro.

Y así terminó su amena conversación.

Aprovechando que el pájaro había vuelto al interior del asfixiante huevo para realizar ejercicios de estiramiento muscular, Adanieva agarró uno de los huevos restantes con ambas manos y se dispuso a descender la montaña. Pero de repente el huevo explotó en mil pedazos (aproximadamente), y en su lugar apareció otro fiblatosaurio bebé.

—Me deposite usted en el nido, y aquí todos tan amigos. ¿Le parece? —preguntó el enorme pajarillo pequeñito.

—Perdón, ¿me podría repetir la pregunta?

- ¿Por qué? —replicó el pájaro.
—¿Me podría repetir también esta pregunta?
—Esta no... Si quiere le repito la anterior.
—Mire, pájaro bebé, déjelo.
—No, señor, déjeme usted a mí.
—Creo que ya lo voy entendiendo —dijo el hombre.

Ante esta situación, Adanieva decidió depositar el pájaro sobre el suelo del nido y coger el otro huevo. Pero no lo hizo así. En realidad no fue tan astuto, porque cogió primero el otro huevo y luego soltó al pájaro. Viendo la torpeza de su maniobra, el fiblatosauro bebé exclamó:

—¿Qué maniobra tan torpe!

A toda velocidad, Adanieva descendió por la accidentada ladera. Cuando llegó abajo, su cuerpo estaba lleno de magulladuras y heridas, pero el huevo estaba intacto. Viendo lo que había conseguido, se puso a bailar la «danza de la captura del huevo». Pero no llevaba ni 12 horas bailando, cuando de repente un gigantesco oso se acercó hasta él amenazante. Tanto fue así, que hasta el huevo se ahuevó mucho más de lo que cabría esperar de un huevo.

Adanieva, viendo la extraordinaria ahuevatura del huevo, dejó de bailar la «danza de la captura del huevo» e inició los primeros pasos de la «danza del guerrero avizor que viendo un huevo excesivamente ahuevado se pone a bailar inconsciente de la amenaza de un gigantesco oso iracundo».

Ante semejante espectáculo, el oso se irguió a dos patas y profirió un aterrador rugido que pudo oírse hasta a dos metros de distancia. Adanieva cayó al suelo horrorizado. Y se preguntó:

—¿Por qué está horrorizado el suelo?

El oso se dirigió lentamente hacia el hombre que, víctima del pánico, se quedó dormido. Cuando despertó vio que el huevo y el oso habían desaparecido. Pero además, completamente. Adanieva regresó a su poblado. Se sentía derrotado, humillado por un simple oso gigante iracundo y asesino.

Esa noche, el jefe de la tribu organizó un festín. Se iba a celebrar algo. Al parecer, su hijo menor había realizado una hazaña increíble que relataría durante la comilona.

Efectivamente, se reunió a todo el poblado en torno a una gran hoguera. Asaron seis terneros y seis corderos. También sirvieron fruta: seis estupendas uvas medio maduras. Aunque después de engullir toda la carne, no pudieron comérselas. Tal era la hartura que sentían sus estómagos. Adanieva no probó bocado. Estuvo toda esa noche cabizbajo y patitieso. La bella Hebayadán le dirigía miradas de soslayo. Pero el hombre se sentía tan humillado que no osó devolverle ninguna de las miradas.

Así, en mitad del festejo, Kodocon, hijo del jefe de la tribu, se puso de pie y se dispuso a contar su hazaña.

—¡Hoy he matado un oso! —dijo con todas sus fuerzas.

Se hizo un repentino silencio. Adanieva levantó la cabeza. La tribu entera, al unísono, exclamó:

—Perdón, ¿podrías repetir lo que has dicho?

—Claro que podría —respondió el muchacho.

Ante estas palabras, una atronadora ovación retumbó en todos los rincones del poblado. Inmediatamente, se miraron todos sorprendidos, porque nadie había abierto la boca. Cuatrocientos veinte años después alguien averiguó de dónde había venido esa ovación. Pero como murió sin contarle, permaneció como uno de los grandes misterios de la Historia.

Sea como fuere, justo después de ese incidente, ochocientos guerreros de la tribu enemiga,

que habían estado hasta entonces ocultos entre las sombras, se marcharon a hurtadillas, entre risitas, diciéndose los unos a los otros:

—Vaya susto se habrán pegado...

Se desconoce por qué se dijeron eso unos a otros. Aunque se ha podido averiguar recientemente que los otros contestaron a los unos:

—Perdón, ¿cómo dices?

Finalmente, en medio del banquete, Kodocon repitió sus palabras, aunque en distinto orden para que no pareciera que volvía a decir lo mismo.

—¡Oso he un hoy matado!

Ante estas palabras, una atronadora ovación retumbó en todos los rincones del poblado. Esta vez habían sido ellos mismos, con lo que no se miraron sorprendidos. Aunque se sorprendieron mirándose.

El hijo del jefe prosiguió con su discurso:

—¡He ido a su cueva, le he acorralado y le he dado un cabezazo! —dijo, orgulloso.

—¿Y dónde le has dado el cabezazo? —exclamó una mujer.

—Ya os lo he dicho, ¡en su cueva! —respondió Kodocon.

Luego llegaron cuatro fornidos guerreros, que arrastraban el cuerpo sin vida del oso. Adanieva lo reconoció: era el mismo oso que se había encontrado con él al pie de la montaña de los fiblatosaurios.

—Además, ¡he capturado el huevo que estaba incubando! —prosiguió Kodocon.

Otro guerrero llegó. Este no era fornido, sino solamente alto, esbelto y extremadamente musculoso. Portaba con dificultad un gran huevo de fiblatosaurio. Adanieva lo reconoció, pues estaba especialmente ahuevado. Y el huevo también.

—¡Este es el huevo del oso! —gritó Kodocon.

La muchedumbre aplaudió, pataleó y gritó. Entonces, Adanieva no pudo soportarlo más y se levantó de un salto.

Y cansado por el esfuerzo, se volvió a sentar.

Pero se volvió a levantar.

Y se volvió a sentar.

Después de varios intentos, consiguió quedarse de pie.

—¡Ese huevo no es del oso! ¡Es mío! —gritó con todas sus fuerzas.

Pero nadie respondió.

Miró a su alrededor. Estaba solo. Hacía varias horas que había terminado el festín. Todos se habían ido. El Michubichi calentaba ya con fuerza. No había ni rastro de la hoguera, ni de los corderos, ni de la gente.

Compungido, Adanieva se comió seis uvas pasas que encontró por allí y se dirigió a su chabola.

Estaba furioso, y quería vengarse. Estuvo varios años urdiendo un plan maléfico. Día y noche su cabeza maquinaba el modo de acabar con Kodocon y su mentira. Cuando terminó de trazar el plan, salió en busca de su enemigo. Kodocon era ahora el jefe de la tribu, y se había casado con Hebayadán. Eso lo cambiaba todo, con lo que decidió regresar a su cabaña y trazar un nuevo plan.

Varios años después, con el nuevo plan trazado, salió en busca de su enemigo nuevamente. No era fácil llegar hasta la choza del jefe, y menos deslizarse dentro de ella. Tuvo que utilizar su ingenio y las peores artes de las que fue capaz. Pero finalmente consiguió su propósito.

Encontró a Kodocon de pie, ataviado con un taparrabos de tigrepulga, indefenso,

perfumándose con extracto de zagabrilla. Su esposa Hebayadán le esperaba en el lecho, ansiosa, impaciente, y a la par durmiendo como un lirón. Un lirón que estuviera durmiendo, naturalmente.

Adanieva se acercó sigilosamente al jefe por detrás, y cuando estaba a escasos milímetros de él le gritó:

—¡Feo!

Sin dar tiempo a que Kodocon reaccionara, Adanieva huyó como alma que lleva el diablo y no se detuvo hasta las Montañas del Oeste. Su venganza estaba cumplida.

Cientos de guerreros fueron en su busca. Se puso precio a su cabeza: cuarenta y seis cagarrutas de antílope verde.

Pero nunca le encontraron.

Candidata inusual

Si se pudiesen poner todas las cualidades negativas y repulsivas de un ser humano en un recipiente de metraquilatos, y se pudieran multiplicar por la raíz cúbica de seiscientos doce con cuarenta y siete, tendríamos la personalidad exacta de la señora Otopella Oleskiba en un recipiente de metraquilatos.

Siempre había sido una mujer perezosa en extremo. Debido a ello no poseía estudios de ninguna clase. Tampoco había trabajado nunca y, por supuesto, no había practicado ningún deporte. Era antipática, antisocial, huraña, prepotente, violenta, agresiva, sucia, tramposa, gritona, verdulera, chismosa, mentirosa e incluso, en ocasiones, ligeramente desagradable.

El equipo de psicólogos y psiquiatras que la había examinado había detectado múltiples patologías. Sirva un extracto del informe que entregaron al decano Orbi como muestra:

«Doña Oleskiba sufre de fuerte personalidad obsesivo-compulsiva, de grado 6 en la escala de Doggins [...] con tendencia al suicidio propio y ajeno producido por un depresionismo agudo y mordida secante de parapeto coloidal según sople el viento.

Asimismo, la prueba del hurgamiento masivo de fosa nasal inconsciente determina que sufre de delirios gravitacionales oclusivos en la zona occipital de la corteza simbiótica, lo cual le produce estados de ansiedad relajada de grado 6, también en la escala de Doggins.

Sufre de arritmias nasales de grado 6 en la escala de Doggins. Ello ocasiona un temperamento altamente griposo y una irritabilidad altamente correspondida. En menor medida sufre de estadios, cuyo aforo oscila, aunque en menor grado, como unos calzoncillos tendidos al viento de noroeste. Ello no es indicio, sin embargo, de inflamación aracnofóbica o de juanetes subyacentes.

Su obsesión por pasear desnuda por los tejados, ladrando, rugiendo y aullando a la Chukuki, está dentro de los parámetros normales, aunque llama la atención su halitosis reprimida de grado 6 en la escala de Doggins.

Ante la prueba de esfuerzo psicológico, su resultado es de 0 en la escala de Doggins, el cual se halla entre la media de las personas fallecidas.

En cuanto a su coeficiente intelectual, ha sido imposible determinar el mismo, ya que se ha negado a realizar la prueba por un exceso de perezismo; ante esa situación, se le ha hecho la prueba del gandulismo, que ha arrojado un resultado. Al haberlo arrojado muy lejos no hemos podido saber el grado de gandulismo, por lo que hemos repetido la prueba, que ha arrojado (cerca) un resultado de 6 en la escala de Doggins.

Sufre 23 trastornos de personalidad que detallamos a continuación: doble personalidad simpática, triple nerviosismo antipático, ansiedad bucólica, saturación engañoso-depresiva, senilidad fingida de perturbación caótica, bilingüismo esofágico de evolución diurna, cantamañanismo de Higgins, agresividad del corderito dormido, impertinencia flatulenta, tontería supina dañina, mucosidad psicológica de Flemmins, delirio de lirio, pies planos inconscientes, tos reprimida, grandilocuencia intestinal reminiscente, trastorno idiosincrático para mañana, embarazo psicossomático con partos superfluos, absentismo industrial del oído medio, insomnio inverso, halterofilia doméstica grave, hipersonambulismo tipo 3, erupción mental galopante y paranoia al trote con hernia fiscal del bulbo raquídeo.

Conclusiones.

Esta mujer está como un cencerro, aunque dentro de los parámetros anormales.»

La señora Oleskiba vivía gracias a la fortuna familiar. Es decir, la fortuna que tenía su familia de no convivir con ella. A cambio le hacían llegar mensualmente 30 kilos de patatas, un saco de arroz y un helado de vainilla y chocolate.

Una tarde, después de su siesta, salió de casa con la intención de ir al balneario para que le dieran un masaje relajante y disfrutar de las aguas termales. Pero se equivocó y acabó en la Universidad Artificial rellenando un formulario para solicitar trabajo.

Su solicitud fue aceptada. Aunque lo cierto es que si asistió a la entrevista fue porque se equivocó de nuevo: su intención era dirigirse al parque de atracciones y montar en la montaña rusa llamada «la Montaña Rusa».

Cuando Otopella entró en el despacho del doctor Spinacca y se dejó caer pesadamente sobre la silla, tuvo tan mala suerte que un tornillo de la misma cedió, una pata se quebró, el respaldo se desintegró en 20 pedazos, los reposabrazos salieron disparados a dos centímetros y lo que quedaba de la silla se fundió como la mantequilla, produciendo una reacción química con la moqueta del suelo, que causó una violenta explosión.

Al ver semejante espectáculo, el doctor hizo una mueca de dolor. Y no era por el tacón de uno de los zapatos de la señora Oleskiba que se había incrustado en su ojo, sino porque esa silla era muy importante para él: era un recuerdo de su abuelo materno; se la había dado poco antes o después de morir.

Florocormo se arrancó el zapato del ojo y le preguntó a Otopella:

—¿Está usted bien?

—Sí —contestó esta desde el suelo.

—Haré que le traigan otra silla.

—No hace falta —replicó Otopella—. Puedo hacer la entrevista desde aquí.

—Bien —dijo, todavía con la mueca de dolor, el doctor Spinacca.

—Primera pregunta...

—Otopella le interrumpió:

—¿No podríamos pasar a la última? La verdad es que me está entrando mucho sueño...

—Bien, de acuerdo... Segunda y última pregunta: ¿qué espera que este trabajo le aporte a usted, y qué espera aportar usted a este trabajo?

—Perdón, ¿podría repetir la octava palabra de la pregunta?

—¿Es esa su respuesta? —preguntó el doctor.

—Buena pregunta.

—Buena respuesta.

«Gracias», pensó Otopella, ya que le daba pereza decirlo.

—Perdón, ¿cómo piensa? —pregunto el doctor Spinacca.

«Gracias», pensó nuevamente Otopella, esta vez más fuerte.

—De nada —dijo el doctor—. Y ahora, si me disculpa, me voy a tener que quedar hablando con usted durante unas dos horas aproximadamente.

—No le tolero que se quede usted aproximadamente.

—Entonces, estimada señora, me quedaré a bote pronto.

—Me parece bien —dijo Otopella en durmiéndose.

—¿Está usted durmiendo? —preguntó el doctor.

—Sí —respondió Otopella, orgullosa.

Al día siguiente, mientras el doctor paseaba por el campus y unos sonoros ronquidos salían por la ventana de su despacho, se encontró con el decano Orbi.

—Buenos días, doctor —dijo el decano, ya que si hubiera sido el doctor se lo habría dicho

a sí mismo o le habría llamado doctor al decano, ambos supuestos absurdos de por sí—. Espléndida mañana, ¿verdad?

—Buenas tardes, decano —lo mismo que antes pero inversamente—. Sí, es una noche muy plácida.

—Usted y yo siempre nos entendemos a la perfección, ¿no es así? —observó el señor Orbi.

—No entiendo lo que me dice —contestó el doctor.

—¿Cómo dice? —preguntó el decano.

—No, estimado amigo, no es el cómo. Ni el cuándo. El problema es el brócoli. Aunque no estoy muy seguro de ello, deberá disculparme.

—¿Ha dicho usted «deberá disculparme»? —preguntó el señor Orbi.

—Por supuesto.

—Por el suyo.

—Me parece muy loable por su parte —dijo el doctor.

—¿Ha pronunciado usted la palabra «loable»?

—En absoluto, pero no ha sido por falta de ganas.

—Bien, me gusta cómo habla usted.

—¿Insinúa usted que yo hablo?

—Insinuar no es la palabra —informó el decano—. La palabra correcta es «perrogato».

—Bella palabra —opinó el doctor.

—No, no es bella. Solo un poco hermosa.

—Estoy de acuerdo, decano.

—Me alegra, doctor.

—Me ofende usted —informó alegremente el doctor Spinacca.

—Pues le aseguro que era mi intención.

—No esperaba menos de usted.

—Entonces, ¿esperaba más? —preguntó el decano.

—Ni más ni menos. ¿Comprende usted?

—Algo.

—¿Cuánto?

—La primera palabra —explicó el señor Orbi—. El resto me parece muy confuso.

—Si quiere le aclaro la segunda palabra.

—No quisiera abusar de su crueldad.

—No es molestia.

—Entonces acláremela, si es tan amable.

—No soy tan amable como para eso —informó el doctor.

—Es comprensible. Pasemos pues a la tercera palabra.

—Terceras palabras nunca fueron buenas, decano.

—Cierto —reconoció el señor Orbi—. Lo cual nos lleva a la cuarta y última palabra de su hermosa frase de tres palabras.

—Bella palabra.

—No crea usted.

—No creo yo.

—Siempre ha sido usted un descreído, doctor.

—Yo me defino más bien como noble y elegante caballero de belleza y juventud sin par, a la par que joven y bello caballero de evidente elegancia y nobleza.

—¿Y se define usted muchas veces? —preguntó el decano.

—No —respondió el doctor—. Solo después de las meriendas y desayunos.

—Por cierto, ¿por qué lleva usted esa mueca de dolor en la cara? Parece como si le hubieran roto una silla que le hubiera entregado su abuelo materno poco antes o después de morir...

—No da usted ni una.

—Mi generosidad tiene un límite —dijo el decano.

—¿Solo? —se extrañó el doctor—. La mía tiene tres.

—Qué suerte tiene usted, doctor.

—No hable con la boca abierta —aconsejó el doctor Spinacca—. Queda feo, y además se le entiende todo lo que dice.

—Gracias por el consejo.

—Ha sido un verdadero placer —reconoció el doctor—. Y no me entretenga más, o me veré obligado.

—No se preocupe, ya le dejo, solo una cosita más.

Y le cantó una ópera de siete actos.

Metamorfosis total

Adanieva llegó a las Montañas del Oeste visiblemente agotado. Había estado huyendo durante varios días, sin comer ni beber. Solo había dormido algunos minutos, pero sin dejar de correr, lo cual le había producido algún que otro traspies. Precisamente estaba durmiendo cuando colisionó frontalmente contra algo muy grande.

Eran las Montañas del Oeste.

Inició su ascenso hasta llegar a la cima más alta. Reposó allí durante largas horas. Meditó sobre su vida, sobre todos los errores que había cometido. Tanto meditar le invadió un gran pesar, a pesar de lo cual entonó una alegre canción. Se trataba de «La euforia del afligido desertor valiente». Dice así:

La batalla ha terminado, solo sigue en pie un soldado.
El graznido de los cuervos, el calor insoportable,
la visión de las espadas, bayonetas incrustadas...
El muchacho tuvo arcadas. Una ira incalculable
se apoderó del niño, que tras recoger un sable,
dijo: «¡Mato al que me hable!».

«¿Por qué dices tonterías? De nosotros no te rías»,
le contestó un muerto airado. «¿Cómo quieres que te hable
ni uno solo en este campo? Si no estoy muerto te estampo...»
«Pues tu queso yo me zampo», respondió el indeseable,
y atacando al muerto incauto, con la punta de su sable
le sustrajo el queso untable.

«¿En qué pan untarás eso?», gritó al fin como un poseso
al ladrón impertinente por su acto deleznable.
El muchacho abrió el tarrito, y tras pensar un poquito,
untó el queso en huevo frito con el filo de su sable,
en blandiéndolo en el aire con destreza inimitable,
dejando al muerto inestable.

«¿De dónde sacaste el huevo?», y siguió el muerto de nuevo:
«Antes de morir yo era matemático y contable,
y siempre me he preguntado por qué es que el huevo escalfado
es redondo y no cuadrado: es pregunta incontestable...
Por lo menos yo no puedo; si alguien lo sabe, que hable.
Y si no, que me eche un cable...»

Y tras esta tontería, y en llegando el mediodía,
el soldado, ya cansado, decidió tirar el sable.
Lo hizo con tan mala suerte que lo tiró alto y fuerte
y a su coronel dio muerte. Coronel de trato amable
que llegó feliz al campo y, en creyéndose intocable,
sufrió un golpe incontestable.

«Pero niño, ¿qué me has hecho?», dijo con sangre en el pecho.
«¿No sabes que este sablazo produce un dolor notable?
¡Se lo contaré a tu madre!».

«No se inquiete usted, compadre,
que no hay perro que me ladre», dijo en tono reprobable.
Viendo al coronel sin vida decidió arrancarle el sable.
Se sentía algo culpable.

Decidiose poner precio a la cabeza de aquel necio
por el crimen perpetrado de crueldad inaceptable.
A partir de ese momento, escondiose en un convento,
y se fue su descontento por el trato tan amable,
por los dulces que le daban y por el quesito untable
que no untaban con un sable.

Sin embargo, un día oscuro se encontró en un serio apuro,
pues la madre superiora, en tono dulce y afable
le sugirió que partiera gritando como una fiera
y que nunca más volviera por cobarde y miserable,
cosa que el pobre muchacho observó que era inviable
y la llamó abominable.

Expulsado del convento, se fue raudo como el viento.
Deambulando noche y día, se le hizo interminable
hasta que un samaritano con un perro y un marrano
decidió echarle una mano. Su acción fue harto honorable,
pues salvó la vida al chico, que era un poco impresentable
y de genio incontrolable.

Le dio cobijo en su casa y le daba pan con grasa.
Fueron tiempos muy felices, su amistad era inefable.
Pero un día muy temprano, mientras dormía el marrano,
que estaba bien gordo y sano, el muchacho, infatigable,
emponzoñó al pobrecito con arsénico inyectable.
Fue una acción muy reprobable.

«¿Por qué mataste al cochino? ¿Era este su destino?
El cesar de sus gruñidos se me hace insoportable...»,
lamentó el dueño, afligido, que ya había conocido
al muchacho malparido, por el acto irresponsable
que había matado al puerco, compañero infatigable,
gordo, bueno, y amigable.

Nuevamente en el exilio, ya nadie acudió en su auxilio,
pues la gente conocía al «asesino del sable».
Sacó fuerzas de flaqueza, fiel a su naturaleza,
y cometió otra bajeza, como siempre deplorable:
le sustrajo el sonajero a un angelito adorable.
¡Grosaría imperdonable!

Decidió un día cambiar y dar tumbos por el mar.
Como grumete ingresó en un barco invulnerable,
sin saber el capitán que el muchacho era un gañán.
Rebosando de azafrán, la bodega interminable
contenía una fortuna de valor incalculable
y un montón de agua potable.

Pero el chico, con astucia, ideó malvada argucia
para hacerse con el barco con maldad inagotable.
Para conseguir su fin, organizó un gran motín,
y fue suyo el bergantín. Con dignidad innegable,
el capitán proclamaba que con furia inexorable
mataría al miserable.

Los marinos se mofaron, y a un mástil sucio lo ataron.
Sin embargo, con paciencia logró zafarse del cable

que lo ataba a la madera, y esperando a que subiera
el muchacho la escalera, con destreza admirable
le propinó un golpetazo con potencia insuperable.
Y pasó lo inevitable.

La suerte del malnacido al traste se había ido.
En el sórdido madero ataron al detestable.
«¿Qué me dices ahora, chico? Veo que no abres el pico.
¿Te querías hacer rico?», dijo el capitán, amable.
«No me hables, vil bellaco, en mi estado deplorable»,
replicó el desagradable.

Aunque querían matarle, decidióse al fin juzgarle.
Dijo el chico que su acto era justo y perdonable,
pues nadie se había herido: solo un hombre había sufrido
una brecha en el oído. Y que el capitán amable
era torpe, burro y necio, a la par que impresentable:
el auténtico culpable.

La sentencia de aquel juicio sacó al muchacho de quicio.
Condenado a justa muerte por su acto deplorable.
«No sabéis lo que habéis hecho... ¡No tenéis ningún derecho!»,
gritó el chico, insatisfecho. Pero el fallo razonable
se ejecutó con premura. Qué curioso, el miserable
fue acabado con un sable...

Al terminar de recitar el maravilloso canto, Adanieva decidió ponerse a meditar. Estuvo en trance durante dos largos años, tras los cuales abrió los ojos.

—¡No entiendo nada! —gritó.

El eco le devolvió una respuesta:

—Yo tampoco... oco... oco...

—¿A qué te refieres, eco, con lo de «oco... oco...»? —preguntó Adanieva—. Es que no lo veo el sentido...

Pero esta vez el eco hizo oídos sordos. Aunque no se limitó a eso, e hizo también ojos ciegos y piernas cojas. Ante tal cúmulo de eventos adversos, Adanieva decidió meditar otro par de años, pasados los cuales, y tras abrir los ojos, exclamó:

—¡Entiendo una cuarta parte de la décima parte de la mitad de todo!

A lo que el eco respondió:

—¿Cuánto es eso en centímetros cúbicos...? Úbicos... úbicos...

Esta vez fue Adanieva quien hizo piernas sordas y pelos lacios a la pregunta del eco. Sin embargo, puesto que no hizo oídos sordos, contestó:

—¡Me faltan datos!

A todo esto, le entró un hambre atroz. Llevaba sin comer más de cuatro años. Pero no probó bocado, puesto que, justo en ese momento, decidió ponerse a dieta.

—¡Qué mala suerte! —exclamó.

Los años siguientes los dedicó Adanieva a la vida contemplativa, al estudio de su propia naturaleza y a la búsqueda de una receta sabrosa para los espárragos trigueros. Y aunque fracasó en esto último, llegó, finalmente, al completo descubrimiento de su propia naturaleza.

Al darse cuenta de que había llegado a la completa iluminación espiritual, decidió cambiarse el nombre. Adanieva era un nombre ridículo para un ser tan elevado, con lo que decidió que a partir de ese momento sería conocido como Gran Maestro Kagha-Routtaz.

Candidato excepcional

Gentiluovo Semiscrotto entró en el despacho del doctor Spinacca con decisión. Era un joven de aspecto tosco y con evidente sobrepeso. Se sentó pesadamente en la silla, resoplando, mientras gruesas gotas de sudor resbalaban por su cara.

—Buenos días —le saludó el doctor—. Es usted...

—Sí, soy yo —respondió Gentiluovo con dificultad—. Perdone, pero había muchos peldaños en su escalera.

—¿Se refiere usted a la escalera con tres peldaños que hay a la entrada de la facultad?

—¿Tres? —preguntó el joven—. Pues a mí se me ha hecho interminable... Habría jurado que eran cuatro.

—Bien, entonces pasemos a la siguiente pregunta... ¿Qué experiencia tiene usted como explorador? —preguntó el doctor Spinacca.

—Oh, mucha, mucha...

—¿Cuánta? —insistió el doctor.

—No le podría decir.

—No me diga.

—Sí, sí, como lo oye.

—Bien. Pasemos pues a las pruebas físicas.

—¿Se pueden hacer tumbado? —preguntó Gentiluovo—. Es que arrastro mucho cansancio.

—¿Y a qué se debe tan desafortunado hecho?

—Por supuesto, usted lo ha dicho.

—¿De verdad lo he dicho yo? —preguntó el doctor—. Habría jurado que lo había dicho usted.

—Sin embargo, había cuatro peldaños.

—No quisiera darle falsas esperanzas, pero la entrevista va francamente bien —afirmó el doctor.

—Es una lástima —contestó el joven.

Seguidamente salieron al patio. Los celadores de la universidad arrastraron al joven Gentiluovo hasta allí, pues se negaba a andar alegando ligera fatiga y pesadez en los párpados. Cuando llegaron a la zona de pruebas físicas, el doctor despertó al candidato y le indicó:

—Estas pruebas son para probar su capacidad de trabajar duramente. ¿Está listo?

—Usted sí que está listo —contestó Gentiluovo.

—Me adula.

—Siempre y cuando.

—Correcto.

—Pues no hay más que hablar.

Después de esta maravillosa conversación, los dos hombres se abrazaron, emocionados. Uno de los celadores, al ver la escena, también se emocionó; miró alrededor y, al comprobar que el resto de celadores no estaban emocionados, decidió abrazarse a sí mismo, lo cual le llevó unos 40 minutos. Lo más complejo, una vez recuperada la serenidad, fue desabrazarse de sí mismo. Para ello fue necesaria la asistencia de personal especializado en este tipo concreto de tareas.

Sea como fuere, una vez las emociones se hubieron evaporado, el doctor Spinacca explicó a Gentiluovo el objetivo de la primera prueba física, mientras colocaba una uva en el centro del

patio.

—Cuando yo toque el silbato, usted debe dar tantas vueltas como le sea posible alrededor de esta uva. ¿Lo comprende usted?

—No.

—Bien, entonces, empecemos.

El doctor tocó el silbato, y el candidato empezó a dar vueltas alrededor de la uva. Pero lo hizo de una forma harto curiosa: excavó un túnel que pasaba por debajo de la frutita. Entraba por la entrada derecha del túnel, y salía por la parte izquierda. Luego saltaba por encima de la uva de izquierda a derecha, para proceder a entrar nuevamente por la entrada derecha del túnel. Y así, durante las dos horas y seis minutos que duró la prueba.

—¡Tiempo! —exclamó el silbato del doctor Spinacca.

—¡Bien dicho! —exclamó el doctor Spinacca.

—¡Cuanto menos dejo de evitar descomer menos dejo de evitar desengordar! —no exclamó nadie.

—Ha realizado usted un total de dos vueltas a la uva —informó el doctor al exhausto joven.

—¿Eso es mucho? —preguntó, resoplando.

—Eso es, muchacho.

—Y usted que lo diga —dijo Gentiluovo, en desfalleciendo.

Mientras el muchacho dormía, le arrastraron de las orejas hasta uno de los rincones del patio. Pasadas seis horas, viendo que no despertaba, el doctor decidió aplicar una drástica técnica: la del despertaje histérico con violencia subcutánea, consistente en realizar un leve soplido en la frente de la persona inconsciente. La maniobra tuvo éxito, pues Gentiluovo despertó, incluso antes de que pasaran otras seis horas.

—Bien, señor Semiscrotto... ¿Preparado para la siguiente prueba?

—Plunch.

—Perfecto, empecemos pues.

La siguiente era una prueba de obstáculos. Un circuito pintado en las baldosas del patio marcaba el recorrido que debía emprender el candidato. Sin embargo, se habían colocado estratégicamente una serie de obstáculos para dificultar la tarea y poder comprobar la resistencia, la creatividad y la melancolía del aspirante. El doctor Spinacca se dirigió hacia este, y con voz altiva gritó:

—¡Michi-michi!

Los celadores rompieron a aplaudir frenéticamente, causando un estruendo tal que Gentiluovo volvió a quedarse dormido. Debido a ello, el doctor Spinacca tuvo que aplicar nuevamente la técnica agresiva que había utilizado antes para despertarle. Efectivamente, menos de dos semanas después, el joven volvió a abrir los ojos, instante que aprovechó el doctor para tocar el silbato, antes de que volviera a dormirse.

El muchacho empezó a seguir la línea del circuito. Pero bien pronto se encontró con el primer obstáculo. Doce centímetros después de la salida, salió a su paso un gigantesco piano de cola puesto justo en el medio de su camino.

Gentiluovo no supo cómo reaccionar al principio. Pero al cabo de unas horas, previa siesta, tuvo una genial idea: rodear el piano. Para ello, se desvió a su izquierda, pasó al lado del instrumento, y retomó el camino por el otro lado.

—¡Ha sido fácil! —exclamó, eufórico.

El siguiente obstáculo era similar, pero el doctor necesitaba ver cómo se enfrentaría Gentiluovo a un problema parecido con distintos parámetros: se trataba ahora de una pequeña

trompeta de plástico que cerraba el paso. La solución que aplicó el muchacho fue la de patear la trompeta, que salió volando hasta un tejado.

—¡Mal! —gritó el doctor, indignado—. ¡Hay que repetir la prueba!

Los celadores (todos), así como sus familiares y amigos, subieron al tejado para recuperar la trompeta. Se volvió a dejar todo como al principio, y Gentiluovo se dispuso a volver a empezar.

—Recuerde, estimado imbécil —explicó el doctor—, que las dos soluciones a los dos problemas planteados deben ser las mismas. Repita esta vez, pero haciendo lo mismo en cada obstáculo. ¿Lo ha comprendido?

—Flomps.

—Bien, entonces empiece —indicó el doctor justo antes de tocar el silbato de nuevo.

En la ambulancia camino del hospital, Gentiluovo se lamentaba de su mala fortuna, con varios huesos del pie fracturados.

—¡Qué mala suerte! —exclamó.

—¿Qué le pasa? —preguntó el camillero que le acompañaba.

—Tenía que romperme el pie precisamente un jueves... ¿No es mala suerte?

—Hombre, yo creo que habría sido peor un martes. ¿No cree?

—No, soy ateo desde que nací.

—Menuda suerte —comentó el camillero.

—Lo dice con sarna —acusó Gentiluovo.

—No, estoy vacunado.

—Ah, comprendo.

—Entonces perdone, no era mi intención.

—No se preocupe, imbécil, es comprensible —le tranquilizó Gentiluovo.

—¿Le importa si ejerzo una ligera presión de mi pulgar sobre su fracturado pie? —preguntó el camillero.

—¿Es necesario?

—No, es simplemente para tocar un poco los cojones.

—En ese caso no lo veo procedente.

—¿Entonces procedo?

—Del mono, seguramente.

—¿Cómo es posible?

—No es la pregunta adecuada, señor camillero de la ambulancia.

—¿Está seguro?

—Con usted aquí no.

—¿Cómo sabe usted que estoy aquí? —preguntó el camillero.

—Lo supongo.

—Pues supone bien, porque, efectivamente, estoy aquí.

—¿Lo ve? —pregunto Gentiluovo, visiblemente excitado.

—¿Dónde?

—Correcto.

—Eso me parecía.

—Qué bien habla usted.

—Gracias.

—No se merecen.

—Por supuesto.

—Por el suyo.
—¿Suyo de usted o suyo de él?
—Suyo de nosotros.
—Debí haberlo supuesto.
—Debió.
—Sí. Pero lo devolví todo.
—¿Le sentó mal la comida?
—Me sentó mal en una silla incómoda. Y eso que yo le dije: «Siénteme bien, que luego me da caspa».
—Eso es lo importante —dijo ya no sé quién.
—Relativamente.
—Exacto.
—No entiendo.
—¿Falta mucho para llegar?
—Muchísimo.
—Menos mal, ya empezaba a desesperar.
—Si quiere empiece.
—Como empiece no acabo.
—¿Cómo se come eso?
—Ahora me he perdido.
—Ha hecho bien.

Cuando la ambulancia llegó al hospital, un médico examinó a Gentiluovo y le dio el alta, puesto que las fracturas se habían soldado ya.

Caída sin igual

Cuando el Gran Maestro Kagma-Routtaz abrió los ojos y salió de su trance, sus discípulos permanecieron inmóviles, impasibles y completamente serenos. Al verlo, el Maestro dio dos fuertes palmadas, a la par que exclamaba estas palabras:

—¡Arriba, gandules!

Los ronquidos cesaron en el acto y los siete muchachos despertaron asustados. Tal fue el sobresalto, que hubo que lamentar importantes daños personales. A pesar de ello, nadie resultó herido.

—Después de mi largo trance, voy a revelaros algo —declaró con solemnidad el Maestro.

Los alumnos sintieron acelerarse sus corazones, crispase sus músculos y temblar sus barbillas.

—¿Por qué nos tiemblan las barbillas? —pregunto uno de los muchachos.

—¿Por qué se nos crisan los músculos? —preguntó otro.

—¿Por qué se aceleran nuestros corazones? —preguntó el de más allá.

—¿Por qué no os calláis un poquito? —preguntó uno que todavía no había preguntado nada, y creyó que esa era una buena pregunta.

El Maestro les miró con bondad en los ojos. También les escuchó con alegría en las orejas. Y finalmente les olió con regocijo en la nariz.

—¿Por qué hacéis estas preguntas? ¿No sabéis que nunca hay que preguntar? —preguntó el Maestro—. ¿Es que no os he enseñado nada durante estos tres minutos?

Los chicos se miraron unos a otros, desorientados. Finalmente se rompió el silencio.

—¿Por qué nos tiemblan las barbillas! —exclamó uno de los muchachos.

—¿Por qué se nos crisan los músculos! —exclamó otro.

—¿Por qué se aceleran nuestros corazones! —exclamó el de más allá.

—¿Por qué no os calláis un poquito! —exclamó uno que todavía no había exclamado nada, y creyó que esa era una buena exclamación.

—¿Por qué hacéis estas exclamaciones! ¡No sabéis que nunca hay que exclamar! —exclamó el Maestro—. ¿Es que no os he enseñado nada durante estos tres minutos!

Los chicos se miraron unos a otros, desorientados. Finalmente se rompió el silencio.

—Nos tiemblan las barbillas —afirmó uno de los muchachos.

—Se nos crisan los músculos —afirmó otro.

—Se aceleran nuestros corazones —afirmó el de más allá.

—Os calláis un poquito —afirmó uno que todavía no había afirmado nada, y creyó que esa era una buena afirmación.

—Hacéis estas afirmaciones. Sabéis que nunca hay que afirmar —afirmó el Maestro—. Os he enseñado algo durante estos tres minutos.

Los chicos se miraron unos a otros, desorientados. Finalmente se rompió el silencio.

—No nos tiemblan las barbillas —negó uno de los muchachos.

—No se nos crisan los músculos —negó otro.

—No se aceleran nuestros corazones —negó el de más allá.

—No os calláis un poquito —negó uno que todavía no había negado nada, y creyó que esa era una buena negación.

—No hacéis estas negaciones. No sabéis que nunca hay que negar —negó el Maestro—. No

os he enseñado nada durante estos tres minutos.

Los chicos se miraron unos a otros, desorientados. Finalmente se rompió el silencio.

—Me voy a echar una siesta de tres horas —manifestó el Maestro, como aquel que no quiere la cosa.

—Yo también me voy a echar una siesta de esas —manifestó aquel que no quiere la cosa.

Todas las miradas se volvieron hacia este, excepto la del Maestro, que roncaba plácida y agitadamente.

Los discípulos buscaron la cosa. Uno de ellos la encontró.

—¡He encontrado la cosa! —exclamó, feliz.

—¡Dásela, dásela! —gritaron los demás, señalando a aquel que no quiere la cosa.

Finalmente, se la ofrecieron, pero este exclamó:

—No sabéis con quién tratáis.

Por mucho que insistieran, no pudieron convencerle para que aceptara la cosa.

—Estoy harto de que la gente haga como yo —exclamó.

Sin darles tiempo a reaccionar, y como aquel que no quiere la cosa, aquel que no quiere la cosa agarró la cosa y huyó con ella a toda velocidad.

—Huye como él mismo —dijo un discípulo.

—¿Creéis que quería la cosa? —preguntó otro.

Después de este humilde y elástico incidente, que puso a más de uno la piel de gallina, los ojos de pollo y los nardos de pluma, los discípulos perdieron la vocación, perdieron el norte, abandonaron el barco, quemaron las naves, mordieron el polvo, dieron su brazo a torcer, vendieron la piel del oso, y finalmente hicieron mutis por el foro.

Cuando el Gran Maestro Kagha-Routtaz vio que estaba solo, entró en depresión, salió de ella, entró en recesión, salió también de ella, y finalmente entró en trance y barrance, saliendo también de ellos posteriormente. Cuando no se le ocurrió en qué más entrar, volvió nuevamente a entrar en depresión, pero esta vez ya no le encontró la gracia, y volvió a salir de esta, aunque permaneció deprimido. Al ver que nadie estaba dispuesto a seguir su doctrina, el Maestro decidió hacerse inmortal para velar por la Humanidad.

Así, un soleado día de primavera, salió de su morada, y emprendió un largo viaje en busca de la piedra filosofal, el elixir de la larga vida y el pistacho del amor eterno. Pero al finalizar el viaje se dio cuenta de que solo había encontrado la piedra de la larga vida, el elixir bucal del amor temporal y el pistacho filosofal.

—¿Y todo esto para qué cojones servirá? —se preguntó el Maestro, con cara de plátano.

Así que lo vendió en un mercado ambulante especializado en pistachos de larga vida, piedras plataneras y elixires de idiosincrasia particular. Decepcionado desde ese momento, dedicó los siguientes años de su vida a profundizar en el conocimiento del bien y del mal, de la felicidad supina y de la inmortalidad pasajera.

En cierta ocasión, hallándose en pleno trance en medio de un bosque lleno de seres vegetales, notó una presencia humana acechándole. Efectivamente, no se equivocaba. Era un hombre a quien le encantaba masticar fresitas del bosque y, efectivamente, estaba acechando. Era un hombre bueno, no tenía malas intenciones. Sin embargo, tenía un grave problema: a veces se despistaba un poco. Y esa fue su perdición. Iba a cometer el último error de su vida: confundir al Gran Maestro Kagha-Routtaz con una pequeña fresita silvestre. El hombre se abalanzó contra su presa, y empezó a masticarle.

—¡Qué rica fresita! —exclamó sin dejar de masticar.

El Maestro se sintió insultado.

—¿Me has llamado fresita? —preguntó.

—Cállate, las fresitas no hablan.

Indignado hasta lo más profundo de su paladar, el Gran Maestro asestó un golpe mortal al osado masticador. Por suerte para este, el golpe fue en la uña del dedo gordo del pie.

—Fresita —dijo el hombre—, ¿por qué me asestas un golpe mortal en el pie gordo de la uña?

—¡Me has llamado fresita otra vez! —exclamó Kagma-Routtaz lleno de ira—. Pues ahora me enfado... ¡Tú te lo has buscado!

Tal fue la rabia que sentía en su interior, que se retiró a las Montañas de la Angustia Graciosa, donde encontró su nueva morada en lo más profundo de una lúgubre cueva, en lo más profundo de las montañas.

—¡Estoy furioso! —se dijo—. Ese imbécil me ha insultado de la peor forma... Pues ahora voy a dedicar el resto de mi vida a forjar un orinal mágico que me permita gobernar Monchu entero. Instauraré un reino de terror y no habrá sosiego, ni bizcochos de chocolate... ¡Así aprenderá ese desgraciado a faltarme al respeto! Y ahora que he dicho esto, procederé a soltar una tétrica carcajada siniestra de esas que dan mucho miedo.

Y dicho eso, procedió a soltar una tétrica carcajada de esas que dan mucho miedo, tal como había prometido, lo cual espantó a los murciélagos de la cueva, que decidieron revolotear de acá para allá, presas del pánico.

Así fue como empezó a gestarse el proyecto más siniestro de todos los proyectos que se gestaron nunca... El Orinal de las Tinieblas iba a ser creado; Monchu estaba perdido.

Los primeros años de la atroz búsqueda fueron infructuosos. El Maestro no alcanzaba a reunir el suficiente poder para su demoníaca obra. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, la maldad impregnaba más y más el espíritu de Kagma-Routtaz: su espalda se fue encorvando más y más, su rostro se tornó espantoso, sus colmillos se alargaron, le crecieron cuernos de gato y le salieron espinillas en la nariz. Todo ello era solo el reflejo de los cambios que estaba sufriendo su espíritu, cada vez más negro y carcomido por el resentimiento.

Mediante el estudio sin descanso de las artes oscuras, consiguió conjurar a los patafluflos de las cuevas, expertos forjadores de metales, a los cuales hizo sus esclavos. La forja permanecía activa, sin pausa alguna día ni noche. Los patafluflos trabajaban sin descanso, día tras día. Y mientras tanto, el poder del Gran Maestro Oscuro Kagma-Routtaz no dejaba de aumentar.

Finalmente, el Orinal de las Tinieblas terminó por ser forjado.

En ese preciso instante, ya ninguna criatura estaría a salvo. Nada era lo suficientemente fuerte como para impedir que el Maestro Oscuro se apoderara de todas las tierras conocidas y desconocidas.

Así, una soleada mañana, el Maestro cogió el orinal, salió de la cueva y se dispuso a conquistar Monchu entero. Pero cuando llevaba dos metros y medio de camino, una pequeña moscamorsa se le metió en uno de los agujeros de la nariz. Rojo de ira, le lanzó al pequeño insecto un rayo desintegrador-pulverizador, que salió disparado de sus manos. Huelga decir que la moscamorsa quedó desintegrada a la par que pulverizada.

Lamentablemente, la cabeza del Maestro también resultó tan pulverizada como desintegrada. Aquel traumatismo fue demasiado para Kagma-Routtaz, que, sin cabeza, no tuvo más remedio que morir al instante. El orinal cayó, y fue rodando por una pendiente hasta llegar a la cima más alta de las Montañas de la Angustia Graciosa.

Allí quedó sepultado por la nieve, y nadie oyó hablar del terrible Orinal de las Tinieblas durante mucho tiempo.

Candidato ideal

El alcalde Sonso Cantibaily pellizcaba ansiosamente el cristal de la ventana de su despacho. Cuando su ansiedad hubo desaparecido, se puso a mordisquear nerviosamente, pero con elegancia, la cañería del tejado. Cuando se tranquilizó, se reclinó en su cómoda silla y suspiró nerviosamente.

De repente, Urbet Orbi entró en el despacho. Sonso se puso nuevamente ansioso, con lo que se deslizó rápidamente hacia la ventana.

—¿Cómo progresa el asunto? —preguntó el alcalde.

—Hoy mismo terminamos las entrevistas —contestó el señor Orbi—, y mañana tendremos ya a nuestro intrépido explorador.

—Eso espero. No quiero que se produzca ningún retraso. Necesitamos el amuleto cuanto antes... Las visitas al museo han descendido un trescientos por ciento desde ayer por la tarde.

—Caramba, me alegro.

—¿Cómo puede alegrarse de un hecho tan extraordinariamente hermoso?

—Pues ahora que lo dice —replicó el señor Orbi—, no sé cómo he podido conseguirlo. De todas formas, en todos los lugares cuecen habas.

—Eso no es cierto, ¿cierto? —preguntó Sonso.

—¿A qué te refieres, preciosa?

—Eso no es verdad, ¿verdad?

—Me alegro de que me haya hecho esa pregunta tan estúpida.

—No, por favor, usted primero.

—Gracias, gracias.

—No, se equivoca.

—Me alegro.

—Es usted todo alegría —observó el alcalde.

—Me halaga usted, imbécil.

—Puede retirarse.

—Soy demasiado viejo para retirarme. Esperaré a la próxima glaciación.

—Bellas palabras.

—¿Dónde? —preguntó el señor Orbi.

—Naturalmente. Y ahora váyase. Pero hágalo de forma ordenada y espeluznante, si puede ser.

—¿Dónde?

En ese momento, los dos interlocutores se quedaron dormidos, pero lo hicieron sin perjudicar a nadie.

Al día siguiente, era Urbet Orbi quien se encontraba ansioso en su despacho. Para paliar su ansiedad se golpeaba los dientes con las rodillas. Sin embargo, esta técnica no consiguió calmarle, aunque sí le quitó la acidez estomacal, así como algunas piezas dentales. Para paliar su ansiedad tuvo que llamar a su madre que, por teléfono, consiguió, efectivamente, paliar esa ansiedad. Justo antes de colgar el auricular, entró el doctor Spinacca.

—¿Con quién hablaba? —pregunto Florocormo.

—Con la madre que me palió.

—Entiendo.

—Entonces podemos dar por concluida esta charla —sentenció Urbet.

Después de la reunión, Florocormo Spinacca se dirigió a su despacho, donde, sin ansiedad de ninguna clase, se puso a masticar su incómoda silla frenéticamente. Poco después llegó Jarrison Gaitasoplas, y lo primero que hizo fue decir lo siguiente:

—Hola. Soy Jarrison Gaitasoplas.

A lo que el doctor no supo qué contestar, por lo que siguió masticando. Al ver ese espectáculo tan cotidiano, Jarrison tomó asiento y, sin embargo, se sentó. Media hora después, decidió decir algunas frases.

—Está usted un poco gordito —dijo, asimétricamente—. Sin embargo, le contaré un secreto. Pero en todo caso, otro día. Ahora le detallaré el motivo de mi visita.

—Ah, ¿tiene usted un motivo? —preguntó el doctor Spinacca.

—¿En qué lo ha notado usted?

—En la forma que tiene usted de mirarme.

Jarrison pestañeó. Doce segundos más tarde, volvió a pestañear. Y lo mismo hizo siete segundos después.

—¿Por qué esa manía de pestañear continuamente? —preguntó el doctor, dejando de masticar.

—Gracias por el cumplido. Pero no debió molestarse.

—No, si no es molestia. Aunque debo reconocer que es sumamente desagradable.

—Bien, pues adelante —dijo Jarrison—. Estoy con usted.

—Pues reconozco que es sumamente desagradable.

Nueve horas y catorce minutos más tarde, el Michubichi se puso en el horizonte.

—Qué curioso, ¿no? —preguntó Jarrison, pues se había dado cuenta del detalle.

—Ciertamente, ¡menudo sobresalto!

—Bien, pues, si no tiene nada más que decirme, me voy.

—Vaya, vaya...

Cuando Jarrison estaba a punto de salir por la puerta, Florocormo le detuvo.

—¡Espere! —le gritó—. ¡He olvidado decirle algo!

Jarrison volvió a sentarse.

—Usted dirá.

—Es que, como le decía —siguió el doctor—, lo he olvidado.

—Bien, no tengo prisa. Intente recordar —le aconsejó Jarrison—. Haga un esfuerzo.

—¿Un esfuerzo? ¿Para qué?

—Para recordar.

—¿Para recordar qué? —preguntó el doctor Spinacca.

—Para recordar lo que ha olvidado —explicó Jarrison.

—Pero vamos a ver —dijo el doctor, visiblemente enojado—, le voy a intentar explicar la incongruencia de lo que acaba usted de decir...

—¡Maravillástico!

—Convendrá usted conmigo en que hay varios tipos de esfuerzo.

—Convengo.

—Por ejemplo, está el esfuerzo para expulsar las heces.

—Caca —replicó Jarrison.

—También está el esfuerzo para expulsar las fermentaciones gaseosas.

—Pedo.

—Existe también el esfuerzo para recordar que debemos huir de un grupo de asaltantes

caníbales que se dirige hacia nosotros a toda velocidad portando afilados cucharones en las manos.

—Culo.

—Tenemos por otro lado el esfuerzo para recordar que debemos regar las plantas — explicó el doctor.

—Pipí —dijo Jarrison, después de reflexionar un buen rato.

—Adicionalmente —prosiguió Florocormo—, podemos considerar el esfuerzo para recordar que debemos plantar los riegos.

—Pedo.

—Ese ya lo ha dicho —corrigió el doctor.

—Me alegro.

—Bien. Convendrá conmigo, entonces, en que cada uno de estos esfuerzos conlleva consigo un modo diferente de apretar las cejas y las nalgas. ¿Cierto?

—Convengo ciertamente y sin rencor —convino Jarrison.

—Entonces, si yo supiera cómo debo colocar mis cejas y mis músculos cúlicos, sabría qué es lo que tengo que recordar, y entonces no me haría falta tener que recordarlo, puesto que como ya sabría lo que es, no lo habría olvidado en ningún momento.

—Estoy convencido de que todo lo que ha dicho usted es absolutamente cierto, a no ser que no lo sea, en cuyo caso sería falso o, por lo menos, no tan cierto como cabría esperar, si me permite decirlo.

—No, no se lo permito. Desdígalo.

—Me lo pone usted difícil —protestó Jarrison.

—No me impresiona usted con sus estupideces, pedazo de burricerdo asmático —dijo el doctor dulcemente.

En ese momento, el doctor contrajo ligeramente la ceja izquierda y levantó la derecha; también contrajo ligeramente la nalga izquierda, mientras levantaba la derecha.

—¿Qué hace usted, bello imbécil? —preguntó Jarrison, extrañado.

—Estoy haciendo un esfuerzo para recordar decirle a usted que he decidido contratarle para el trabajo.

—¿Y cómo va? ¿Hay suerte?

—Ya casi lo recuerdo —respondió Florocormo.

Menos de seis millones de millonésimas de segundo después, el doctor Spinacca gritó:

—¡Remolacha!

—¿Remolacha? —preguntó Jarrison, desorientado—. ¿Por qué grita eso?

—Bueno —explicó el doctor—, es una forma de decir «eureka», solo que mucho más elegante. Quiero ser recordado como el que dijo «remolacha».

—Me parece una falta de respeto hacia las aves de la tierra y los peces del cielo, pero si a usted le gusta así, no tengo inconveniente alguno más allá de lo estrictamente innecesario.

—Gracias, muchacho.

Los dos hombres interrumpieron la conversación durante 20 segundos. Seguidamente la retomaron nuevamente. Esta nueva parte de la conversación empezó con una pausa de 12 minutos.

—Qué pausa más interesante, ¿no cree usted? —dijo Manuel Flufaflú.

—¿Quién es usted? —preguntó Jarrison a Manuel.

—Uy, qué tonto —lamentó Manuel—. Creo que me he confundido. Yo no debería estar aquí. Qué cabeza tengo...

—No se preocupe —le dijo el doctor paternalmente—. Ya que está usted aquí, quédese con

nosotros y participe activamente en nuestra conversación. Y si no es mucha molestia, límpieme al despacho a fondo al mismo tiempo.

—No es molestia —dijo el señor Flufaflú. Y en sacando un pequeño bastoncillo de algodón de su oreja, empezó a encerar con él una de las patas de la mesa.

—¡Remolacha! —gritó el doctor.

—Eso ya lo ha dicho —respondió Jarrison.

—Cierto. Es que acabo de recordar que acababa de recordar lo que quería decirle.

—Soy todo oídos.

—Ya será menos.

—Tiene razón. Soy casi todo oídos.

—Mejor, pero todavía le queda camino.

—Bueno, soy mitad oídos, mitad lo demás.

—Esto va mejorando.

—A ver ahora. Soy oídos desde la parte inicial del oído según se mira, hasta la parte final del oído según se mira. En cuanto al resto, sin novedad.

—¿Y qué me quiere decir con eso? —preguntó el doctor, con uñas y dientes.

—Pues que le escucho.

—Es una lástima.

—¿Por qué? —preguntó Jarrison.

—Porque se lo iba a decir por escrito.

—Bien, pues no se preocupe, soy todo ojos.

—Ya será menos.

—Tiene razón. Soy casi todo ojos.

—Mejor, pero todavía le queda camino.

—Bueno, soy mitad ojos, mitad lo demás.

—Esto va mejorando.

—A ver ahora. Soy ojos desde la parte inicial del ojo según se escucha, hasta la parte final del ojo según se escucha. En cuanto al resto, sin novedad.

—¿Y qué me quiere decir con eso? —preguntó el doctor, codo con codo.

—Pues que le miro.

—Me sonroja usted... ¿Y qué es lo que ve?

—Veo un doctor sentado, con una pierna encerada.

—Me halaga —dijo el doctor, halagado.

—Halagado sea, adiós.

—No se vaya, muchacho. Debo decirle algo.

—Soy parte ojos y oídos, parcialmente, sin ningún tipo de totalidad, sin abusar, y sin gula ni envidia de ningún tipo o subtipo.

—Queda usted contratado —informó el doctor.

—Será una broma —replicó Jarrison, estupefacto.

—Lo será... Pero mientras tanto, disfrute de su nuevo puesto.

Y que se sepa, la conversación terminó ahí.

La raíz del mal

Después de muchas batallas y guerras, incluso algún que otro puñetazo en mal sitio, los antiguos pueblos del Gran Continente (el único continente de Monchu) se unieron bajo el mando del emperador Pachorrete el Grande. Fueron días felices, prósperos, agradables, maravillosos...

Para Pachorrete, claro, que vivía feliz en su palacio de la Meseta Central. Para el resto fue una mierda.

Sea como fuere, la gente vivía en paz. Nadie perjudicaba a su vecino. Las cosechas eran abundantes y había alimento de sobra para todos. Aunque se lo comía casi todo Pachorrete, que padecía obesidad mórbida. Sin embargo, el pueblo se conformaba con poco.

Aún así, las cosas todavía empeoraron más cuando Pachorrete falleció. Nadie supo jamás cuál fue la causa de su muerte. Lo último que se supo de él es que salió por la ventana más alta de la torre más alta del castillo, y que cuando llegó al suelo ya no respondía a las preguntas.

El hijo de Pachorrete el Grande se llamaba Pachorritín, al que pusieron el sobrenombre de «el Grandecito».

Pachorritín el Grandecito gobernó su imperio de forma dura e implacable. Cometía todo tipo de abusos y excesos, y sus duras leyes se aplicaban con rigor espeluznante a los honrados ciudadanos. Tal fue así que, en una ocasión, un campesino dijo:

—Estoy espeluznado debido al rigor con el que se aplican las duras leyes de Pachorritín el Grandecito a los honrados ciudadanos.

Escuchar ese terrible nombre era suficiente para sentir el terror más intenso ascendiendo por la columna vertebral, dar un par de vueltas por el cráneo, bajar nuevamente por la columna, pasar al intestino grueso y salir finalmente del cuerpo mediante un gran estruendo que hacía retumbar las paredes y enmudecer al que estuviera a escasos centímetros.

Fueron días oscuros. Sobre todo por las noches.

Las leyes se relajaron para los bandidos. Los robos, saqueos y agresiones de todo tipo eran extraordinariamente frecuentes. Los campesinos eran exprimidos a base de impuestos, mientras las cosechas eran diezmadas, saqueadas y quemadas. La gente empezó a morir de hambre, y las enfermedades empezaron a campar por todo el imperio. Debido a todo ello, la gente empezó a sentirse algo molesta con la situación. Empezaron a germinar brotes de resistencia, pero eran cruelmente aplastados por el ejército de Pachorritín. La esperanza empezó a desaparecer.

Un aciago día de otoño, un siniestro hombre ataviado con un hábito negro, con la cabeza tapada con una capucha, se dirigió con paso tranquilo al palacio imperial. Al llegar junto a los guardianes del portón principal les dijo:

—Buenos días tenga usted.

—¿Me lo dice usted a mí? —preguntó uno de los guardias.

—Abrid el portón —ordenó el encapuchado suavemente.

Los guardias, al oírlo estallaron en estruendosas carcajadas.

—No me haga reír, buen hombre —dijo el guardia—. Aquí solo se puede entrar con permiso del emperador.

—Tengo el permiso —informó el encapuchado.

—No está en la lista —respondió el guardia.

—¿A que te meto? —preguntó el encapuchado.

—Perdón, ¿cómo dice, señora?

En ese momento, el extraño juntó las manos y empezó a murmurar unas palabras incomprensibles.

—Perdone, caballero —dijo el guardia—, pero no alcanzo a comprender ninguna de sus incomprensibles palabras. ¿Podría repetir las de forma que tanto mi compañero aquí presente como yo pudiéramos, pudiésemos, o fuéramos o fuésemos capaces de descifrarlas sin ningún esfuerzo adicional por parte de nuestras ya cansadas cortezas cerebrales, sin que ello representare de ningún modo perjuicio alguno para usted o para ninguno de los miembros de su familia, contra los que nada tenemos en contra a no ser que sea usted familiar de un tipo cuyo nombre no recuerdo que en una ocasión osó musitar ante nuestra presencia una serie de palabras incomprensibles y en desobedeciendo nuestras súplicas se negó a repetir las, de forma que tanto mi compañero aquí presente como yo pudiéramos, pudiésemos, o fuéramos o fuésemos capaces de descifrarlas sin ningún esfuerzo adicional por parte de nuestras ya cansadas cortezas cerebrales, sin que ello hubiere representado de ningún modo perjuicio alguno para él o para ninguno de los miembros de su familia, contra los que nada teníamos en contra?

—No —replicó el encapuchado, y continuó musitando.

A los pocos segundos, una cegadora luz envolvió al extraño que, realizando un leve gesto con la mano, fue rápidamente proyectada hacia la cabeza del guardia que todavía no había dicho nada.

Entonces algo monstruoso sucedió: el brote de un pequeño melocotonero asomó por uno de los orificios de la nariz del soldado. Estupefacto, el otro guardia se puso en guardia, e inició la ejecución frenética de la bella «danza de la supresión del melocotonero que brota en las narices indiferentes».

Pero no dio resultado. El árbol siguió creciendo, hasta que el peso hizo caer al soldado.

—¡Es inmune a la danza! —exclamó, perplejo, el guardia bailarín.

—Abrid el portón —insistió tranquilamente el encapuchado— o morid.

—¡Está bien! —exclamó el guardia florecido—. ¡Abriremos! ¡Pero quíteme usted esto de la...!

No pudo proseguir, puesto que un melocotón le cayó directamente sobre un ojo.

—¡Ojo! —advirtió su compañero.

Haciendo un leve gesto con las orejas, el hombre encapuchado hizo desaparecer el melocotonero.

Presas del pánico, los guardias gritaron, al unísono:

—¡Abrid el portón!

Instantes después, la tierra tembló, un estruendo se oyó y el portón se levantó. Por este orden, y en solapándose unas cosas con otras. El encapuchado avanzó lentamente ante la mirada inequívoca de los dos aterrorizados soldados. Una vez dentro del palacio, se dirigió al gran salón del trono. Uno tras otro, el siniestro hombrecillo fue inutilizando a todos los guardias que le salían al paso, dejando tras de sí una interminable cosecha de melocotones.

Después de deshacerse de los soldados que guardaban la gran puerta de la sala del trono, el hombre hizo un leve gesto con su rodilla izquierda y los grandes portones salieron de sus goznes, tras lo cual cayeron por su propio peso sobre el lujoso suelo de mármol.

—¿Quién ha dicho «pum»? —preguntó el emperador, sobresaltado.

—Han sido ellos —informó el ministro, señalando los portones en el suelo—, que en saliéndose de sus goznes han caído por su propio peso sobre el lujoso suelo de mármol.

—¿Quién osa interrumpir mi manicura podal imperial? —preguntó Pachorrítín.

—¡Silencio! —exclamó el recién llegado, con una voz de ultratumba que resonó por todo el

palacio.

—¿Quién es este insultante personaje? —preguntó el emperador.

El encapuchado se quitó la capucha y descubrió su cara, con lo que dejó de ser un encapuchado, y pasó a ser un descapuchado.

—¡Soy Morloko! —gritó, altivo.

El emperador soltó una carcajada:

—¿Morloko «cabeza de moco»? —preguntó, sin dejar de reír.

—Ya no estamos en el colegio, alteza imperial —contestó Morloko—. Hace ya muchos años que sus burlas quedaron atrás. Ahora soy Morloko, «el Hechicero Negro».

—Pero si tú eres más bien de piel pálida —observó Pachorritín.

Tras reflexionar unos días, el descapuchado corrigió:

—¡Ahora soy Morloko «el Hechicero»!

Y habiendo dicho esto, una tempestad se desató dentro de la sala, con nubes negras, truenos, rayos, lluvia torrencial, sapos y culebras.

—¡Que decapiten al meteorólogo! —exclamó el emperador.

A un simple gesto de Morloko, la lluvia cesó.

—He venido a ocupar tu lugar, emperador de pacotilla.

—¿Tú y cuántos más como yo? —replicó el emperador.

—Perdón, ¿podrías repetir la pregunta?

—Por supuesto que sí —dijo Pachorritín el Grandecito.

—Ya me parecía —declaró Morloko.

—¡Prendedle! —ordenó el emperador.

Los 800 guardias que se hallaban presentes en el gran salón se abalanzaron sobre Morloko, en turnos de 50, pero fueron rápidamente neutralizados por el gran poder del hechicero, que los convirtió uno a uno en calimochas de agua. Aunque, por lo menos, tuvo la decencia de echarlas al foso por la ventana, para que no se ahogaran. Merece la pena destacar una maravillosa anécdota que tuvo lugar en ese momento:

Una de las calimochas, al caer al foso, se dirigió a otra calimocha en estos términos:

—Oye, la verdad es que prefiero esta vida que la que teníamos en palacio. ¿Tú no?

—Pues si le digo la verdad —contestó la otra calimocha de agua—, no sé de lo que me está usted hablando. Yo nací calimocha y llevo toda mi vida aquí.

—Perdone usted, señora —dijo la primera calimocha—. Creo que la he confundido con mi amigo Hans.

Volviendo al salón del trono, el emperador y la emperadora, el ministro, el sacerdote y la sacerdotisa, los consejeros y las consejeras, las concubinas y los concubinos, los pajes y las pajas, los eunucos y las eunucas, los nobles y las noblas allí reunidos y reunidas estaban aterrorizados por el espectáculo que acababan de ver.

—Y no lo habéis visto todo —afirmó Morloko, caminando lentamente hacia el trono—. ¡Lo tengo!

Y en ese momento abrió su túnica mostrando un objeto que tenía colgado al cuello. Se trataba ni más ni menos que del Orinal de las Tinieblas.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó el ministro, con la cara pálida y las orejas tenues.

—Simplemente, lo he encontrado —respondió el hechicero, sin dejar de avanzar.

—Entonces no era solo una leyenda... —preguntó una nobla.

—Pues lo cierto —explicó Morloko, pensativo— es que camino de las Montañas de la Angustia Graciosa me encontré a uno leyendo. No me fijé si había también una leyenda.

—Tiene sentido —dijo la nobla.

El hechicero asió al emperador por las solapas del chaleco y lo lanzó a 20 metros de distancia. La emperadora, que ocupaba el trono contiguo, no supo qué hacer, con lo que le preguntó a Morloko:

—¿Tienes novia, guapo?

Pero eso no evitó que saliera despedida también.

—Desde este momento —anunció el hechicero— se inicia el reinado de Morloko el Hechicero. Los que decidan obedecerme, que se arrodillen sobre las rodillas.

Los presentes, indignados, permanecieron de pie en señal de rebeldía.

—Está bien —dijo el hechicero—. Lo haremos por la fuerza. ¡Guardias!

En ese momento, las calimochas de agua que nadaban en el estanque quedaron convertidas en soldados, que saliendo del agua acudieron a la sala del trono, obedeciendo a su nuevo emperador. Merece la pena destacar una maravillosa anécdota que tuvo lugar en ese momento:

Cuando los soldados, empapados y con restos de algas por doquier, estuvieron formados en el salón del trono, uno de ellos observó a un compañero especialmente alto y fuerte, con grandes bigotes. Puesto que era la primera vez que le veía no pudo evitar preguntar:

—Oye, ¿tú eres nuevo?

—Pues si le digo la verdad —contestó el otro soldado—, no sé de lo que me está usted hablando. Yo nací calimocha y llevaba toda mi vida en el foso.

—Ah, es usted la señora de antes —dijo el primer soldado—. Creo que está usted muy bella así.

—¡Silencio! —interrumpió Morloko—. Guardias, atravesad con vuestras lanzas a todos aquellos que no se arrodillen ante mí.

Antes de que terminara de hablar, todos estaban arrodillados. El problema es que a los soldados nadie les había ordenado arrodillarse, con lo que acabaron atravesándose los unos a los otros con las lanzas.

El emperador y la emperadora fueron encarcelados en las mazmorras del palacio imperial. El malvado Morloko se sentó satisfecho en el trono y empezó a urdir una malvada venganza contra Pachorritín, que había osado llamarle Morloko «cabeza de moco» en repetidas ocasiones durante su niñez.

Días más tarde, finalmente, ejecutó su tétrica venganza.

Fue al amanecer de un primaveral día de otoño. El verdugo entró en la celda de Pachorritín. Le entregó a este un pergamino con un mensaje del hechicero. El prisionero rompió el sello y leyó el mensaje: Pachorritín «cabeza de adoquín».

Fue tal el enojo que le produjo el insulto, que no pudo soportarlo más y profirió una sonora pedorreta dirigida al verdugo, que murió al instante.

La que parió al chaval

Doña Stova Caburry no era una mujer como las demás. De hecho ninguna mujer era como las demás. Por lo tanto, la señora Caburry era, como las demás, distinta de las demás.

Sus interminables paseos por la orilla del lago de Sopaboba eran famosos porque eran interminables. Y eran interminables porque nunca terminaban. Lo cual era un misterio. La mujer había dejado ya cientos de paseos sin terminar.

En uno de sus paseos le sucedió algo extraordinario: una rana se cruzó en su camino dando pequeños brincos. En viéndolo, la mujer no tuvo más remedio que abalanzarse sobre ella y aplastarla con su voluminosa barriga que, huelga decirlo, ocupaba mucho volumen. La pobre ranita, viéndose en dicha situación, decidió dejar de brincar.

—¿Señora, le queda mucho? —preguntó el batracio, con una extraña mueca en la cara debida a la presión.

Presa del pánico, Stova se quedó dormida, lo cual la asustó de tal forma que se puso en pie de un salto. A pesar de ello, el salto fue poco preciso. De hecho fue el salto más merdoso del que se tiene conocimiento, lo cual le impidió a la pobre mujer quedar completamente de pie. Para intentar recuperar el equilibrio, la desdichada Stova empezó a correr hacia la dirección que marcaba la inclinación de su cuerpo. Siguió así durante varias horas, hasta que llegó al Desierto del Sur, donde quedó incrustada en una duna.

—¡Vaya salto más merdoso! —exclamó la mujer. Sin embargo, no se le entendió nada, pues tenía la boca llena de arena.

—¿Cómo dice, señora? —exclamó un beduino del desierto, que casualmente estaba incrustado en la misma duna.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Stova.

—Pues mire, todo empezó una soleada y estival noche de invierno. Salí a dar un interminable paseo por la orilla del lago, cuando una rana...

—Cállese, ya conozco la historia —interrumpió la señora.

—No creo que sepa el resto.

—Lo sé.

—¿Sabe que no lo creo, o sabe el resto de la historia?

—No sé.

—Le advierto.

—Ya sé.

—Entonces déjeme dormir. Mañana debo madrugar.

—Es lo más uniforme que ha dicho en toda la tarde.

—¿Usted cree, señora?

—Por favor, llámame de usted —dijo la señora Caburry, visiblemente enojada.

—¿De usted misma o de alguien más?

—Eso sobraba.

—Estoy de acuerdo contigo, ¿sabe usted?

—Así me gusta.

—Pues buenas noches —replicó el beduino, y se quedó dormido.

Con grandes esfuerzos, la mujer consiguió retirar sus carnes de la duna. Llamó a un taxi y volvió a Sopaboba a pie. Una vez en la ciudad, se dirigió al lago para retomar su paseo alrededor

del lago. Pero no había andado ni 200 kilómetros, cuando la misma rana de antes volvió a cruzarse en su camino.

—Buenos días. ¿Ya está usted aquí otra vez? —preguntó el beduino incrustado a la señora Caburry—. ¿Qué hora es?

—¡Vaya salto más merdoso! —exclamó la mujer.

—Entonces debo levantarme ya. Mi avión sale en doce minutos y hay que llegar con una hora de antelación. ¡Debo darme prisa!

—No se dé demasiada prisa, o le sobraré tiempo, muchacho.

—Tiene razón, señora. Despiérteme dentro de tres meses.

Y habiendo dicho esto, el beduino se dio la vuelta y se quedó dormido nuevamente.

Stova volvió a desincrustar su cuerpo de la duna y regresó nuevamente a Sopaboba. Pero esta vez fue directamente al ayuntamiento. Sin embargo, para su desgracia, la verde ranita la estaba esperando al pie de la escalinata.

—¿Ya han pasado tres meses? —preguntó el beduino.

Varios días después, el alcalde de Sopaboba estaba dirigiendo un pleno.

—El señor alcalde tiene la palabra —informó el alcalde.

Hubo un largo silencio. El concejal de culturismo no pudo más, y se dirigió al señor alcalde en estos términos:

—El señor alcalde es usted, señor alcalde.

—Eso me parecía —comentó este—, pero ante la duda, prefería callarme.

—Eso le honra —dijo el concejal de ortografías.

—Gracias, señor —respondió el alcalde—, es usted una bellísima persona.

En esos momentos, el secretario interrumpió el pleno:

—¡Ya basta! La violencia y la ira no llevan a ninguna parte. Por favor, señores, mantengamos la calma.

Hubo una ovación ensordecedora. El señor secretario derramó lágrimas de emoción ante tal muestra de lechuguismo.

—Bien —dijo el señor secretario, secándose las lágrimas con los calzoncillos—, después de este lamentable incidente prosigamos. Tiene la palabra el señor alcalde.

—Tiene la palabra el señor alcalde... —repitió este—. Que soy yo, con lo que yo tengo la palabra.

Hubo otra ovación.

—¡Basta de violencia! —gritó el señor secretario.

—Pero no hable, hombre —pidió el alcalde—. ¿No ve que yo tengo la palabra?

—Bien dicho —comentó el concejal de timbres y buzones.

—¿Diez bichos? —preguntó el concejal de juventudes rollizas—. ¿Dónde?

—¿Por qué habla todo el mundo menos yo? —preguntó el señor alcalde.

—Qué bien habla usted, señor alcalde —dijo el concejal de meteorología sintética.

—Pero cállese, hombre —le contestó el señor alcalde.

Hubo otra ovación. En esta ocasión, esta fue tan corta que nadie la oyó.

—¿Ha oído usted algo? —pregunto el concejal de bordillos y cabras al concejal de reuniones esporádicas.

—Me ha parecido oír una ovación —le contestó este—, pero no me haga usted caso; últimamente ando un poco mal de esta rodilla —informó, señalando su abdomen.

—Señores, no se peleen —insistió el señor secretario.

—¿Puedo decir algo? Tengo la palabra —insistió a su vez el señor alcalde.

—¿Me lo dice usted a mí? —preguntó el concejal de usufructos y disfrutos.

—Se lo digo a ese señor —respondió el señor alcalde, señalando el retrato del primer alcalde de Sopaboba.

—Usted no me meta en esto —pidió el retrato del primer alcalde de Sopaboba.

—¡Basta de ovaciones! —dijo el señor secretario.

En ese momento hubo una violenta pelea con ira, odio y algo de rencor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el concejal de tiempo preso.

—¿Se refiere usted a la pelea que ha habido aquí? —contestó el concejal de banquitos de madera, en preguntando asimismo.

—A eso me refiero.

—Pues no tengo ni idea, señor.

En ese momento, se abrió de par en par la puerta de la sala de plenos.

Todas las miradas se dirigieron hacia ese punto. Miradas de curiosidad, que se tornó en terror cuando vieron aparecer a la señora Stova Caburry por la puerta.

Los cientos de concejales, el secretario y el alcalde intentaron huir, pero la señora Caburry lo evitó, agarrándolos fuertemente por el cuello. A todos. A la vez.

Stova era una mujer muy dulce y cariñosa. Pero tenía estas cosas.

Los miembros del pleno fueron reanimados.

—La señora Caburry tiene la palabra —dijo, temblando, el secretario.

Stova se acercó al alcalde. Este, cubriéndose la cabeza con los brazos, declaró:

—¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!

—Pero hijo —le dijo dulcemente la señora—, no he venido a reñirte ni a castigarte.

—Ah, ¿no? —preguntó hábilmente el alcalde.

—No —respondió con astucia su madre.

Los presentes suspiraron aliviados.

—Ha habido suerte, señor alcalde —comentó el concejal de freidurías.

La señora Caburry siguió hablando con su hijo:

—Solo he venido a pedirte una cosa muy importante para mí. Y como eres el alcalde, creo que no tendrás ningún problema en solucionarlo. Verdad, ¿pequeñín?

—Por supuesto que no —se vio obligado a decir el alcalde.

—Tiene la palabra el pequeñín —dijo el secretario.

—Pues ahora no sé qué decir —replicó el alcalde.

—Cédame la palabra, señor pequeñín —solicitó amablemente el concejal de mareas altas.

—Le cedo la palabra a ese señor que acaba de hablar —consintió el alcalde.

—Pues ahora soy yo quien no sabe qué decir —dijo el concejal que tenía la palabra.

—Señores, no pierdan la calma. La violencia...

Días más tarde, en el funeral del secretario del ayuntamiento de Sopaboba, el alcalde Sonso Cantibailly se dirigió a su madre, doña Stova Caburry, en estos términos:

—Oh, madre, me estás pisando.

—¿A qué te referes, amado hijo? —preguntó la mujer.

—No importa. ¿Qué es lo que querías pedirme en el ayuntamiento el otro día?

—Quiero que extermines a una peligrosísima ranita verde saltarina que perpetra sus atentados en la orilla del lago.

—Pero madre —replicó el alcalde—, esa ranita es la mejor manera de llegar al Desierto del Sur. El autobús es muy lento y el billete cuesta veinte tipitipis.

—Entonces toma.

Y le soltó mayúsculo sopapo que resonó en toda la ciudad.

—¿Qué ha sido eso, mami? —preguntó una pequeña niña inocente que jugaba en un parque de Sopaboba.

—La madre del alcalde —respondió su madre—, que le habrá soltado mayúsculo sopapo al pequeñín.

—Cielos. Me parece inconcebible que tamaña agresión haya causado semejante onda expansiva —apuntó la pequeña niña inocente.

El alcalde fue reanimado.

—¿Cómo va lo del orinal? —preguntó Stova a su hijito, cuando se hallaron a solas.

—Ya hemos contratado a un explorador para que inicie la búsqueda, mamita.

—No quiero errores, hijo. Debo tener ese orinal a toda costa.

—Sí, mamita. Lo tendrás. Pero, ¿por qué tanto empeño en conseguir una cosa que al fin y al cabo no se sabe ni si existe ni para qué sirve?

—Porque me han dicho que es muy bonito —contestó la mujer, visiblemente nerviosa.

—¿Por qué estás visiblemente nerviosa, mami?

—No, hijo mío, te confundes. Lo que estoy es nerviosamente visible.

—Pues no parece.

—Eso es porque también estoy invisiblemente tranquila.

—Ah, claro, será eso —dijo el alcalde.

—¿Saben tus amigos de la universidad que el orinal es para mí?

—No, mami, les he dicho que es para el museo.

Tragedia descomunal

Habían pasado ya más de cinco años desde que Morloko usurpó el poder del Gran Imperio por la fuerza de su magia, aunque algunos decían que había sido por la magia de su fuerza. Sea como fuere, desde entonces solo se había preocupado de satisfacer sus deseos y pasiones, olvidando todo lo demás.

En realidad, su único deseo, su única pasión era buscar el bienestar y la felicidad colectiva de los habitantes del imperio. Fue debido a ello que lo apodaron «el Rarito». Tanto era así que cuando los habitantes del imperio veían a Morloko de espaldas, susurraban: «Mira, ahí va el Rarito». Sin embargo, cuando le veían de frente susurraban: «Mira, ahí viene el Rarito». En alguna ocasión le habían visto de lado, momento que aprovechaban para susurrar: «Mira al Rarito, que no se sabe si va o viene, pues al estar de lado confunde hartamente».

Durante el tiempo en que Morloko el Rarito estuvo gobernando, la prosperidad imperó en todos los rincones del continente, y la paz y la felicidad camparon a sus anchas. Gobernó con inteligencia y perfecto equilibrio entre la misericordia y la mala leche.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el pueblo, demasiado feliz, empezó a inquietarse y a querer más. En contra de lo que cupiera esperar, la situación empezó a tornarse peligrosa. Los actos delictivos empezaron a sucederse por todos lados. El robo y el pillaje estaban a la orden del día. Disturbios de toda clase, intrigas, peleas, borracheras y, en cierta ocasión, incluso alguien osó cagar detrás de un matorral.

Viendo, pues, el emperador que la cosa se estaba desmadrando, decidió que el bienestar absoluto no le convenía a su pueblo, con lo que empezó a urdir un plan:

Utilizando sus poderes mágicos, creó a una serie de seres extraños a los que llamó «los topamís». Eran unos hombrecillos de aspecto amable unos y no tan amable otros. No eran expertos en nada, pero hablaban de forma maravillosa. Se gritaban los unos a los otros, se peleaban entre sí sin descanso, pero en el fondo se querían. Morloko tuvo que ponerlos en jaulas separadas para que no se arrancaran los pelos, pero esto les acababa entristeciendo y los debía volver a reunir.

Un mediodía en el que el Michubichi alumbraba la tierra, como cada día, Morloko hizo un anuncio desde el balcón:

—¡Estimado pueblo! —gritó.

—¿Es a mí? —pregunto el único habitante del imperio que pasaba por debajo del balcón del palacio imperial.

—Sí, sí, usted... —respondió el emperador.

—¿Es que quiere venderme algo?

—No, hombre, voy a hacer un anuncio.

—¡No soporto los anuncios! —exclamó el hombre con emoción contenida.

—Pues hágame un favor, hombre de bien —pidió el emperador—. Vaya pasando por todos los pueblos del imperio diciendo que el emperador va a hacer un anuncio.

—¿Y cómo sabe usted eso? —pregunto el hombre curioso.

—Nos ha salido preguntón el señor, ¿verdad?

—Ahora ha preguntado usted.

—No era una pregunta —se justificó el emperador.

—No se justifique, alteza.

—¿Por qué lo dice?

—Porqué está usted allí arriba en las alturas.

—Bien cierto —dijo el emperador con signos visibles de somnolencia.

—¿Se aburre usted, señor Rarito?

—No puede negarse que no deje de sentir ningún tipo de desinterés por esta amena conversación que, a la par de entretenida, es mortalmente soporífera, pero solo en grado leve.

—Perdone que le interrumpa —se disculpó el hombre.

—No me ha interrumpido usted —le desdisculpó el emperador.

—¿Disculpe?

—No me atosigue, y menos esta noche.

—Pues ahora que lo dice, debo irme.

—Pues ahora que se va, debo decirle algo —indicó el emperador.

Pero ya era demasiado tarde. El hombre había partido hacia todos los pueblos del imperio para anunciar el anuncio de que Morloko iba a anunciar un anuncio.

Algunos minutos después, concretamente 2.437.914 minutos después, la plaza del palacio estaba abarrotada de gente esperando el anuncio del emperador, que justo en ese momento volvía de sus vacaciones anuales.

—¡Estimado pueblo! —gritó Morloko a la muchedumbre.

—¿Qué? —contestó el pueblo en preguntando.

—Nada, que voy a hacer un anuncio —contestó el emperador a la contestación preguntada por el pueblo.

—Pues vale —declaró el pueblo solemnemente y con fervor.

Después de aclarar su garganta y oscurecer su pubis, el emperador se dirigió a su pueblo en estos términos:

—Son estos tiempos difíciles... La cosecha ha sido abundante este año. Aunque los tomates churry han salido un poco menos redondos de lo habitual y las calabazas trigueras han dado un aceite más recíproco de lo que cabía esperar, podemos estar orgullosos de nuestro trabajo. La mayoría os habéis enriquecido a base de esfuerzo y, sobre todo, a base de esfuerzo, lo cual os honra por un lado, y por el otro os honra también. Y no por ello debéis sentir os culpables. En absoluto. En todo caso os podríais sentir algo centrifugados o, en su defecto, ambidiestramente fosilizados. Y dicho esto, concluyo, pero no termino, puesto que todavía no he empezado.

»Todos sabéis que el viento del norte va hacia el sur, el viento del sur va hacia el norte, el del noroeste va hacia el sureste, y así un largo etcétera. ¿Nos vamos a quedar de brazos cruzados? ¡Por supuesto que no! El que quiera poner los brazos a lo largo del cuerpo, que se sienta libre de hacerlo. También vale poner una mano en la cintura, y el codo opuesto en la rodilla, a la par que dar vueltas a pie cojito. Todas estas opciones son válidas, y espero que lo tengáis muy presente, puesto que es algo a lo que los necios no dan importancia. Yo mismo, por ejemplo, no le doy la más mínima importancia, ya que lo encuentro un tema absurdo, aunque artísticamente inefable.

»También quisiera deciros que pronto voy a dejar el gobierno de nuestro imperio.

Un gran murmullo retumbó por los cuatro rincones de la plaza pentagonal. Todos se preguntaban: «¿A pie cojito ha dicho?».

—Pero no os preocupéis —prosiguió Morloko—, he pensado en el tema de mi sucesión... ¡Os presento a los topamís!

Cinco criaturas aparecieron en el balcón en ese momento sonriendo y saludando a la muchedumbre, que no pudo evitar reírse a carcajada limpia.

—¿Quiénes son esos tipos tan raros? —se preguntaban unos a otros.

—Pues así de primeras, no me suenan —se contestaban otros a unos.

—Calma, calma... —pidió el emperador—. Os debo una explicación. Y esa explicación que os debo os la voy a pagar.

Otra estruendosa carcajada resonó en la plaza, esta vez debida a la ingeniosa frase de su emperador. Este prosiguió:

—Estos muchachos son los topamís. Uno de ellos será vuestro nuevo líder. Pero dejad que ellos mismos se presenten.

Se hizo el silencio más absoluto y, sin embargo, no se oía el más leve ruido. Las caras de los allí reunidos reflejaban gran estupor. El primer topamí se dirigió a los congregados:

—Son estos tiempos difíciles... Yo los voy a hacer más fáciles. Crearemos un gabinete de cabezas pensantes que pensarán mucho en las soluciones a los problemas, y serán unas soluciones muy buenas... Y pensaremos mucho, mucho. Cobraremos muchos tipitipis por pensar, claro está, pero es que pensaremos mucho y muy bien. Y ya está.

El estupor fue en aumento. El segundo topamí habló:

—Son tiempos difíciles estos... Y esto va a cambiar con nosotros. Vamos a crear un comité especial administrativo de cooperación intangible que redactará muchos informes para plasmar las soluciones a los problemas concretos que he mencionado. Y crearemos muchos, muchísimos informes, y además serán muy largos, con cientos de páginas, y hablarán mucho de lo que hay que hacer. Y cobraremos mil tipitipis por página, pero es que serán páginas muy buenas. Y eso.

Lo que había ya no era estupor. Era rigor mortis. El tercer topamí tomó la palabra:

—Estos tiempos difíciles son... Pero nosotros vamos a eliminar todas las dificultades. Lo que se necesita es un plan para planear cómo desarrollar una planificación de las acciones que se encaminarán a culminar un plan que será muy, pero que muy bueno. Y estará todo muy planificado. Por cada punto y subpunto de cada plan y cada subplan cobraremos solo ochocientos tipitipis. Y ya.

El sentimiento popular iba evolucionando hacia el enfadismo y la enojación. El cuarto topamí habló seguidamente:

—Tiempos estos difíciles son... Y para solucionarlo no basta con pensar, o redactar informes, o trazar planes. Lo que debe hacerse es construir un Monchu mejor con mucho amor. Daremos mucho amor, paz, alegría y prosperidad. Por cada amor que demos cobraremos dos mil tipitipis. La paz y la alegría costarán solo mil tipitipis, con la posibilidad de conseguir descuento si se adquieren las dos juntas. La prosperidad irá en paquetes de veinte, y costará cien tipitipis el paquete. He dicho.

De los nervios estaba ya el pueblo llano. El quinto topamí se dispuso a hablar:

—Son difíciles estos tiempos... Pero nosotros vamos a aportar la solución definitiva. Y voy a ser muy claro y muy concreto, y voy a explicar con todo detalle nuestro plan: vamos a hacer una cosa, que será de un tipo determinado, que mediante unas y otras cosillas adicionales hará que se tomen unas acciones, a consecuencia de las cuales se verán unos efectos que serán muy buenos para varias cosas, entre ellas, cosas de un tipo y cosas de otro tipo distinto. Y por cada cosa que se haga vamos a cobrar mil quinientos tipitipis, pero es que serán cosas muy bonitas y que solucionarán determinados temas muy, muy importantes. Y eso es todo.

La plebe ya no pudo evitarlo, y comenzó a gritar, encolerizada, como una bestia rugiente que, encolerizada, comienza a gritar.

—Calma, calma... —pidió el emperador—. Os debo una explicación. Y esa explicación que os debo os la voy a pagar.

Estas palabras parecieron calmar la ira de la muchedumbre cabreada. El emperador prosiguió:

—Se trata simplemente de que cada cuatro años elijáis a vuestro emperador de entre estos cinco simpáticos muchachos que tan bien hablan.

La plebe entró en cólera nuevamente, y gritaron todos al unísono:

—¿Pero tú estás tonto? ¡Menuda estupidez obligarnos a elegir entre la caca y la mierda!

Al oír esa ingeniosa réplica, el emperador exclamó, también al unísono (aunque al ser solo uno, no sonó tan espectacular):

—¿Entonces qué sistema de gobierno queréis?

Nuevamente gritó la muchedumbre al unísono:

—¡Queremos un sistema en el que los candidatos a gobernadores y sus ministros pasen por una serie de rigurosas pruebas y exámenes, de tal modo que solo los más capacitados pasen a tomar posesión de los puestos de poder!

Morloko reflexionó durante unos segundos y pensó: «Esto tiene mucho más sentido que la estupidez que proponía yo». Y justo en ese momento, en el instante preciso en el que se disponía a proclamar que los puestos de poder serían ocupados mediante un sistema de concurso-oposición, una flecha envenenada, por accidente, le atravesó el cuello.

Morloko el Rarito murió instantáneamente, sin tener tan siquiera tiempo de mentar a la madre que parió al diestro arquero, que por azares de la vida resultó ser zurdo.

El emperador fue la siguiente víctima de la maldición del Orinal de las Tinieblas, el cual daba poder a su poseedor, pero también predisponía a los catarros, las fiebres simpáticas, los estreñimientos enterofraccionarios y todo tipo de accidentes.

El oeste occidental

Las hélices del pequeño avión no dejaban de dar vueltas, lo cual a Jarrison Gaitasoplas le pareció un hecho extraordinario.

La aeronave sobrevolaba las impresionantes Montañas del Oeste. El paisaje era poco menos que espectacular, aunque el frío dentro del avión era insoportable. Jarrison miró por la ventanilla y observó durante un buen rato. Finalmente preguntó al piloto:

—¿Falta mucho para las montañas?

—Las tiene debajo, imbécil —contestó amablemente el piloto.

—Pues no las veo.

El piloto reflexionó unos instantes, hasta que se le ocurrió una réplica ingeniosa:

—Las tiene debajo, imbécil.

—¿Y todo esto blanco qué es? —preguntó Jarrison.

—Es nieve, imbécil —respondió el piloto, sonriendo.

—¿Entonces las montañas están debajo de toda esa nieve?

—¿Es usted imbécil...? ¡Pues claro que están debajo!

Jarrison se sintió reconfortado por la amabilidad que el piloto había demostrado.

Tres horas más tarde sobrevolaban el Valle de las Grimas.

—Aterrizaremos en treinta minutos —informó el capitán, hablando muy lentamente—.

Abróchense los cinturones, coloquen los respaldos del asiento en posición vertical, desabróchense los cinturones, den tres saltitos a pie cojito, intenten abrocharse los cinturones nuevamente sin sentarse y, si no lo consiguen, siéntense y abróchense los cinturones, pero sin ahínco. Cuando hayan terminado todo eso, arrién las velas y amarren los cabos sueltos al palo de mesana, al trinquete o al mástil de su elección. El imbécil también. Ya solo quedan seis minutos para el aterrizaje.

Instantes después la aeronave aterrizaba en la pista del pequeño aeropuerto de Ronchascalvas. El pintoresco pueblo se hallaba en una ladera de las montañas de la Angustia Graciosa. El pueblecito dominaba prácticamente todo el Valle de las Grimas.

Estaba ya oscureciendo cuando Jarrison descendió del avión, saludando al piloto:

—Tenga usted muy buenas tardes.

—Váyase usted a tomar viento fresco, imbécil —respondió este.

Jarrison no pudo evitar dar un abrazo al piloto:

—Es usted muy amable... Creo que le he cogido cariño.

Minutos más tarde, el explorador llegaba a la entrada del hotel. Se sacudió la nieve de las botas y se dirigió al mostrador. El viejo edificio de madera había soportado las inclemencias del tiempo, que en Ronchascalvas era inclemente. El hotel estaba muy bien cuidado, y adornado con muy buen gusto.

—Buenas tardes noches —saludó Jarrison al viejo recepcionista, que con una sonrisa en los labios le respondió:

—¡Imbécil!

—Es usted muy amable. Tengo una reserva.

—Es usted muy reservado entonces —contestó el recepcionista.

—¿Me podría dar usted la llave?

—¿La llave de qué?

—De mi habitación —dijo Jarrison, ligeramente divertido.

—¿Tiene usted una reserva? —preguntó el recepcionista.

—Sí.

—Pues haberlo dicho antes, hombre. ¿Nombre?

—Sí, también —contestó Jarrison.

—No me ponga usted nervioso.

—Nada más lejos de mi intención.

—Entonces buenas tardes noches —replicó el recepcionista secamente.

—Buenas tardes noches. Tengo una reserva.

—¿Y a mí qué me importa?

—Me llamo Jarrison —informó Jarrison.

—Habitación 314.

—No, no, Jarrison.

—Ah, perdone —se disculpó el recepcionista—, creí haber entendido que se llamaba usted Habitación 314.

—No, no me llamo así. Aunque ese es el nombre que querían ponerme mis padres inicialmente.

—¿Y qué paso? —preguntó el recepcionista con avidez, mientras bostezaba.

—Pues que a mi abuela le pareció que era de mal gusto que me llamara igual que mi padre, así que me llamaron Jarrison.

—Pues mejor —dijo el recepcionista—, puesto que de haber sido de otra forma le hubiera preguntado qué mierda de nombre era ese. Me comprende usted, ¿verdad?

—En absoluto —respondió Jarrison.

—Bien, entonces repítame su nombre, señor Jarrison.

—Me llamo señor Jarrison, señor recepcionista —informó Jarrison.

—Tiene usted buena memoria, señor Jarrison —reconoció el recepcionista.

—Me alegro de saberlo.

El hombre estuvo largo rato repasando el viejo libro de reservas, hasta que por fin halló lo que buscaba.

—Aquí está —dijo, satisfecho—. Tiene usted la habitación 314. Tome su llave. Suba esas escaleras hasta la tercera planta.

—¿Para qué? —preguntó Jarrison.

—Pues para ir a su habitación.

—Es una excelente idea, señor —dijo Jarrison, eufórico—. ¿La habitación está en la tercera planta entonces?

—No, está en la segunda, pero siempre es mejor subir a la tercera y luego bajar una planta, que subir solo hasta la primera para darse cuenta luego de que todavía queda una planta por subir. No sé si me entiende usted.

—Pues lo he entendido, pero no sé si me voy a acordar.

—Que pase buena noche.

—Espero que no.

—Hace usted bien —replicó el recepcionista—. Por cierto, ¿qué hacemos con su equipaje? ¿Lo destruimos? ¿O prefiere que se lo suban a la habitación?

—No mentiría si negara que no deseo que no dejen de subirlo a mi habitación —no dejó de decir Jarrison.

—Perfecto. Entonces se lo subiremos un día de estos.

—No hay prisa —advirtió Jarrison—, siempre que esté arriba antes de 30 segundos. Y tengan mucho cuidado: contiene material especializado.

—¿Especializado en qué?

—Especializado en general —especificó Jarrison. Y en habiendo dicho ello, se despidió cortésmente del recepcionista sin insultarle, ya que se había creado entre ellos un inexistente lazo de amistad.

Una vez en la habitación, se dirigió a la ventana y observó el anochecer del hermoso valle. Se preguntaba por qué un valle tan hermoso estaba tan anochecido. Como no se respondía, procedió a recordar su reciente conversación con el doctor Florocormo Spinacca en el aeropuerto de Sopaboba:

—Se alojará usted en el hotel «El Pogcholow» de Ronchascalvas —le había indicado el doctor.

—¿Por qué en Ronchascalvas? —había preguntado Jarrison.

—Encontrará todas las respuestas en este libro —había respondido el doctor Spinacca, entregándole un ejemplar de su *Tratado de Historia Universal*—. No vuelva sin el Orinal de las Tinieblas.

Se suponía que el libro le debía dar indicaciones precisas acerca de dónde encontrar el orinal. Sin embargo, el mágico objeto era algo cuyos detalles la Historia desconocía. Todo lo que se sabía sobre la Historia de Monchu estaba recogido en el tratado del doctor Spinacca. Y allí solamente había una leve pincelada sobre el orinal. Leemos en dicho tratado:

«El Códice Pustularis menciona que Morloko el Rarito consiguió usurpar el poder del imperio gracias a los poderes que le confería el llamado Orinal de las Tinieblas que, según la leyenda, era un objeto mágico hecho de una extraña aleación de metales, y forjado por unos seres llamados los patafluflos de las montañas, en una lúgubre cueva en las Montañas de la Angustia Graciosa. Aunque da muchos más detalles acerca de la leyenda del amuleto, el infortunio quiso que la mayor parte del código resultase destruido cuando un desaprensivo personaje lo confundió con una fresita del bosque.

No se sabe qué forma tenía o qué representaba el Orinal de las Tinieblas, aunque lo más probable es que fuese únicamente una leyenda de esas que no son verídicas.»

No existía ninguna otra referencia al orinal en todo el libro.

Así que Jarrison pensó: «Me voy a la cueva, les pregunto a los patafluflos dónde han dejado el orinal y me lo llevo de vuelta a Sopaboba... Cobro el medio millón de tipitipis que me dan por encontrarlo, y me retiro del ruidanal mundo». Así de felices se las prometía el pobre desgraciado.

Esa noche no consiguió conciliar el sueño, por lo que decidió bajar al salón. A esas horas de la noche, el acogedor salón estaba prácticamente vacío. Solo encontró a un extraño personaje, leyendo un voluminoso volumen.

—Tiene usted el libro al revés —indicó Jarrison al misterioso lector.

—El libro está bien —respondió el hombre—. Soy yo el que está cabeza abajo.

Jarrison no comprendió la ingeniosa afirmación. Decidió simular que sí lo había entendido, diciendo:

—No entiendo.

Así de malo era fingiendo. El hombre sonrió ligeramente con la parte izquierda de los labios mientras bostezaba con la parte derecha, y dijo:

—Hacía años que nadie me hacía reír tanto. Por favor, tome asiento.

—Prefiero un café con lichis —indicó Jarrison.

El hombre no comprendió la ingeniosa afirmación. Decidió simular que sí lo había entendido, diciendo:

—Entiendo.

Era un auténtico genio del fingimiento falso.

Jarrison se sentó con el hombre, que resultó ser el profesor Singer Wenza, un eminente flutsólogo, autor de numerosos libros de una página que posteriormente fueron recopilados en un libro de numerosas páginas.

—Es un verdadero honor para mí conocerle —dijo Jarrison visiblemente emocionado—. He leído dos de sus libros.

—Me sorprende —observó el profesor.

—A mí también —replicó Jarrison.

Estuvieron charlando durante horas acerca del mejor modo de preparar la tarta tatín de plátano, hecho altamente curioso, pues ambos odiaban el plátano, las tartas y los tatines.

Amanecía ya cuando el profesor decidió que era hora de acostarse, y que a pesar de ello permanecería todavía charlando sobre la tarta tatín.

Dos horas más tarde, el profesor decidió que ya no eran horas de acostarse, y que a pesar de ello iría a acostarse, pues la conversación sobre la tarta tatín de plátano estaba empezando a aburrirle un poco.

—Podemos hablar sobre la tarta tatín de albaricoques —suplicó Jarrison—, y así puede quedarse un poco más.

—Si no le importa —respondió el profesor—, quédese usted solo hablando sobre la tarta tatín de albaricoques, que me ha tenido usted hablando sobre la tarta tatín de plátano de las narices toda la santa noche, imbécil. Cuando vuelva me hace un resumen de lo que haya dicho. Buenas noches por la mañana.

—Gracias por su amabilidad. Buenas noches, profesor.

Jarrison permaneció durante una hora y media hablando solo sobre la tarta tatín de albaricoques, tema que le apasionaba. Seguidamente se alimentó frugalmente a base de un copioso desayuno, preparó su equipo, ordenó sus mapas y se dirigió a la tienda de alquiler de trineos.

—Buenos días —le saludó agresivamente el dependiente.

—Estoy de acuerdo —respondió Jarrison—, aunque yo quisiera alquilar un trineo.

El dependiente le llevó hasta ellos. Dos estupendos vehículos exactamente iguales.

—Estos son los dos que tengo disponibles: con suspensión gutural de doble pastilla ridiculizada en acero enclenque, patines de aleación geodistante en los extremos, agarre de succión despegada por émbolo de pistón alcahueto, frenos estáticos de aceleración amable, dirección instruida por memoria lateral de frente, escurridor de lechuga por centrifugación voraz, elevallunas de vapor, sillín masajeador, alerones agresivos de doble nariz, patín de recambio enrollable, portaequipajes expandible de cuero de hormiga culona, diseño aerodinámico por azar concreto, refuerzo lateral por barras de pan seco y otra cosa que no le digo.

—¿Por qué? —preguntó Jarrison.

—Porque si se la digo no me los alquila.

—Entonces no me la diga, por favor.

—Naturalmente.

—¿En cuanto al tiro...? —preguntó Jarrison.

El dependiente le llevó hasta los perros. Jarrison era experto en perros de tiro para tiro de perros, y seleccionó a los mejores ejemplares.

Momentos más tarde, partía en busca de la lúgubre cueva de los patafluflos. Viéndolo

alejarse, el dependiente pensó para sí: «¿Y el muy imbécil, que se me lleva los perros viejos y enfermos y me deja aquí a los jóvenes y sanos...? Algún día me las pagará».

Asamblea desleal

Tras la muerte de Morloko, el caos invadió todo el imperio. Los ciudadanos se preguntaban qué sería de ellos, sin alguien que les gobernara. El miedo se instauró en los corazones. La ansiedad se instauró en los cerebros. La codicia se instauró en los riñones. La envidia se instauró en las rótulas. La gula se intentó instaurar en los riñones, pero como ya se había instaurado la codicia allí, tuvo que instaurarse en las trompas de Eustaquio.

Cierto ciudadano, tambaleándose, manifestó:

—Como se me instaure algo más me caigo.

Los topamís se reunieron con carácter de urgencia en el salón del trono. Para desgracia de ellos, solo había un asiento en la sala, con lo que el primer punto de la reunión trató acerca de cómo se ocuparía ese asiento durante la parte de la reunión comprendida entre el punto dos y el turno de ruegos y preguntas, ambos incluidos. Acordaron establecer un sistema de sentaje de turnos rotatorios de tres segundos.

El punto dos se dedicó a guardar un segundo de silencio en honor al fallecido emperador, tras el cual los cinco se comprometían a exclamar: «Ay, qué penita».

El tercer punto consistió en la susomencionada exclamación.

El cuarto punto era un descanso de dos horas para que los contertulios recobraran fuerzas.

El quinto y último punto consistió en la exposición por parte de cada topamí de una propuesta para el nuevo rumbo que debería tomar el gobierno del continente.

El primer topamí propuso un sistema en el que la gobernanza del continente recayera sobre un gobernador, y la templanza, la esperanza y la bonanza recayeran respectivamente sobre un templador, un esperador y un bonador.

El segundo se decantó por un sistema en que un presidente principal delegara sus funciones en un presidente secundario que, a su vez, delegara dichas funciones en un presidente de tercera, el cual a su vez procediera a delegar las funciones recibidas en un presidente de cuarta (pieza vital del sistema), que delegaría sus funciones en un presidente de quinta. Y así sucesivamente hasta un presidente de quincuagésimo novena o quincuagésimo nona.

Ante los aplausos de sus compañeros, el tercer topamí no quiso proponer ningún sistema por miedo al fracaso. Sin embargo, ante la insistencia del resto de topamís, se mantuvo en sus trece y no habló.

El cuarto expuso un sistema en el que la jerarquía de poder estuviera invertida. En pocas palabras, serían los habitantes del continente quienes, en masa, gobernarían sobre un presidente, que debería obedecerles en todo.

Finalmente, el quinto topamí tomó la palabra:

—Estimados compañeros, vuestros sistemas de gobierno son sencillamente geniales.

Grandes gritos de alborozo resonaron por el salón. El quinto topamí prosiguió con su exposición:

—Hoy ha sido un día trágico, y casi triste. Hemos perdido a nuestro estimado emperador y, por si fuera poco, se han alternado nubes y claros, así como chubascos dispersos —hizo una pausa mientras se miraba los juanetes—. He tenido el honor de velar esta noche el cuerpo sin vida de nuestro querido creador. Y mientras velaba se me ha ocurrido registrar los aposentos imperiales distraídamente y sin ahínco ni fervor. Y he encontrado cuatro objetos que ya no necesitará Morloko, y que, sin embargo, pueden sernos muy útiles a nosotros.

La expectación iba en aumento, así como la expectoración. Cuando hubieron terminado las toses, el quinto topamí mostró un par de pantuflas malolientes.

—He aquí —dijo, con salero— el par de pantuflas imperiales de nuestro emperador. Él ya no las necesitará. ¿Alguno de vosotros las quiere?

—Yo, por Dios, ¡yo! —gritó el primer topamí.

Se le hizo entrega de las pantuflas, para su inmenso regocijo y algarabía.

—También encontré esto —dijo, mientras mostraba la jarra de dos pintas imperial—. La jarra cervecera de nuestro emperador. Él ya no la necesitará. ¿Alguno de vosotros la quiere?

—Yo, por Dios, ¡yo! —gritó el segundo topamí.

Se le hizo entrega de la jarra cervecera, para su inmenso algaracijo y regobía.

—También encontré esto —dijo, mientras mostraba el cetro imperial—. El cetro de cedro de nuestro emperador. Él ya no lo necesitará. ¿Alguno de vosotros lo quiere?

—Yo, por Dios, ¡yo! —gritó el tercer topamí.

Se le hizo entrega del cetro de cedro, para su inmenso algararego y cijobía.

—También encontré esto —dijo, mientras mostraba la corona imperial—. La corona de la coronilla de nuestro emperador. Él ya no la necesitará. ¿Alguno de vosotros lo quiere?

—Yo, por Dios, ¡yo! —gritó el cuarto topamí.

Se le hizo entrega de la corona de la coronilla del emperador, para su inmenso cijorego y bialgara.

—¿Y para ti no hay nada? —preguntó el tercer topamí al quinto topamí.

—Mientras registraba los aposentos de forma distraída —respondió este—, observé una pequeña hendidura en el muro. Introduje la mano en ella y noté una pequeña palanca que accioné sin ningún tipo de intención. La palanca hizo que parte del muro se abriera, descubriendo unas estrechas y largas escaleras descendentes. Bajé los trescientos catorce peldaños sin contarlos, de forma distraída, sin ninguna intención, y llegué al laboratorio secreto de las alquimias de Morloko.

El tercer topamí estaba pensativo. Hubo un detalle de la narración que, a pesar de haber pasado desapercibido a los demás, le tenía intrigado. Así que planteó la siguiente pregunta:

—Si es cierto que no contaste los peldaños, ¿cómo sabes que eran trescientos catorce?

—Porque los conté al subir —respondió el quinto topamí.

—Entonces los contaste hacia arriba.

—Cierto.

—Entonces, ¿cómo sabes el número de peldaños que había hacia abajo? —insistió el tercer topamí.

—Aplicando el factor de conversión —replicó el quinto topamí.

Una vez las dudas estuvieron disipadas, el quinto topamí prosiguió con su relato:

—Una vez hube llegado al laboratorio secreto de las alquimias, me puse a husmear de forma distraída por todos los rincones de la estancia, sin ningún tipo de intención, hasta que encontré algo que me hizo exclamar: «¡Por fin he encontrado lo que llevo tanto tiempo buscando con ahínco y fervor!». Debo añadir que lo exclamé de forma distraída.

—¿Y qué fue lo que encontraste? —preguntó distraídamente el primer topamí.

—¡Esto! —exclamó con ahínco y perseverancia el quinto topamí, mientras mostraba a sus compañeros el Orinal de las Tinieblas.

—Yo, por Dios, ¡yo! —gritaron los cuatro compañeros al unísono.

—No —les dijo el quinto topamí con rotundidad distraída—. Esto es para mí.

Los otros cuatro se abalanzaron sobre él, pero con un leve gesto de su mano, el quinto

topamí les lanzó por los aires hasta que dieron con sus huesos contra los cuatro muros del salón.

—Me duelen todos los huesos —se quejó el primer topamí.

—Eso es la humedad —explicó el segundo—. Aunque a mí también me duelen, y hoy hace un día más bien seco.

—Entonces será cosa de la brutal colisión que hemos sufrido contra los muros —especuló el tercero.

—Cierto. Tiene sentido —coincidió el cuarto topamí.

Mientras permanecían en el suelo retorciéndose de dolor, el quinto topamí, con una sonrisa en los labios, se dirigió a ellos en estos términos:

—No se os ocurra oponeros a mi poder. El sistema de gobierno que propongo es el de ser el amo absoluto de Monchu tal como lo conocemos. Voy a retirarme temporalmente a las islas Rundasgurdas, donde levantaré un ejército. Cuando esté listo volveré al continente y me apoderaré de todas las tierras. Os doy un año para que os organicéis e intentéis fortaleceros para parar mi embestida. Y, por cierto, a partir de ahora ya no soy el «quinto topamí». Tengo un nombre. Y mi nombre es «Asdrulapio».

—Pero eso rima con «morapio» —observó el primer topamí.

—Entonces —respondió Asdrulapio—, mi nombre es «Artisflaño».

—Pero eso rima con «tacaño» —observó el segundo topamí.

—Entonces —respondió Artisflaño—, mi nombre es «Andarpachús».

—Pero eso rima con «chupachús» —observó el tercer topamí.

—Entonces —respondió Andarpachús—, mi nombre es «Rudembrullo».

—Pero eso rima con «zurullo» —observó el cuarto topamí.

—Y con «capullo» —añadió el tercero.

—Me gusta —respondió Rudembrullo, vanidoso—. Y otra cosa os digo: a partir de ahora nos llamaremos de usted.

—Entonces, señor Rudembrullo —dijo el primer topamí—, si no lo he entendido mal, se va usted a hacer una gira por todo el continente vendiendo chaquetillas de piel de cabrimula, ¿cierto?

—Efectivamente —respondió Rudembrullo—, lo ha entendido usted mal. Dentro de un año voy a regresar a por todos ustedes, y aplastaré cada pueblo, cada fortaleza y cada obstáculo que hayan construido, en mi terrible marcha hacia el poder. Sucumbirán todos a mi maléfico ejército y a mi terrible orinal.

Los topamís temblaban de miedo. Rudembrullo les tranquilizó:

—Pero no teman, señores, no lo haré desaprensivamente ni con alevosía, sino distraídamente.

Ello pareció tranquilizarles, puesto que dejaron de temblar de miedo, y siguieron temblando, pero de calor.

—Y ahora, si me disculpan... —dijo Rudembrullo, que en ese mismo instante hizo un ligero gesto con la fosa nasal izquierda y se esfumó, dejando a los topamís estupefactos y algo perplejos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el primer topamí.

—Podríamos quedarnos en el palacio —sugirió el segundo— para levantar un ejército que nos proteja de la embestida de Rudembrullo el próximo año.

—Bien dicho —dijo el cuarto topamí.

—Tengo otra idea —indicó el tercer topamí—. Podríamos tomar una parte del continente cada uno, y a vivir la vida plenamente y con ilusión durante once meses. Después de eso ya buscaremos solución a lo de Rudembrullo.

La idea entusiasmó a todos, que iniciaron las discusiones acerca de cómo desmembrarían el

continente en cuatro partes.

Monumento mineral

Jarrison deambuló durante varios días por las montañas. Acostumbrado como estaba a las hazañas peligrosas, el intrépido explorador exclamó, en un arrebato de euforia:

—¡Vaya mierda de tiempo!

Y es que las tormentas de nieve, los vientos del norte y las temibles brisas del sur confluían para desalentar al más alentado montañero. Tanto era así, que este llegó incluso a exclamar:

—¡Me estoy desalentando!

Recobrando el aliento, Jarrison detuvo el trineo y acampó junto a una gran roca. Los perros estaban exhaustos. Alguno de ellos estaba incluso ligeramente fatigado. Uno de ellos, Plinch, dijo:

—¡Guau!

Y no lo dijo por decir, sino que realmente lo sentía así. Siempre había sido un perro más bien reservado, pero esta vez se encontró superado por la situación y explotó.

—¿Cómo dice, señor perro? —preguntó Jarrison a Plinch.

Pero este consideró que ya había hablado demasiado ese día y decidió callarse seis años.

—¿Por qué se calla usted seis años? —preguntó Jarrison. Pero ya era demasiado tarde.

Efectivamente anocheecía ya, y la tienda no estaba todavía montada, con lo que el explorador decidió canturrear una canción hermosa y saludable durante 23 minutos de reloj y 8 minutos de bicicleta. Pasado todo ese tiempo, Jarrison procedió a examinar la gran roca, y se dio cuenta de que había una abertura en esta, cubierta por un matorral de zarzachurringa. Utilizando sus tijeras de podar matorrales, consiguió dejar la abertura al descubierto. A primera vista parecía la entrada de una madriguera de oso casposo, pero un examen más concienzudo reveló que se trataba, efectivamente, de una madriguera de oso casposo. Jarrison decidió adentrarse y explorar la cueva por dentro. Podía ser un lugar ideal para refugiarse de las inclemencias del tiempo que, huelga decir, eran muy temporales. Después de tres horas y media de minuciosa investigación, Jarrison respiró aliviado:

—Parece que no hay nadie —se dijo—. Tampoco hay animales de ninguna clase, así que voy a traer a los perros y pasaremos aquí la noche.

—Perdone usted —dijo un gran oso casposo que estaba en el centro de la caverna—. Me parece que usted me subestima e incluso ningunea, en el sentido amplio de la palabra, según se mire.

—¿A qué se refiere usted, señor oso casposo? —preguntó Jarrison.

—No es ese el problema, estimado intruso. ¿Ve usted por dónde voy?

Ignorando por completo al úrsico animal, Jarrison salió a buscar a los perros.

—Será imbécil —se dijo el oso casposo con alegría.

—Será cretino —se dijo el explorador con ahínco.

Viendo que Jarrison entraba en la guarida con los perros y todo el equipo, el pobre animal sufrió un ataque de pánico.

—¡Váyanse ustedes de aquí o entro en cólera! —amenazó ferozmente—. Y les advierto que cuando me encolerizo me quedo dormido.

—Lo dice usted para asustarnos —replicó Jarrison—. Pero no lo conseguirá. Hace falta mucho más que todo eso para infundir miedo en el corazón del gran Gaitasoplas.

Al oír esas palabras, el oso casposo entró en cólera, y tal como había advertido, se quedó profundamente dormido. Jarrison, que no había creído las palabras del oso casposo, quedó

aterrorizado e intentó escapar, pero en el exterior hacía mucho frío y no deseaba salir. Así que, presa del pánico, examinó la gruta palmo a palmo, hasta que, después de tres interminables segundos, encontró una especie de túnel natural. Se trataba de una estrecha abertura en una de las paredes de la cueva que se adentraba en las entrañas de las montañas; estaba lleno de arañas, y de alimañas muy extrañas.

Pesa del pránico, agarró a toda pisa una antorcha, una lata de atún en escabeche, un bote de insecticida con aroma de espárrago triguero, un queso de cabrasapo, un cortauñas, un gorrito de lana verde y un soplete. Encendiendo la antorcha se introdujo raudamente en la abertura, lo que le costó poco menos de 20 minutos.

Una vez dentro se arrastró durante varios metros. El túnel terminaba en una especie de ventanilla. Jarrison la golpeó para ver si podía derribarla, pero fue en vano. Sin embargo, alguien la abrió por dentro.

—¿Qué son esos golpes? —preguntó un pequeño hombrecillo de aspecto pataflúfico.

—Usted perdone, no quería molestar —respondió Jarrison, avergonzado.

—¿Qué desea usted? —preguntó el hombrecillo.

—Quisiera seguir avanzando por este túnel, presa del pánico.

—Aguarde aquí unos instantes —dijo el pequeño ser, cerrando nuevamente la ventanilla, que volvió a abrirse pasados unos minutos.

Esta vez Jarrison se vio delante de otro hombrecillo, de aspecto también pataflúfico. Entregando una hoja de papel al explorador, dijo:

—Rellene este formulario. Tiene las instrucciones al dorso.

Jarrison examinó el papel y dijo:

—Oiga, este papel está en blanco.

—Lo sé —replicó el hombrecillo—. Simplemente tache lo que no proceda.

—Pero es que no sé si procede porque ignoro su procedencia, ¿me comprende usted, extraño hombrecillo de aspecto pataflúfico?

—¿Cómo sabe usted que soy un extraño hombrecillo? —preguntó el extraño hombrecillo.

—De hecho, no lo sabía —respondió Jarrison—, aunque me encantaría saberlo. Tenga usted.

Jarrison entregó el formulario sin rellenar.

—No lo ha rellenado usted —observó el hombrecillo.

—Procede todo.

—Bien —asintió el hombrecete después de unos momentos de duda—. Procesaremos su solicitud.

—Por cierto, ¿con quién tengo el placer? —preguntó Jarrison.

—Usted sabrá —contestó el hombrecico cerrando nuevamente la ventanilla—. Aguarde aquí unos instantes.

Ochocientos cuarenta y nueve millones de millonésimas de segundo después, la ventanilla volvió a abrirse y el primer hombrecito volvió a aparecer, diciendo:

—Su solicitud ha sido registrada, revisada, perdida, buscada, encontrada, aprobada y archivada. Puede usted entrar. Pero procure hacerlo sin gula ni envidia.

Jarrison se introdujo en el agujero y cayó siete centímetros hacia abajo hasta dar de narices contra el duro piso. El funcionario cerró la ventanilla y limpió los mocos del suelo.

—Bienvenido al reino de los patafluflos de la montaña —dijo con una sonrisa en los labios.

El intrépido explorador se puso de pie y miró a su alrededor. Se encontraba al principio de

un largo pasadizo excavado en la roca. Era algo oscuro, aunque estaba uniformemente iluminado por una tenue y cálida luz. A su lado se encontraban los dos funcionarios patafluflos. El más alto le llegaba a la rodilla. El más bajito llegaba a la rodilla del otro.

—Por aquí, caballero —indicó el patafluflo alto, adentrándose en el pasadizo. El otro permaneció junto a la ventanilla de atención al público.

El pasadizo seguía interminablemente. A Jarrison le costaba seguir el lento paso del patafluflo, y se vio obligado a preguntar:

—¿Podría andar usted un poco más rápido, amable imbécil?

—No podría aunque así lo deseara.

Y en diciendo esto empezó a avanzar más rápido, de tal forma que Jarrison se vio obligado a decir:

—Yo a lo que me refería era a que avanzara usted más lentamente. Temo no haber elegido bien mis palabras, puesto que se ha creado un malentendido en el cual usted ha entendido mal.

—¿Desea usted que avance más lentamente? —preguntó el patafluflo.

—No —respondió Jarrison.

—Supongo que habrá querido usted decir «sí». ¿Me equivoco?

—Sí.

—¿Sí me equivoco, o sí ha querido decir «sí» cuando ha dicho «no»?

—No —respondió Jarrison sin ningún tipo de duda.

—Ahora me queda todo más claro.

Así, el patafluflo avanzó mucho más rápido pero de forma extremadamente lenta para evitar que se crearan nuevas situaciones desagradables.

Media hora después, a Jarrison le invadió un ligero sopor. Pero para que el amable patafluflo no se diera cuenta, le dijo:

—Tengo hambre.

—Bueno —contestó el funcionario—, entonces puede descansar durante diez minutos. Cuando haya recuperado sus fuerzas proseguiremos.

Así lo hizo Jarrison, que se durmió con la sensación de que el patafluflo sospechaba algo.

Al despertar tuvo mucha hambre. Esta vez tenía que ser mucho más astuto para que el patafluflo no se diera cuenta.

—Tengo sueño —dijo.

El funcionario le dio un cuenco lleno de frutas. Mientras Jarrison saciaba su hambre, no podía evitar sentirse orgulloso de sí mismo por haber engañado de forma tan efectiva al patafluflo. Momentos más tarde reanudaban la marcha.

Tras andar varios kilómetros, llegaron al final del pasadizo, que terminaba en una pequeña puerta, de un tamaño adecuado para el compañero de Jarrison.

El patafluflo golpeó la puerta varias veces, siguiendo un patrón rítmico de difícil ejecución que solo él conocía. Instantes más tarde, la puerta se abrió. Primero entró el funcionario, después entró Jarrison arrastrándose.

Lo que vio al ponerse de pie le dejó estupefacto, ya que le llenó de estupefacción. Se hallaba en una inmensa sala, brillantemente iluminada, con un elevadísimo techo adornado artificialmente con estalactitas naturales. El suelo era de mármol pulido. Inmensas columnas a lo largo de la estancia indicaban el camino hacia el otro lado, donde había una lujosa escalinata. Esta conducía hasta un lujoso trono de madera tallada y piedras preciosas que estaba justo al lado de otro lujoso trono de madera preciosa y piedras talladas.

—Bueno, aquí termina mi trabajo —le dijo el patafluflo funcionario a Jarrison—. Me

vuelvo a la ventanilla. Ha sido un placer conocerle, saco de mierda.

—Para mí —replicó Jarrison— ha sido usted como una pústula en el culo, entrañable amigo.

Se dieron una serie de abrazos y puñetazos, con los brazos y los puños respectivamente, y el funcionario abandonó la sala volviendo sobre sus pasos.

Un patafluflo se acercó a Jarrison y le hizo un gesto con los premolares indicándole que avanzara hacia el estrado de los tronos. Jarrison hizo tal como le indicó. Observó mientras avanzaba que al pie de cada columna había un engalanado patafluflo que le sonreía con una dulce cara de ira. Al llegar al pie de la escalinata, miró hacia arriba y vio a dos extraños seres sentados en los tronos.

—Bienvenido a nuestro reino —dijo uno de ellos—. Yo soy el patafluflo padre. Debes considerar un gran honor que se te haya permitido comparecer ante padre y madre. ¿Qué es lo que te trae por aquí?

—En primer lugar —dijo Jarrison— quisiera dar las gracias a su excelencia, y cómo no, a la patafluflo madre.

Un gran murmullo invadió la sala. Madre se levantó con brusquedad y se dirigió al hombre:

—¡Muestra más respeto, insolente! No soy ninguna patafluflo. Él es el patafluflo padre y yo soy el patafluflo madre. Que te quede muy claro desde ahora hasta el momento en que deje de quedarte claro. ¿Está claro?

—No me acuerdo —respondió Jarrison.

—Así me gusta —dijo el patafluflo madre, volviendo a ocupar su asiento.

—Bien, bien —intervino el patafluflo padre—, basta de discusiones. Dejemos a este amable cara de culo que nos cuente por qué ha venido hasta aquí.

—Gracias —agradeció Jarrison.

—¿Algo más? —preguntó padre.

—Me llamo Jarrison Gaitasoplas y estoy vuscando el Orinal de las Tinieblas.

—Será buscando, ¿no? —pregunto madre.

—Sí, sí, perdón... Buscando, con jota —corrigió Jarrison.

Un gran murmullo, casi estruendoso, volvió a producirse.

—¿Insinúas —preguntó padre— que estás buscando el Horinal de las Tinieblas?

—No, orinal, orinal —corrigió madre—. Y son tinieblas.

—¿Dónde son? —preguntó padre.

—¿Qué tendrá eso que ver? —preguntó no importa quién.

Después de un largo silencio durante el cual los padremadres reflexionaron largo y sin tender, el patafluflo padre se dirigió nuevamente a Jarrison:

—Estimado muchacho, no debes juzgar esta falta de cortesía que te estamos mostrando como una descortesía.

—No se preocupe, su alteza —contestó Jarrison—. Simplemente lo considero una incortesía.

—Me parece bien —replicó padre—. Pero debes comprendernos. Desde que los patafluflos de las montañas entramos en guerra con las pataflañas de los montuflos, estamos siempre esperando un ataque por cualquier lado. Y queremos asegurarnos de que no eres su espía.

—Ya había considerado esta sospecha —informó Jarrison—, y es por ello que les traigo este papel.

El explorador entregó una hoja de papel a uno de los patafluflos, que subió las escalinatas rápidamente y con frenesí vegetariano. El rey tomó el papel y lo leyó. Se trataba de un certificado

expedido por los padremadres de las pataflañas de los montuflos, y que así rezaba:

«Por la presente, yo, la pataflaña padre, con todas las facultades mentales perturbadas, certifico sin maldad ni alevosía ninguna que el señor D. Jarrison Gaitasoplas aquí presente frente a mí en mi presencia no es en modo alguno espía nuestro. Y para que así conste expido este certificado a los efectos de demostrar ante los patafluflos que el señor Jarrison no es nuestro espía, el día de hoy, a la hora de hace diez minutos. Y la pataflaña madre también está de acuerdo con todo esto».

—Amigo mío —dijo el patafluflo padre, con lágrimas en los lagrimales—, ¿cómo hemos podido dudar de ti?

—Pues no lo sé —respondió Jarrison—. ¿Cómo? Me tiene en ascuas usted, señor.

—Te vamos a facilitar toda la ayuda que necesites, muchacho —informó madre—. Pero eso será después del banquete.

Efectivamente, dieron un gran banquete en honor de Jarrison, al que ofrecieron una cebolleta y media cucharada de lentejas.

—Y ahora —dijo Jarrison con el estómago lleno—, díganme dónde puedo encontrar el Orinal de las Tinieblas.

—La última vez que lo vi —contestó el más anciano de los patafluflos— se dirigía rodando hasta la cima más alta de las Montañas de la Angustia Graciosa.

—¿Y qué cima es esa? —preguntó el explorador.

—La que llega más arriba —contestó el anciano.

—Pero eso no tiene ninguna lógica —observó madre.

—Muy bien observado, majestad —coincidió el anciano.

Después del banquete, Jarrison se despidió de los patafluflos y fue en busca de los perros. Por suerte para él, el oso casposo ya no estaba dormido, con lo que pudo seguir su marcha con tranquilidad.

Reino central

El primer topamí decidió quedarse cerca del palacio. La razón principal era que no quería alejarse del palacio. Pero no quería ser emperador. Quería ser rey. Le pareció más interesante y más real. Así que lo primero que hizo fue demoler el palacio con un cuchillo jamonero. Huelga decir que tardó menos de lo que había pensado. En otras palabras, pensó que tardaría más de lo que realmente tardó.

Unos minutos después, miró alrededor. Se dio cuenta de cuán llana era la meseta central. A unos tres metros del lugar donde en su día se alzara majestuoso el palacio imperial, un pequeño monte rompía la llaneza o llanitud de la llana meseta. Aprovechando, pues, la monticulosidad del monte construyó, con ayuda de una anciana simpatizante, un fastuoso castillo desde el que gobernar su nuevo reino, al que llamó Flísbilis-Flísbilis.

Al ser preguntado sobre el porqué de semejante nombre, el primer topamí contestó: «Debía ser un nombre que aterrorizara a los enemigos». Al ser preguntado acerca de a qué enemigos se refería, contestó: «Aquellos enemigos que tengan enemistad hacia nosotros, concretamente aquellos que sean tan enemigos que puedan considerarse incluso enemigos nuestros». Al ser preguntado sobre el porqué de semejante nombre, contestó: «Ya he sido preguntado acerca de eso». Al ser preguntado sobre la mejor manera de extraer los huesos de las aceitunas sin romper el hacha, contestó: «Cortadle la cabeza al que me ha preguntado eso». Al ser preguntado sobre algunas cuestiones referentes a la defensa del reino, contestó que sí a algunas cosas y que no a algunas otras. Sin embargo, en ningún momento se refirió al depilamiento o depilaje de los pelos de la nariz, por considerarlo no solo irrelevante, sino también infrecuente y concéntrico.

Cuando las preguntas hubieron terminado, el primer topamí se dispuso a terminar su castillo. Solo quedaba instalar el mástil de la bandera, puesto que la bandera ya estaba ondeando a los vientos dos y cuatro.

Una vez estuvo el castillo terminado, levantó un poderoso ejército, construyó iglesias y catedrales, creó algunos obispos y sacerdotes, ordenó campesinos, alzó pueblos, se rascó una rodilla, levantó universidades, construyó un tenderete de golosinas, una flota de barcos, puertos comerciales y militares, puertas marciales y milibares, sidrerías, posadas, posaderas, carnicerías, escuelas, tiendas de sacacorchos, herbolarios, tiendas de corchos, hospitales, hostales, hospiles, talicuales, floristerías, cementerios, caminos, puentes, y un largo etcétera.

Cuando el reino de Flísbilis-Flísbilis estuvo terminado, llegó la hora de celebrar la ceremonia de la coronación. Esta tuvo lugar en la gran catedral construida dentro del castillo del reino. El obispo Peter Astra se encargó de coronar al primer topamí. El emotivo sermón que pronunció el obispo hizo saltar las lágrimas a los miles de asistentes congregados en la catedral:

—Ego Episcopum cum parvulus sum asinus —empezó el obispo—. Et mulus non asinum. Asinus et mulus asinus esse asinum est aliud, quia filius patrem tuum. Quod non intelligitur faecem? Nescio quod verum est.

—¿Pero qué dices, pedazo de merluzo? —preguntó el primer topamí al obispo.

—Pues fíjese usted que no lo sé ni yo —respondió espiraloidemente el obispo.

—Pues al grano, tú corona que es lo tuyo.

—Voy —dijo el obispo, y prosiguió—: Nos hallamos aquí reunidos para contemplar la coronación de nuestro futuro rey. Pero eso no quita para que si mañana amanece nublado, vayamos a limarnos los dientes con el canto de la bañera... ¡No! Sería un grave error, incluso un sinsentido

sin sentido. Y además, los seres humanos no hemos sido creados para eso. El que tenga orejas para ver, que hable. Y el que no corra, que vuele. Porque escrito está que el que pueda correr, que corra, que vaya y que le diga. Y donde haya dicho digo, que diga Diego, siempre que ello no cause un perjuicio a su semejante. El problema viene cuando el semejante no se asemeje. Pero no es realmente un problema para la persona con fe. Aunque sea fe de erratas. Y eso me lleva a recordaros que no es oro todo lo que resopla, ni cuerpo que lo resista. De hecho, escrito está que bienaventurados estos y bienaventurados los otros y bienaventurados los de más allá. Y vosotros podríais pensar: «Pues sí que hay bienaventurados». Y estaríais en lo cierto, si no fuera porque en realidad estaríais completamente equivocados. Y el error habría que buscarlo en vuestros corazones. Y si allí no lo hallareis, debiereis buscarlo debajo de la mesa de la cocina. Y quizá allí lo encontrareis. O quizá ni siquiera hallareis mesa alguna en la cocina. Incluso pudiere ser que no hallareis ni cocina. Pero debéis saber que en verdad os digo. Y que sepáis que escrito está: «Ay de aquel». Y yo añadiría: «Ay, ay, ay, caramba». Porque todo aquel que no hiciera aquello que debiere hacer, será maldito. Y todo aquel que no solo no hiciera aquello que debiere hacer, sino que además hiciera aquello que no debiere hacer, será maldito hijoputa. Y será echado al fuego, donde no habrá más que llanto y crujir de orejas. Y además un demonio malo le clavará agujas en las puntas de los pelos. Pero todo ese dolor será eterno, es decir, una cosa cansina de la leche. Por eso quiero que os arrepintáis de vuestros pecados, porque yo sé que sois corruptos, y tocáis cosas redondas que no se tocan, y a veces os hurgáis las narices, con o sin destreza...

—Vamos a ver, cubo de estiércol fermentado —interrumpió el primer topamí—. O me coronas ya o te mando al fuego eterno de una patada en las cosas redondas.

—Total —siguió el obispo apresuradamente—, que yo te coronó in nomine patris, et filii, et mater enixa est.

Y dicho esto, depositó la majestuosa corona sobre la cabeza del primer topamí.

—¡A partir de ahora —exclamó el obispo, alzando la voz— serás conocido como Adelaido III, primer rey de Flísbilis-Flísbilis!

El estruendo que se produjo entonces fue ensordecedor, ya que uno de los asistentes aplaudió lentamente las palabras del obispo, mientras chillaba levemente:

—¡Uh!

Terminada la coronación, el rey se casó con una reina y tuvo con ella infantas, infantes, príncipes, princesas, sapos y culebras.

Al día siguiente se sintió fatigado. El rey yacía plácidamente en su lecho de vida, mientras su esposa se disponía a descorrer las cortinas.

—Arriba, perezoso —le dijo esta a su esposo mientras le echaba un cubo de agua fresquita por encima—. Tienes que ir a reinar.

—No quiero —suspiró el rey mientras se quitaba la escarcha de los bigotes.

—No me obligues a mentarte a la padre que te marió —amenazó la reina.

Después de reflexionar acerca de lo que había dicho su esposa, el rey dijo:

—No entiendo nada de lo que dices. Sin embargo, una cosa está clara. Aunque no sé qué cosa es. Dicho esto, debes saber, querida esposa, que he decidido levantarme.

Y en habiendo dicho ello, se acurrucó nuevamente y se quedó profundamente dormido.

Dos días después, la reina se disponía a descorrer las cortinas. Lo que sucedió después fue algo terriblemente importante y crucial para el reino de Flísbilis-Flísbilis. Y hasta aquí este relato.

Cabe destacar, sin embargo, una anécdota sin ninguna importancia acaecida durante el reinado de Adelaido III: sucedió que la infanta Gulafofa, la mayor de sus hijas, se hincó levemente

una piedrecita en la planta del pie izquierdo. Presa de la más incontrolable ira, mandó azotar a Gordofredo, uno de sus criados. Cuando lo tuvo bien azotado, le dijo:

—Así aprenderás a que yo me hinque una piedrecita en mi lindo pieccecito pequeñito.

—Pero estimada señorita —contestó Gordofredo—, creo que os equivocáis. Con todo el respeto, su pie parece más bien una masa de sebo mugriento, más bien digno de un elefante reumático o un león marino con gripe de burricerdo.

Encolerizada por las sabias palabras del criado, Gulafofa mandó azotar a Sanja Cobo, otro de sus criados. Cuando lo tuvo bien azotado le dijo:

—Así aprenderás a que Gordofredo me diga cosas lindas sin miramientos ni escuchamientos de ninguna clase.

—Pero señorita —contestó Sanja—, es normal que Gordofredo os haya dicho algunas verdades.

—¿Por qué? —preguntó la infanta.

—Estimada infanta —explicó el criado—, no es solo porque seáis fea, gorda, prepotente, impresentable, antipática, hijaputa, desagradable, estúpida, tonta, guarra, impertinente, inculta, descerebrada, apestosa, sucia, indigna, imbécil, perra y malvada. Es porque el pobre está siguiendo una medicación del herbolario que le hace decir cosas que en realidad no piensa, y le hace pensar cosas que en realidad no dice. También le causa trastornos gastropulmonares, así como una ligera fatiga crónica que le dura unos diez minutos, acompañada de una tos seca con expectoraciones vaginales en las uñas de la espalda.

La infanta, ante las hermosas palabras que acababa de oír, no pudo evitar que las lágrimas de emoción corrieran por sus sebosas y sucias mejillas de princesita.

—Entonces, ¿para qué se toma esa mierda? —preguntó la infanta con dulzura.

—Así se lo recomendó el barbero, que de eso entiende mucho.

Arrepentida de sus malas acciones, Gulafofa mandó desazotar a sus criados y les dio un pellizco en la nalga en señal de buena voluntad. A su vez, los dos criados, en señal de buena voluntad también, azotaron a la infanta, que quedó muy azotada, a la par que feliz por el hermoso día que hacía, ya que la dulce brisa marina soplaba con vehemencias.

Pero eso no fue todo.

Agazapado entre unos matorrales, un horrible sapo observaba la escena. En el momento en que los criados morían aplastados por el afectuoso abrazo de la infanta, decidió salir de su escondrijo.

—¡Eh, tú! —susurró—. ¡Tú, la princesita gorda!

—¿Es a mí? —preguntó la princesa.

—¿Puede repetir la pregunta? —preguntó el sapo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me acuerdo —dijo vergonzosamente Gulafofa—. Pero te voy a dar un besito.

La infanta se abalanzó sobre el sapo y le dio un beso.

Entonces algo maravilloso sucedió. La princesa se convirtió en una viscosa rana. Huelga decir que ganó bastante con el cambio.

Los dos batracios se quedaron frente a frente, mirándose con ojos de sapo, hasta que al fin pasó lo que tenía que pasar: se enamoraron, se casaron, tuvieron muchos hijos verdes y murieron.

Ascenso diagonal

Anohecía ya cuando Jarrison llegó al pie de la montaña más alta de las Montañas de la Angustia Graciosa. Los perros resoplaban, pero por simple gusto, pues no estaban en absoluto cansados. Sin embargo, Jarrison estaba exhausto, aunque decidió no resoplar. Ató a los perros a un oso que hibernaba al aire libre e inició el ascenso hacia la cima. A mitad de camino le envolvió una espesa niebla.

—Yo no he envuelto a nadie —manifestó la niebla—. Ha sido ese señor el que ha entrado en mí misma, óigame.

—¡Oigo pasos! —exclamó Jarrison, asustado.

—Son los tuyos, idiota —dijo la niebla.

—¿Quién habla?

—Hablas tú, cabrachince reumático —contestó la niebla, que empezó a ponerse espesa de enojo.

—Conmigo no te pongas espesa, que te inspiro.

La niebla calló, pero mantuvo su espesitud (o espesez, como dicen algunos analfabetos). El intrépido explorador no podía prácticamente ver más allá de su propia nariz, con lo que empezó a preocuparse. ¿Tendría una nariz demasiado larga? Y si no era ese el problema, ¿habría muy poca visibilidad? Y en ese caso, ¿cómo sabría si había llegado? ¿Qué pasaría si llegado a la cima continuara ascendiendo por pura ignorancia?

Por suerte para él, su destino se alzaba por encima de la antipática niebla, la cual quedaba más baja que la cima que, como se ha dicho, quedaba encima. No es preciso, pues, dar detalles adicionales acerca de dónde quedaba la espesa niebla en relación a la cima.

Finalmente, el hombre llegó a su destino. Resoplaba, no se sabe muy bien por qué. Allí vio a una hermosa tortuga marina tomando el sol.

—Buenos días, tortuga —preguntó—. ¿Cómo te va?

—Un respeto, por favor —respondió, enojada, la tortuga—. No quiero confianzas de este tipo. Háblame de usted.

—¿Quieres que te hable de mí? —preguntó Jarrison.

—No, no me hable de usted —el enojo de la tortuga iba en aumento—. Pero hábleme de usted, por favor.

—Me va quedando un poco más claro, pero debo reconocer que todavía no capto tu mensaje con absoluta claridad.

—Estoy empezando a enfadarme —dijo la tortuga—. Yo le estoy hablando de usted. Podría usted hacer lo mismo, caballero.

—No, te equivocas —replicó el hombre—. No me estás hablando de mí, porque entre otras cosas, no me conoces de nada. Aunque quizá me equivoco y en realidad soy yo quien no te estoy hablando de ti. A veces es más fácil ver el error en los demás que en uno mismo.

—Mi paciencia está llegando al límite —masculló, enfurecida ya, la tortuga—. Voy a tener que explicárselo con otras palabras.

—Soy todo oídos —dijo Jarrison mientras se sentaba con las piernas cruzadas delante de la tortuga. Esta empezó:

—Oscuro era el manto de la noche ese día. Ornipucios plateados sobrevolaban los jubreles embelesados, zumbando por doquier, agitando sus rojiverdes alas doradas al tiempo que proferían

su grito amoroso. Los obispos, ataviados con sus túnicas más lujosas, roían con fervor las cornisas de la iglesia. Cuando sus brazos no pudieron más, se desplomaron sobre el duro suelo de manteca, aplastando a los ornipucios, que pasaron de plateados a puteados.

—¡Ya entiendo! —exclamó, eufórico, Jarrison—. Quieres que te hable de usted, ¿no es así?

—Así es —respondió, aliviada, la tortuga.

—Pues nada, sin problema por mi parte. ¿Qué tal te va el día a usted?

—Bien, bien. Ahora sí.

Ese fue el principio de una larga amistad que se prolongó en el tiempo durante más de 800 segundos.

—¿Y qué le trae por aquí, amigo? —preguntó la tortuga.

—Estoy tras la pista del Orinal de las Tinieblas.

—Le felicito.

—Gracias, gracias —dijo Jarrison, orgulloso—. ¿Por casualidad no sabrás nada usted acerca del asunto en cuestión?

—Esa, esa es la cuestión —respondió la tortuga.

—Esa, esa es —confirmó Jarrison con lágrimas en los ojos.

—El orinal ese de las tinieblas, ¿no será un objeto en forma de orinal, no carente sin embargo de un aspecto harto tenebroso?

—Harto, harto —confirmó Jarrison.

—Entonces, si no me falla la memoria —explicó la tortuga—, creo que el otro día estuvo alguien por aquí haciendo algo.

—¿Quién era ese alguien?

—Morloko.

—¿Y qué era lo que hacía?

—Llevarse de aquí el Orinal de las Tinieblas.

—¿Se lo llevó en llevándose? —preguntó Jarrison visiblemente ansioso.

—Pues fíjese tú que de ese punto no estoy muy seguro.

—Recapitulemos —propuso el explorador.

—Me parece —consintió la toruga.

—Si no he entendido mal —recapituló Jarrison—, el otro día estuvo aquí Morloko, el cual se llevó el Orinal de las Tinieblas, aunque no es seguro que se lo llevara en llevándose.

—Correcto —confirmó el caparazudo animal.

—¿Y cuántos días hace de eso?

—Pues unos ciento cuarenta y dos mil, mil arriba, mil abajo.

—¿Arriba o abajo? —preguntó el hombre.

—Arriba.

—Entonces, son ciento cuarenta y tres mil días.

—Correcto —reconfirmó al animalucio.

—Si los cálculos no me fallan, entonces, de eso hace mucho.

—Correcto —volvió a confirmar el caparazoso bicho.

—¿Y desde entonces no se han vuelto a ver? —preguntó Jarrison.

—No, pero de vez en cuando me escribe —la tortuga puso cara de intentar recordar algo—. Aunque la verdad, ya hace ciento treinta y ocho mil días que no me escribe nada, con mil días arriba... ¿Cree tú que puede haberle pasado algo?

—No, animal —gritó Jarrison en tono tranquilizador—, estará bien. Recuerda usted el breve dicho: «Cuando las noticias que debería haber por el hecho de que uno espera que esas

noticias hayan y, sin embargo, no hay noticias, las cuales como se ha dicho, debería haber, entonces ello confiere a la situación el carácter de buenas noticias, lo cual es bueno y saludable, y todos felices y contentos desearemos que nunca haya noticias, tanto si debiere haberlas como si no».

—Me tranquiliza tú —dijo nerviosamente la tortuga.

—Guardemos, pues —propuso Jarrison—, un minuto de silencio en memoria del fallecido Morloko el Rarito.

La tortuga aceptó la propuesta propuesta, y ambos guardaron un minuto de silencio durante 10 minutos en memoria del hechicero. Antes de despedirse, Jarrison preguntó a la tortuga:

—¿Hacia dónde fue Morloko?

—Hacia abajo.

La tortuga se quedó con la sensación de haber dicho algo extremadamente útil. Sensación que le acompañó hasta el día de su muerte, que según parece, todavía no se ha producido.

Cuando Jarrison llegó al campamento, estaba amaneciendo. Los perros dormían. Estos despertaron al oír a su amo acercarse. Al verlos despiertos, el explorador se quedó dormido. Al ver los perros que Jarrison estaba dormido, se quedaron dormidos, lo cual despertó a Jarrison, que montó la tienda.

Dentro del pequeño habitáculo, el explorador encendió la lámpara de aceite. No tenía hambre. Estaba demasiado agitado, pues pensaba estar ya muy cerca del orinal. Abrió el *Tratado de Historia Universal*, y buscó lo que le interesaba:

«El Códice Almorranaris detalla con detalle el fin del imperio. Desgraciadamente nadie sabe dónde está el Códice Almorranaris. Según parece, el archivero del archivo municipal de Sopaboba no recuerda dónde lo dejó. Según él, lo puso un momento encima de su mesa, pero al regresar del baño ya no estaba allí.»

Es por ello que debemos recurrir al Códice Flasgatrularis para vislumbrar lo acaecido al final de los días del imperio.

En dicho código podemos comprobar que tras la muerte de Morloko el Rarito, cinco misteriosos personajes se disputaron el poder del imperio, y de hecho lo desmembraron en cinco partes equidistantes.»

Más adelante explica:

«En la Meseta Central del Gran Continente se estableció el rey Adelaido III, primer rey del reino de Flísbilis-Flísbilis.»

El relato de la historia del reino mencionado termina así:

«Cierta día, la reina se disponía a descorrer las cortinas de los aposentos reales (los aposentos irreales no tenían cortinas), pero justo en ese momento tropezó y, en un intento de recuperar el equilibrio, corrió por pasadizos y escaleras hasta que fue a parar a las mazmorras, donde se asió fuertemente al hacha de doble filo del verdugo. Sin embargo, ello no fue suficiente, pues la mujer seguía a punto de caerse. Sus intentos por recuperar el equilibrio la llevaron a correr nuevamente por escaleras y pasadizos, llegando una vez más a la estancia donde su marido el rey yacía plácidamente dormido, y donde el tropiezo se había iniciado. Todos los esfuerzos fueron vanos, ya que la pobre reina acabó cayendo de bruces, decapitando al rey involuntariamente con el hacha, en su caída. Debido a la decapitación, el rey Adelaido III falleció.»

Las leyes de Flísbilis-Flísbilis tipificaban la decapitación del rey como una falta tirando a grave, y la condena a tal falta era la muerte. Así, la reina se condenó a muerte a sí misma. El verdugo ejecutó la sentencia ese mismo día.

Pero un juez presente en la decapitación de la reina sacó a relucir el hecho de que decapitar a la reina también era considerado una falta tirando a grave, con lo que, por unanimidad, decidieron condenar al verdugo a ser decapitado. El verdugo, que era el único del reino, tuvo que decapitarse a sí mismo.

Pero una vez decapitado, el juez señaló que el suicidio era una falta grave, con lo que condenaron a muerte al verdugo decapitado.»

Al cabo de tres días, Jarrison llegaba de nuevo al hotel «El Pogchollow» de Ronchascalvas. Estaba aturdido y visiblemente enojado, pues al devolver el trineo, el dependiente de la tienda le había devuelto todo el dinero del alquiler como venganza por haber alquilado los perros más viejos. Y si solo hubiera pasado eso, Jarrison no le habría dado más importancia. Pero es que encima le regaló una lujosa edición de la *Enciclopedia Ilustrada del Mundo Monchiano*, valorada en varios miles de tipitipis.

—¿Qué hace usted con esa enciclopedia? —preguntó el recepcionista del hotel—. ¿No ve que se va a partir la espalda?

—Se la regalo —respondió Jarrison.

—Oiga, sin ofender.

—Usted perdone... Se la presto.

—Oiga, sin medio ofender.

—Me la quedo —dijo Jarrison algo cansado ya de la conversación.

—Oiga —replicó el recepcionista, todavía ofendido.

—Pues me la quedo, me quedo una semana en el hotel y no le pago la habitación, y además me cago en la madre que a usted le parió.

—Ahora nos entendemos —dijo, satisfecho, el recepcionista.

Jarrison estuvo unos días más en el hotel de Ronchascalvas ordenando sus notas, reposando del tremendo viaje y hablando con el profesor Singer Wenza sobre la tarta tatin de cochinos. Aprovechó también para echar la enciclopedia por el retrete.

Pasado ese tiempo, Jarrison regresó a Sopaboba. Expuso todo lo ocurrido en su viaje de exploración al doctor Spinacca.

—¿Así que el orinal no estaba en las montañas? —preguntó el doctor, visiblemente decepcionado.

—No llore, doctor —intentó tranquilizarle Jarrison—. Creo que alguien sustrajo el orinal a Morloko el Rarito. Usted habla de cinco misteriosos personajes en su libro. Creo que uno de ellos es nuestro hombre.

—Achilipú, apú, apú —suspiró el doctor.

—Lo que usted diga, doctor. Pero, ¿puede decirme algo más acerca de esos personajes? ¿Algo que pueda ayudarme?

—Achili, achili, achili-chili —suspiró nuevamente el doctor.

Jarrison meditó sobre los suspiros del doctor Spinacca, pero sus meditaciones no le llevaron a ningún lado. Seis días después, dejó al catedrático suspirando en su despacho.

Culturilla general

El reino de Flísbilis-Flísbilis tuvo una época dorada en cuanto a desarrollo cultural se refiere, que coincidió con el reinado de su primer y último rey: Adelaido III. A pesar de haber sido un reinado bastante breve (apenas semana y media), los avances tecnológicos, teológicos, literarios, científicos y culinarios fueron evidentes, de tal modo que estos saltaban a la vista.

Hablando de literatura, destaca el poema étlico *Don Anselmo*, obra maestra de la poesía ética flísbilisflísbiliana que narra la vida de Don Fernando, un ilustre líder espiritual, fundador de la Liga de la Fraternidad Monchiana Regional de la Santa Iluminación Predestinada Maravillosamente por las Horas de las Horas, y uno de los teólogos más eminentes de la Historia de Monchu. Dice así el poema en cuestión:

Cierta medianoche oscura, nació débil criatura
en estancia sucia y fría; y su madre, resoplando,
desmayose al comprobar que acababa de alumbrar
a persona singular todavía sollozando.
Diose cuenta la mujer de que el que nació, llorando,
era el mismo Don Fernando.

Niño débil y quejoso, enclenque y algo griposo,
estudiaba sin descanso, parando de vez en cuando
para comer ensalada, pan y leche merengada.
Y aunque no aportara nada este dato que estoy dando,
bueno es enfatizarlo. ¿No soy quien lo está contando?
Pues a la chita callando.

Inquietud no le faltaba, ya de niño preguntaba
quién creó al ciervo y al asno, y al marrano gordo y blando.
Los planetas, las estrellas, las sartenes, las paellas,
lo que se cocía en ellas... ¿Quién creó todo eso y cuándo?
«Qué pesado», le decían, «no molestes preguntando
y diviértete jugando».

Ignoró el sabio consejo, pues hablando con un viejo
preguntole esto y aquello. El anciano, renegando,
asestole un bastonazo. Casi rompe su espinazo.
Pero el chiquillo, pelmazo, siguió y siguió preguntando,
hasta que el hombre, cansado, se marchó loco y bailando,
y su bastón masticando.

Ya muchacho, se hizo hermoso, aunque seguía griposo.
Tenía pocos amigos, pues seguía preguntando.
Preguntó a diestro y siniestro, al alumno y al maestro,
a la vaca y al cabestro, a los patitos nadando,
a las grillas y a las grullas. A todo ser respirando
siempre andaba molestando.

Rechazado por la gente por ir contra la corriente,
volvióse huraño y frío. Pasaba el tiempo soñando
que algún día ellos verían que ese de quien se reían,
porque entender no podían, acabaría mostrando
su poder excepcional, a los demás doblegando,
asustados y temblando.

Aislándose del mundo, por juzgarlo sitio inmundo,
instalose en una cueva, y allí estuvo meditando
día y noche sin descanso. Qué pacífico remanso...
Comía huevos de ganso para no andar cocinando
y bebía agua estancada cuyo olor era nefando.
¡Qué mal lo pasó Fernando!

Largas horas meditaba, pues en el fondo esperaba
que la fuerza y el poder se fueran acumulando.
Esperaba transformar plomo en oro a rebosar,
y poder lluvia crear, por el agua ir caminando,
transformarse en un lagarto, como un pájaro ir volando,
y del reino estar al mando.

Pero viose en un apuro, pues se le hacía muy duro
soportar la disciplina y estar en vano esperando.
La fuerza no aparecía, ni un poquito de energía,
ni el poder de profecía. Se fue, pues, desanimando
hasta que una noche aciaga se fue a casa renegando,
y a los dioses insultando.

Refugiose en la lectura de libros de tapa dura,
y leyendo y releendo, su cabeza fue llenando
de historias, filosofías, conjeturas, teorías,
y demás sabidurías que en su mente iba encajando
con dificultad creciente, pues al no parar Fernando,
la fatiga iba aumentando.

Rebuscando la Verdad halló una fraternidad
de unos monjes bonachones que estaban siempre rezando.
Junto a un viejo cementerio, rodeado de misterio,
se alzaba este monasterio, al que acabó llegando.
En él cien almas pasaban día y noche preguntando.
Lo mismo que hacía Fernando.

Decidió, pues, ingresar. Ese fue su nuevo hogar.
Al principio era feliz todo el día preguntando.
Lo que más feliz le hacía preguntando todo el día
es que nadie le decía que estuviera molestando.
Se dijo para sí mismo: «¡Es lo que estaba buscando!».
Pero eso fue cambiando.

Los demás no se callaban, también ellos preguntaban
quién creó al ciervo y al asno, y al marrano gordo y blando.
Los planetas, las estrellas, las sartenes, las paellas,
lo que se cocía en ellas... ¿Quién creó todo eso y cuándo?
«Qué pesados», les decía, «no molestéis preguntando
y divertíos rezando».

Por sus palabras mezquinas tuvo que fregar letrinas:
los monjes no toleraban que así les fueran hablando.
Por carta pidió perdones. Escribió: «Perdón, cabrones,
sois unos tocacojones. Cuando estáis aquí rezando
vuestra postura es extraña, parece que estéis cagando.
Firmado: hermano Fernando.»

Viendo el mensaje sincero, aunque fue un pelín grosero,
decidieron por consenso perdonarle siempre y cuando

respetara a sus hermanos, no les llamara marranos,
ni les reventara granos, no anduviera vacilando,
como un santo se portara, y a todo aquel preguntando
acabara contestando.

Fernando dijo que no, sin dar más explicaciones,
por lo que un monje le dijo: «Ya te puedes ir zumbando».
Y así, con aire chulesco, se marchó con viento fresco.
Un vacío gigantesco, mientras iba caminando,
creció dentro de su pecho, pues solo se vio vagando,
solo lo puesto llevando.

Pero al ser un erudito, pensó en poner por escrito
todo aquello que sabía: lo que fue recopilando
de los libros que leyó, lo que de monje aprendió,
y el resto se lo inventó. La doctrina fue formando,
tan absurda y sin sentido, que aquel que la iba encontrando
a sus pies se iba postrando.

Con esos dogmas sutiles, se contaban ya por miles
los que fieles le seguían, ya que estaban esperando
que Fernando les hablara, que misterios explicara,
que enseñanzas entregara, aunque lo hiciera cantando.
Y así fue cómo un griposo dejó de estar preguntando
y el bolsillo fue llenando.

Pero los grandes avances no se limitaron a la teología o al poesismo, sino que la tecnología experimentó también un empuje sin precedentes, cedentes, ni postcedentes. Un claro ejemplo de ello es la invención del afustrulador neumático, que en realidad es el precursor de los modernos afustruladores electrónicos tan utilizados actualmente.

Consistía básicamente en un émbolo de metacrilato extruido en un cubo de cacaramantus, el cual, a su vez, se insertaba por medio de un tirabuzón esplenoideal dentro de una carcasa de jaramillato churbero. La carcasa estaba llena de flutamato glomosónico para evitar que se grinchara el émbolo al rotar por las hendiduras talladas en la carcasa. Unos fuertes hilos ultrapachulizados unían el tirabuzón esplenoideal a una cintrulla lejaresca que iba propulsada por la presión que generaba una solución coloidal de cobreasparto efervescente. La energía producida por el cobreasparto se transmitía por los hilos gracias a una masa de gumberilla safitanga que los envolvía. De este modo, el tirabuzón vibraba con fuerza, lo cual producía un efecto de desperlofiración en el cacaramantus, que llenaba la carcasa de vapores muristálticos. La acumulación de vapores en la carcasa de jaramillato churbero llegaba a ogsidar el mismo jaramillato, que se convertía en jaramulletu pachacroide. La auténtica genialidad del invento era el punto de unión entre el émbolo y el cubo, ya que esta se producía gracias a unos muelles bongui-bongui esfalucrados en las puntas y retorcidos de tal modo que el subescanche principal coincidía perfectamente con la japalandra obnuplotrácica de soporte.

Realmente a mí nunca se me habría ocurrido.

De todas formas, no solo la tecnología y la poesía avanzaron considerablemente. La ciencia en general también tuvo su gran protagonismo.

Digna de mención es la obra de Don Pliego de Pacotes, gran matemático flísbilisflisbiliano, que fue quien sentó las bases sobre las cuales descansaría la horticultura a partir de entonces. Un significativo ejemplo es su novela simbiótica *Godofreda*, que narra el proceso de fermentación de los jugos viscolobitos, desde su nacimiento hasta su muerte, pasando por todas las etapas naturales de florición, ramiflecación, pudrición, extremunción, munición, esparcimiento

progresivo y rasgamiento de Smith.

También la Medicina tuvo unos significativos avances, sobre todo gracias al eminente médico Juanete DeCalhos, que fue quien descubrió que la boca del ser humano estaba formada básicamente por dos partes: la bandeja dentada y la bandeja de saliva.

A nivel anecdótico podemos citar también, dentro del ocio y esparcimiento bucólico, el invento de un deporte que fue ampliamente practicado en la época. Se trata del bólbol. Consistía en dos equipos de 800 hombres cada uno. El objetivo del juego era permanecer dormido el máximo tiempo posible. Los 1.600 hombres se disponían ordenadamente en un campo de bólbol. A un toque de silbato del árbitro, se quedaban todos dormidos. El público asistente, por lo general no más de 70 personas, animaba con fuertes gritos y cánticos a su equipo. El primer hombre que despertaba ocasionaba la derrota de su equipo. En caso de que despertaran al mismo tiempo dos jugadores de distintos equipos, debía jugarse una prórroga de medio minuto adicional. A las mujeres se les tenía prohibido el acceso a dicho deporte, por ser considerado demasiado violento para ellas.

Hubo otros muchos avances, pero no fueron tan estúpidos como los aquí expuestos.

Búsqueda confidencial

Jarrison Gaitasoplas se había levantado de buen humor. Refunfuñando, observó la salida del sol poniente mientras la brisa acariciaba sus folículos. Subió al primer autobús urbano que se dirigía a las ruinas del antiguo palacio. El autobús estaba casi vacío, así que decidió sentarse en el regazo del conductor.

—¿Molesto? —preguntó Jarrison.

—Por supuesto —respondió el conductor.

El explorador, que sabía discernir perfectamente cuándo molestaba, cambió de sitio. Esta vez se sentó sobre la cabeza del conductor, el cual suspiró aliviado.

—¿Falta mucho? —preguntó Jarrison en cuanto se hubieron cerrado las puertas—. Tengo pipí. Tengo calor. Tengo caca. Y pipí. ¿Falta mucho? Tengo caca.

El conductor sonrió. Cuando hubo terminado de sonreír dejó de sonreír, puesto que pensó que si habiendo terminado proseguía sonriendo, la gente pensaría que no estaba muy centrado.

En la siguiente parada subió un tipo cuya edad oscilaba entre los 40 y los 50 años.

—Estoy harto de mis oscilaciones de edad —suspiró.

—Me alegro —le respondió el conductor.

—Oiga —dijo el recién llegado a Jarrison—, está usted sentado en mi sitio. Bájese ahora mismo.

—No hay por qué ponerse así —respondió el explorador—. Mire, le hago un sitio, y así no tengo que bajar de aquí.

El hombre accedió, y se sentó al lado de Jarrison.

—Tiene usted razón —dijo—. Cabemos los dos perfectamente.

—Qué suerte tienen ustedes —les dijo el conductor—. Yo no puedo sentarme ahí.

Finalmente el autobús se detuvo ante la parada de las ruinas palaciegas. Jarrison bajó y se dirigió a la entrada del recinto, reconvertido en atracción turística cuyo objetivo era atraer a los turistas. Pagó su entrada y empezó a recorrerse los caminos marcados. No era la primera vez que visitaba las ruinas, aunque nunca lo había hecho por motivos profesionales.

Lo cierto es que no esperaba encontrar nada significativo. Pensaba que ya se habría encontrado todo lo que tuviera un mínimo interés histórico. Pero consideró que no perdería nada por buscar algo que le diera alguna pista sobre el orinal. Desgraciadamente no podía ni siquiera tocar piedra alguna, puesto que estaba estrictamente prohibido, aunque alguna vez se había descubierto a algún turista llevándose una columna, una fuente o un muro.

Decidió, finalmente, esconderse debajo de un canto rodado y esperar a que se cerrara el recinto para poder campar a sus anchas. Por desgracia tuvo bastante mala suerte, puesto que ese día se puso en marcha en las ruinas una experiencia piloto: se decidió dejar el acceso al público abierto para siempre, día y noche. Pasado ese tiempo, se evaluaría si la experiencia había sido exitosa o si, por el contrario, había tenido éxito. Por megafonía se escuchó el siguiente mensaje: «Todos aquellos que estén escondidos debajo de algún canto rodado, o de alguna rueda cantada, pueden proceder a salir de sus escondrijos, ya que a partir de hoy las puertas de las ruinas del antiguo palacio permanecerán abiertas las veinticuatro horas del día. Agradecemos su colaboración y les damos las gracias por colaborar».

Acto seguido, aparecieron unos doscientos turistas escondidos, junto con Jarrison, silbando y poniendo cara de disimulo, excepto uno de ellos, que puso cara de mulo tísico. Sin embargo, no

le fue del todo mal a Jarrison, ya que la experiencia piloto incluía el descanso nocturno de los guardas, que dejaban el recinto completamente desatendido por la noche.

El explorador esperó a quedarse solo, lo cual no tardó en suceder. Entonces se puso a examinar el terreno concienzudamente con su equipo especializado, consistente en una pequeña linterna y un bastoncillo de algodón. No llevaba ni una hora examinando una pequeña piedra, cuando se dio cuenta de que no había nada relevante en ella. Anotó ese descubrimiento en su libreta y se dirigió hacia un pequeño muro del que solo quedaban intactas 4.813 piedras. No llevaba ni 13 segundos examinando el muro cuando se dio cuenta de que una de las piedras tenía una pequeña hendidura en su centro.

Jarrison introdujo la mano en ella y notó una pequeña palanca, que accionó con entusiasmo. La palanca hizo que parte del muro se desplazara, descubriendo unas estrechas y largas escaleras descendentes que iban hacia abajo. Jarrison bajó los 314 peldaños sin contarlos y llegó a una extraña y diminuta cámara subterránea. Observó un curioso cartel en el umbral de la misteriosa estancia, que así rezaba: «Laboratorio secreto de las alquimias de Morloko».

¿Qué sería ese lugar? ¿Quizá la cocina del palacio?

Sobre una mesa encontró un antiguo libro manuscrito. En la portada del mismo podía leerse: «Diario secreto de las alquimias de Morloko».

¿Qué sería ese libro? ¿Quizá un tratado de cocina?

Sea como fuere, Jarrison se apoderó del libro, ya que era un gran aficionado a las artes culinarias. Decidió regresar a su casa, pues era obvio que no iba a encontrar nada interesante por allí.

Esa noche se dedicó a examinar el antiguo libro de cocina. Grande fue su decepción cuando se dio cuenta de que las páginas estaban absolutamente destruidas por la humedad y el paso del tiempo. Solo las dos últimas páginas del manuscrito eran legibles, a excepción de algunas palabras. Así decía lo poco que pudo leer:

«Querido diario: ya estoy harto. El antiguo emperador era un hijo de la gran [ilegible] y, sin embargo, vivía feliz y contento. Me [ilegible] en su [ilegible]. Por suerte pude acabar con él hace tiempo, aunque no me consuela... En fin, debo ser fuerte, no soporto más estar a la cabeza de esta panda de [ilegible].

He terminado ya los cinco topamís. Sé que estos muchachos conseguirán llegar donde yo no he llegado. Oigo el tumulto de las masas agolpándose en la plaza. Debo salir a anunciarles que me marchó, y presentarles a mis criaturas. Tengo que hablarles. Como emperador suyo que soy, les debo una explicación. Y esa explicación que les debo se la voy a pagar.

Ahora vuelvo.

Por cierto, cuando vuelva debo recordar escribir a la tortuga que tomaba el sol junto al orinal. También debo recordar hablarle de usted a la [ilegible] tortuga de los [ilegible].»

Así fue cómo Jarrison hizo uno de los descubrimientos más importantes que se habían hecho hasta la fecha, junto con el afustrulador neumático.

—¡Esto debe de ser el diario secreto de las alquimias de Morloko! —exclamó.

La siguiente entrada del diario contenía una anotación redactada por un puño distinto, y no es que Morloko cambiara de mano:

«Querido diario de Morloko: el orinal es mío. Lo he encontrado distraídamente y sin ninguna intención, así que me apodero de él también de forma distraída. El emperador ha muerto, así que voy a subir nuevamente a contarles a mis compañeros mis planes de futuro.

Por cierto, al subir la escalera debo recordar contar los 314 peldaños para que no sospechen nada extraño de mí.»

Jarrison no sabía quién había escrito ese fragmento del libro, aunque estaba convencido de que se trataba de uno de los cinco topamís de los que hablaba Morloko.

Había finalmente una última anotación, escrita por una tercera mano:

«Yo solo he bajado para contar los 314 peldaños. Pero no los he contado. Lo haré al subir.»

Esta última entrada especificaba también los lugares a los que se habían desplazado cada uno de los cinco topamís, los cuales coincidían perfectamente con cada una de las cinco partes en las que el imperio quedó desmembrado a las que se refería el tratado del doctor Spinacca. En ese sentido, el primer topamí resultó ser el rey Adelaido III, del Reino de Flísbilis-Flísbilis. Buen punto de partida para proseguir la búsqueda.

A la mañana siguiente, Jarrison fue a ver al doctor Spinacca para ponerle al corriente del estado de su investigación. En primer lugar le entregó el manuscrito, que el doctor leyó con avidez.

—Interesante, muy interesante —dijo.

—Sí, es interesante, muy interesante —replicó Jarrison.

—Desgraciadamente —lamentó el doctor—, hay algunas palabras ilegibles. Y es imposible deducirlas por el contexto.

—Sí —replicó Jarrison—, desgraciadamente hay algunas palabras ilegibles. Y es imposible deducirlas por el contexto.

—Sí, también —coincidió el doctor Spinacca.

—Creo que el siguiente paso —indicó el explorador— es registrar el antiguo castillo de Adelaido III. Está cerca, solo me tomará unos quince minutos, mes arriba, mes abajo.

—Sí —replicó el doctor—, creo que el siguiente paso es registrar el antiguo castillo de Adelaido III. Está cerca, solo le tomará unos quince minutos, mes arriba, mes abajo.

—Esa es una buena idea.

—Sí, es una buena idea —replicó Florocormo—. Pero recuerde el carácter secreto de nuestra investigación. El alcalde no quiere que nada de esta búsqueda salga a la luz.

Acto seguido, Jarrison subió al autobús que llevaba hasta el antiguo castillo. Al subir, vio con alivio que la cabeza del conductor estaba libre.

Durante el trayecto reflexionó acerca de las dificultades que iba a encontrarse en esta misión. El castillo era la sede actual del parlamento y el gobierno de Monchu. ¿Cómo lo haría para infiltrarse y escudriñar cada uno de los rincones y, al mismo tiempo, no levantar ningún tipo de sospecha acerca de su cometido secreto?

Al llegar al castillo se dirigió sin vacilar al mostrador de recepción con un brillante plan en su mente para no levantar sospechas. Habló a la funcionaria de recepción en estos términos:

—Buenos días. Vengo a registrar el castillo.

—¿Se dirige usted a mí? —preguntó la funcionaria.

—Con esos términos, concretamente —respondió Jarrison.

La mujer rebuscó entre sus papeles, hasta que encontró lo que buscaba. Era un formulario, que entregó al explorador.

—Rellene esto —dijo secamente.

El formulario tenía un encabezado curioso: «Formulario de registro exhaustivo del castillo».

—Perdone —preguntó Jarrison—, ¿las instrucciones?

—En el reverso —informó la funcionaria.

Jarrison tenía la costumbre de leer las instrucciones antes de rellenar cualquier formulario,

así que dio la vuelta al papel y las leyó de principio a fin. Este era su contenido:

«Instrucciones:

Paso 1 y único. Rellenar el formulario adecuadamente».

—No comprendo muy bien las instrucciones —lamentó Jarrison.

—Es normal —respondió la funcionaria—. Ya les dije a los del departamento de instrucciones de formularios que en este se habían excedido en el nivel de detalle, y que más valdría que hubieran hecho un resumen.

—Yo más bien creo que es el detalle de nivel lo que falla.

—Se equivoca usted.

—Se lo agradezco señora —dijo Jarrison con la boca—. Y ahora, si me disculpa, voy a rellenar el formulario.

Y dicho esto inició la rellenaación del formulario.

Sea como fuere, tuvo mucho cuidado de no levantar sospechas. Especialmente delicada era la sección del formulario llamada «¿Qué busca usted en el castillo que le hace venir a registrarlo?». Se cuidó muy mucho de marcar la casilla «Un orinal, ya sea de plástico, de metacrilato, de las tinieblas, de metal o de cartón». En lugar de ello, marcó la casilla «Una cosita».

Sin embargo, la siguiente pregunta le puso en un aprieto, ya que rezaba así: «En el caso de haber contestado “una cosita” en la pregunta anterior, conteste lo siguiente: ¿Y qué cosita es?». Jarrison decidió ser creativo en este punto, y contestó: «Un orinal de plástico, metacrilato, metal y cartón».

Una vez firmado y entregado el documento, la funcionaria le indicó:

—Tenemos una gran sobrecarga de trabajo, puesto que ya es el primer formulario que recibimos este año. Todas las solicitudes serán cursadas en estricto orden aleatorio. La contestación a su solicitud le será remitida por escrito a su domicilio en breve. En caso de haber fallecido ya usted cuando la respuesta llegue, y siempre en el caso que no hayan pasado más de cuatrocientos años desde su fallecimiento, sus descendientes podrán hacer uso de la contestación, siempre y cuando.

Jarrison puso cara de haber comprendido todo lo que le había dicho la funcionaria, lo cual era falso, ya que solo había comprendido el 98%.

Así terminó su gestión en el parlamento. Al llegar a casa encontró en su buzón una carta con la respuesta del gobierno:

«Estimado señor Gaitasoplas:

Después de haber examinado su solicitud concienzudamente y a conciencia, debemos informarle de los tres puntos siguientes:

- 1. Su solicitud fue recibida con fecha.*
- 2. Su solicitud fue registrada, también con fecha.*
- 3. Nos pareció gracioso registrar su solicitud de registro.*
- 4. Está previsto que mañana llueva moderadamente, aunque de forma moderada.*
- 5. El señor presidente en persona ha dado el visto bueno a su solicitud. En honor a la verdad hay que decir que el señor presidente ha dado un visto bastante bueno; un visto buenísimo en realidad; por no decir uno de los mejores vistos que se hayan visto.*
- 6. El señor presidente no se ha limitado a dar su visto bueno, sino que ha sido él mismo quien se ha encargado de realizar personalmente el registro del castillo para evitarle a usted la molestia.*
- 7. El señor presidente no ha encontrado rastro de orinal alguno en el castillo.»*

Decididamente, Adelaido III no tenía el Orinal de las Tinieblas.

Desierto meridional

El segundo topamí tomó el control del Desierto del Sur. Estableció su tienda en un bello oasis y se puso a pensar en la forma de gobierno que más le convenía.

Decidió finalmente instaurar el gobierno del filósofo, que consistía en que el mando del país recaía en la persona más capacitada para ello. Sin más. De forma natural, sin el uso de la fuerza. Sin elecciones. Sin ton. Con algo de son, aunque más bien poquito.

Reunió a los moradores del desierto al gran acto de presentación del Nuevo Gobierno del Desierto del Sur. Decidió construirse un palacio filosofal para albergar semejante evento. Para ello, al igual que su compañero Adelaido III, contó con la colaboración de una anciana simpatizante. De hecho, se trataba de la misma anciana, la cual era harto conocida por simpatizar a diestro y siniestro.

Cuando el hermoso palacio de mármol y barro estuvo terminado, el segundo topamí decidió echarse una siesta. Pero no lo hizo.

Dos días y ochenta y tres horas después, empezaron a llegar los primeros beduinos, la mayoría de ellos montados en sus majestuosos camellos. Solo unos pocos venían arrastrándose con la barbilla mientras daban palmas con los pies.

Cuando estuvieron todos congregados, el segundo topamí subió al balcón de su palacio y anunció:

—¡Hola!

Los habitantes del desierto, que no estaban acostumbrados a que se les tratara así, montaron en cólera y se quedaron furiosamente dormidos. Ello representó un importante contratiempo, ya que representó un importante contratiempo. Así pues, el segundo topamí prosiguió con su discurso:

—Vaya buen día que hace hoy, ¿no? No creo que llueva demasiado, modestia aparte.

Al oír las bellas palabras del topamí, todos despertaron sobresaltados, excepto uno que se sobresaltó en despertando.

—¡Dinos más! —clamaron algunos.

—¡Dinos menos! —pidieron otros.

—¡No nos digas ni más ni menos! —reclamaron algunos.

—¡No me digas! —repidieron otros.

—¡Anda la osa! —no dijo nadie.

El topamí, rebosante de euforia, prosiguió:

—Yo soy el filósofo que tomará las riendas de este desierto desierto. A partir de ahora esto será el filosofado de Walga-la-Reddun, y yo seré su primer filósofo. En resumiéndolo, a partir de ahora seré conocido como Mortamón III, primer filósofo del Filosofado de Walga-la-Reddun.

Todos exclamaron al multísono:

—¡Vale! ¡Hasta luego!

Y en eso diciendo, marcháronse cada uno a su oasis.

Mortamón decidió tomarse el filosofado con filosofía. Lo primero que hizo fue tomarse una hora sabática. Terminado ese lapso de tiempo se tomó un zumo de coco, hecho a base de succulentos dátiles de manzano silvestre. Después meditó largo rato acerca del siguiente paso que debía dar. Largo rato después, dejó de meditar y dio el siguiente paso que debía dar: redactar las leyes del desierto para que su flamante pueblo prosperara con paz y merengue, y sus habitantes

avanzaran unidos hacia la prosperidad con paz y merengue.

Pero eso resultó ser un conflicto, ya que todos tenían una idea distinta de lo que era el merengue. Además, a algunos no les gustaba la prosperidad. Mortamón decidió mantener una serie de entrevistas con los jefes de las distintas tribus del desierto para alcanzar un consenso con todos ellos. Y así lo hizo. Por desgracia, cada vez que terminaba una de esas reuniones, sufría un cólico nasal debido a las causas de dicho cólico.

La primera de esas entrevistas la mantuvo con Manik Huras, el líder de la tribu Melock Huras. Mortamón le preguntó en primer lugar:

—Enuméreme los principales puntos que, según usted, deberían contener las leyes del desierto.

—No puedo responderle a esa pregunta —replicó Manik.

—Entonces respóndamela.

—Bien.

El filósofo anotó la respuesta y pasó a la siguiente pregunta:

—¿Me podría usted enumerar los principales puntos que según usted deberían contener las leyes del desierto?

—¿Se refiere usted a los principales puntos que deberían contener las leyes del desierto?

—No —aclaró Mortamón.

—Gracias por la aclaración.

Mortamón tomó sus notas y pasó a la siguiente pregunta.

—Según usted, ¿qué principales puntos deberían tener las leyes del desierto?

—Buena pregunta.

Nuevamente Mortamón añadió esa información a su libreta de notas, y finalmente enunció su última cuestión:

—¿Cómo dice?

Después de meditar un momento, Manik no respondió, con lo cual Mortamón tomó más notas y se marchó a su palacio raudo como el viento, es decir.

Durante varias semanas estuvo ordenando las notas que había tomado en Melock Huras. Cuando las tuvo ordenadas, las desordenó y se dirigió al oasis de la tribu de los Melock Huras. Cuando llegó, se dio cuenta de que ya había estado allí, con lo que tomó notas y regresó al palacio. Al llegar, ordenó las notas que había desordenado anteriormente y fue a reunirse con los Hurra Mellow.

El líder, Caga Mellow, le recibió con los brazos oblicuos.

—¿Es a mí? —preguntó Mortamón.

—Depende. ¿Es usted quien dice ser, o dice usted que es quien es? —contraatacó Caga.

—En realidad —aclaró Mortamón— tiene usted cara de hijoputa. ¿Me equivoco?

—No se equivoca usted. El problema es que no tiene ni pizca de razón.

—Bien, entonces haré como que no he oído ese comentario.

—Me parece bien que así haga usted —dijo amablemente Caga.

—No he oído ese comentario —indicó Mortamón—. ¿Podría repetirlo?

—Es fantástico —respondió Caga—. Realmente parece que no haya oído usted ese comentario.

—¿Qué le dije? —preguntó orgulloso Mortamón.

Caga tomó notas en su libreta.

—¿Por qué toma notas? —preguntó el filósofo—. Debería ser yo quien las tomara.

Nuevamente el jefe Caga tomó sus notas. Al verlo Mortamón, este tomó, a su vez, las notas

pertinentes sobre lo que acababa de ver, lo cual causó que el jefe de los Hurra Mellow tomara notas. Cuando seis horas después el combate de notas hubo terminado, Mortamón se dirigió a su palacio para ordenar y desordenar las mismas. Así estuvo varias semanas, hasta que las notas quedaron ordenadas y desordenadas.

Los siete siguientes minutos los pasó entrevistándose con los diferentes jefes y acumulando notas. Tanto fue así que le acabaron apodando «el Notas». Lo más arduo de su tarea fue la parte más ardua, ya que tenía la fea costumbre de hinchar sus pulmones con aire cada vez que le apetecía respirar, lo cual era a menudo.

Sea como fuere, decidió redactar las leyes del desierto a partir de las notas que había tomado, lo que le llevó también siete minutos. Cuando terminó, se dio cuenta de que le habían salido unas leyes muy ordenadas, así que quemó el manuscrito y ordenó sus notas para proceder de nuevo al redactado de las leyes del desierto.

Cinco semanas después, empezó nuevamente a escribir, lo que le llevó otros siete interminables minutos. Para su estupor, al releer el manuscrito se dio cuenta de que había vuelto a escribir otra vez lo mismo que antes, con lo que decidió quemar de nuevo el escrito.

Esta vez reescribió las notas, ordenó la mitad de ellas y desordenó la otra mitad. Pero fue en balde. Nuevamente volvió a escribir el mismo texto. Así que lo quemó todo: manuscrito y notas.

Esta vez, en lugar de las notas utilizó unas hojas de lechuga. Pero fue inútil. El resultado volvió a ser el mismo. Así que desistió, ya que viéndose incapaz de escribir nada distinto no tuvo más remedio que aceptar como bueno ese texto de mierda.

A pesar de todo, estaba satisfecho. Solo quedaba darle un título a esas leyes, así que se encaramó a lo alto de una palmera rabanera y se puso a pensar, mientras recogía sandías. El primer título que se le ocurrió fue «Leyes del desierto», pero no le gustó porque contenía demasiadas letras «e». Así que lo cambió por «Loyas dul dasiorto», que tenía muchísimo más sentido. Sin embargo, no contenía ninguna letra «e», lo cual era un grave problema. Así que se le ocurrió una versión mejor: «Loyas dul dasiorto e». Mortamón sentía que iba por el buen camino. Instantes más tarde dio con el título definitivo: «Raperucita Coja».

Desgraciadamente para él, al iniciar el descenso de la palmera, su bota campera se enredó con los bigotes de una sandía y perdió el equilibrio, de forma que quedó suspendido en el vacío. Intentando retomar el anterior estado (es decir, el estado sin peligro de muerte inminente), se asió ávidamente a una hoja. El problema era que esta estaba muy pringosa de resina de palmera y le dio tal asco que se soltó instintiva y violentamente, de tal suerte que se dio un manotazo en la cara, lo cual, y por efecto de la resina, hizo que su mano se le quedara pegada en la frente, mientras su cuerpo seguía suspendido en el aire.

Mortamón pensó que la situación no era nada agradable, y tenía toda la razón. Para colmo, el susto le provocó un tic nervioso muy molesto en el párpado izquierdo. Así que trató de tranquilizarse tanto como permitiera la situación. En un gran esfuerzo de autocontrol, respiró profundamente y concentró toda su atención en buscar una solución a su acuciante problema.

Aplicando la técnica de UPAPPESS-DCP35M («Último Problema Aparecido, Primer Problema En Ser Solucionado»), en su variante «Durante Caída desde Palmera de 35 Metros»), alargó su mano libre para arrancar una sandía, que exprimió como pudo, de tal modo que parte del zumo resultante cayó sobre su cara y, por ende, sobre la mano que en ella se hallaba pegada. El líquido fue reblandeciendo la resina, con lo que en poco tiempo recobró el uso de su extremidad prisionera.

Ahora, con su cuerpo desplazándose descendentemente según se mira, tenía que asirse al

tronco de la palmera con ambas manos para paliar ese descendimiento. Desgraciadamente estaba demasiado alejado de este. Así, decidió aplicar una ingeniosa solución: giró su cabeza en dirección contraria al tronco y sopló tan fuertemente como pudo, con la esperanza de que ello le acercara lo suficiente para poder asirse.

Pero tuvo tan mala suerte que sopló con todas sus fuerzas en el mismo instante en que pasaba junto a una gaviota cornuda que tan ricamente surcaba los cielos. Huelga decir que la pobre ave no esperaba para nada que un filósofo en caída libre le soplara con violencia en el ojo. Así que el inocente pajarito decidió vengarse, y aprovechando la ventaja que le daba su superior altitud de más arriba (ya que el filósofo se hallaba en inferior altitud de más abajo), atacó a este lanzándole un proyectil de abono natural, que cayó sin miramientos sobre la cabeza del pobre Mortamón, el cual ya bastantes problemas tenía como para que encima le esparcieran un cacho de mierda por la cabeza.

Lo último que se oyó decir a Mortamón justo antes de que se estrellara contra el suelo fue: «¡Será hijo puta el bicho!».

El filósofo murió en los brazos de la anciana simpatizante, que corrió en su auxilio al ver el accidente. Sin embargo, en sus últimos instantes de vida, Mortamón tuvo tiempo de comunicarle a la dulce abuelita el título de su tratado. Esta, emocionada, después de rematar al moribundo para que dejara de sufrir, corrió a apuntar el título en el manuscrito.

El problema era que la abuela era más sorda que una tapia.

Arena y una de cal

Jarrison subió al «Desierto Express». El autobús estaba bastante destartalado, pero no importaba, ya que la mañana era espléndida.

—Qué mañana tan destartalada, ¿verdad? —dijo el conductor—. Bienvenido a mi espléndido autobús, oh, mi primer pasajero del día.

Jarrison observó con detenimiento la cabeza del chófer, y no la juzgó confortable, con lo que pagó los veinte tipitipis del billete y se dirigió a los asientos del final.

El autobús estaba vacío, así que el explorador no supo dónde sentarse. Finalmente, tras una larga deliberación que se prolongó en el tiempo (como es natural), el explorador se sentó en un asiento concreto. Fue el asiento más concreto que pudo encontrar, a pesar de que el resto de asientos eran tan o más concretos que este.

El autobús se puso en marcha hacia el sur. En la siguiente parada subió un tipo extraño, que después de observar durante unos minutos la cabeza del conductor fue a sentarse justo al lado de Jarrison. El extraño pensó: «Vaya tipo imbécil; con la de sitios libres que hay, tenía que estar sentado justo al lado de donde yo me acabo de sentar... Tendrá poca vergüenza semejante sabelotodo, correveidile, bocamanga, metomentodo, telaraña, matamoscas, hazmerreír, malcriado, maremoto, malhechor, sacapuntas, malintencionado, nomeolvides, cornamusa, duermevela, mandamás, ciempiés, entrecejo, soplagaítas, cantamañanas, tragaldabas, sacacorchos, tocapelotas, caraculo...»

Llegados a la siguiente parada, el autobús se llenó de gente. Solo quedó libre la cabeza del conductor, cosa comprensible, ya que parecía altamente incómoda.

Cuando se volvió a poner en marcha el transporte, Jarrison pensó: «¿Qué estará pensando este extraño que hay a mi lado y que lleva media hora pensando cosas extrañas?», a lo que el extraño pensó: «Chupaflanes, mascahuevos, huesobacos, tragabolas, piernaculo, purgamurga, cacavaca, dileveycorre, cagiensupadre, novayasniledigasperocorre...»

Jarrison miró al extraño, y le pareció de ese tipo de gente que no les conoce ni su madre. Sus sospechas se confirmaron cuando justo en ese momento, el extraño se volvió hacia él diciéndole:

—Buenos días, estimado compañero de viaje que está sentado a mi lado. No me conoce ni mi madre.

—Encantado de conocerle —respondió Jarrison con una sonrisa en el tímpano—. Por cierto, le presento a su madre —dijo, señalando a la mujer que estaba justo detrás de él.

—¿Hijo? —preguntó la señora, mirando al extraño.

—¿Madre? —preguntó el extraño mirando a la señora.

—¿Madre del hijo? —preguntó otro pasajero mirando a la señora.

—¿Hijo de la madre? —dijo otra pasajera mirando al extraño.

—¿Francisca? —preguntó el otro pasajero a la otra pasajera.

—¿Yo? —dijo el extraño mirándose a sí mismo.

Madre e hijo se fundieron en un emotivo abrazo.

En ese momento un hombre, corriendo, adelantó al autobús a toda velocidad.

—Otro que ha topado con la rana —dijo el conductor—. Por cierto, llegaremos a la Puerta del Desierto en unos veinte minutos.

Jarrison aprovechó para abrir el *Tratado de Historia Universal*, y buscó el apartado que

hablaba del Filosofado del Sur:

«El filósofo Mortamón III, el Notas, estableció su gobierno en el Desierto del Sur.

Parece que durante su gobierno poco hizo, aparte de tomar notas, ordenarlas y desordenarlas, no se sabe muy bien por qué. Charles Foffoman, prestigioso fontanero, afirma que ello se debía a cierto trauma infantil adquirido durante su vejez, y que le impulsaba a ello. Sin embargo, Daniel Foffoman, prestigioso cómico de la época afirma que se trata de un trauma senil adquirido durante su infancia. Es de sobra conocido el polémico debate entre estos dos grandes científicos.

Sea como fuere, la misteriosa y prematura muerte de Mortamón III nos deja un vacío de información. Se especula acerca de la existencia de un palacio filosofal, donde, por lo visto, Mortamón se dedicó a escribir alguna cosa relacionada con esas notas. Pero son solo especulaciones y rumores, con lo que debe de ser verdad.

En cuanto a su muerte, Mongui Foffoman, prestigioso escultor forense, después de examinar los restos de Mortamón, afirmó que murió al caer desde lo alto de una palmera, no sin antes soplarle el ojo a una gaviota cornuda, lo cual hizo que dicha gaviota se sintiera gravemente ofendida y evacuara sobre el filósofo, lo cual impidió que este pudiera asirse al tronco de la palmera y salvar así su vida.

Mongui fue encarcelado por soltar semejante estupidez.»

Minutos más tarde, el autobús se detenía.

—¡Puerta del Desierto! —informó el conductor.

Solo Jarrison se apeó. En esa época del año, pocos eran los turistas que visitaban las dunas. El autobús partió y Jarrison quedó completamente solo bajo el sol abrasador.

Después de andar unas dos horas, se dio cuenta de que había estado andando en círculo. Además, el círculo tenía escasos dos metros de diámetro, lo cual hizo que el surco por el que avanzaba se hiciera más y más profundo.

Utilizando sus herramientas de escalada logró salir del hoyo y siguió avanzando, esta vez en línea recta.

Fue dejando atrás una y otra duna, siguiendo simplemente su instinto de explorador. Pero el sol ardía inclemente, y su pequeña gorra con ventilador no estaba resultando demasiado efectiva para combatir el agobiante calor. Para terminar de empeorar las cosas, solo quedaba un 10% de agua en la cantimplora, aunque por suerte para él era una cantimplora de 5.000 litros.

Al anochecer, Jarrison llegó al oasis donde se había hallado el cadáver de Mortamón III. El explorador montó su tienda justo al lado de la palmera que causó la muerte del filósofo. Sabía que andaba cerca de su objetivo: encontrar el legendario palacio filosofal. Quizá Mortamón escondió allí el orinal, si es que lo tenía.

Al día siguiente inició la búsqueda. Recorrió todas las dunas que estaban a menos de dos kilómetros del oasis. Pero no encontró rastro del palacio. Y en la cantimplora solo quedaban 420 litros de agua.

Desanimado, recogió el campamento y se dispuso a regresar a Sopaboba. Pero cuando pasaba por la parte más alta de una de las dunas, tropezó con algo que le hizo caer de bruces. Se trataba ni más ni menos que del palacio filosofal, del que sobresalía solo la punta del pararrayos, con el que acababa de tropezar. Jarrison, con energías renovadas por el hallazgo, se puso a desenterrar el palacio utilizando su cucharilla de emergencia. Seis horas más tarde, el palacio estaba completamente desenterrado.

El explorador se dirigió impacientemente a la entrada principal, pero los portones estaban cerrados con llave. Su instinto de explorador le hizo buscar debajo del gran felpudo filosofal,

donde encontró la gran llave filosofal, que introdujo en la gran cerradura filosofal, desbloqueando así los portones filosofales. Sin embargo, tampoco pudo abrirlos, ya que estos se abrían para adentro, y el palacio estaba absolutamente lleno a rebosar de arena.

Así, decidió capturar algunos gusanos zamparena del desierto, introducirlos por la cerradura y esperar a que se comieran toda la arena. Pasaron varios días. La situación llegó a ser preocupante, pues ya solo le quedaban 300 litros de agua. En ese dramático momento, vio cómo los gusanos salían por la cerradura, lo cual era señal de que toda la arena había sido consumida. Lleno de esperanza, empujó nuevamente los portones que, sin embargo, tampoco se abrieron. El palacio estaba absolutamente lleno a rebosar de caca de gusano zamparena del desierto.

Por suerte para Jarrison, la caca de gusano era más blandita que la arena, y observó que al empujar la puerta salía un chorrito de materia fecal gusanera por la chimenea de uno de los torreones. Así, a cada empujón se iba liberando más y más espacio, hasta que pudo abrirse el portón lo suficiente para que la caca de gusano saliera por la puerta principal, toda orgullosa.

Cuando el molesto excremento estuvo enteramente evacuado, Jarrison se dedicó a limpiar el palacio entero con una escoba plegable y el paño de las gafas, lo cual le llevó unos 40 minutos. Cuando todo estuvo limpio y reluciente, se dirigió a la gran estancia filosofal y echó una siesta en el gran colchón filosofal de la gran cama filosofal. Cuando estuvo descansado, relleno su cantimplora en las grandes fuentes filosofales del gran patio filosofal, y se dispuso a buscar pistas sobre el Orinal de las Tinieblas.

El primer sitio donde buscó fue en las letrinas de palacio, por su similitud con lo que estaba buscando. Pero allí solo encontró grandes cantidades de justificantes médicos apilados por doquier, cosa que en esos momentos le pareció extraña.

Rebuscó por casi todo el palacio, incluso debajo de la alfombra, pero no halló ni rastro del orinal. Solo le quedaba registrar el gran despacho filosofal, así que pensó que lo mejor en esos momentos sería registrar el gran despacho filosofal, por lo que lo que hizo entonces fue registrar el gran despacho filosofal. Lo que allí encontró le llenó de estupor, ya que quedó estupefacto. Así, lleno de estupefacción, encontró un viejo manuscrito que parecía escrito a mano. El autor sería probablemente Mortamón III, ya que era el único que había vivido, según parece, en el palacio filosofal.

Lo que más le llamó la atención del manuscrito fue el título, cuya letra era distinta a la del resto del libro. Parecía más bien la letra de una anciana simpatizante, pero no estaba seguro. Lo que sí era seguro era que la persona no debió de haber entendido bien lo que debía escribir, ya que el título no guardaba ninguna concordancia con el contenido del escrito.

En todo caso, el orinal no estaba en el desierto; Mortamón no era quien se lo había llevado, ya que no había ni rastro del mismo. Pero Jarrison había recuperado un excelente documento histórico. No se reproduce aquí el contenido de semejante documento, puesto que ello cortaría el trepidante ritmo de esta apasionante historia. En su lugar, el texto se incluye al final de esta obra como un apéndice adicional titulado «Apéndice adicional».

En el autobús de vuelta, Jarrison estuvo leyendo el manuscrito. Entre otras cosas, comprendió por qué había tantos justificantes médicos en las letrinas.

Gobierno dictatorial

El tercer topamí se desplazó hasta los Llanos del Norte. Al llegar, se puso tan contento que se encaró con el primer habitante de los llanos, que estaba paseando solo, y le dijo:

—Tralará, tralarí, tralaró.

El llanero solitario pareció contagiarse de esa alegría, porque contestó:

—Vete y que te den morcillas, pedazo de idiota.

El topamí siguió contento y feliz hasta la ciudad más grande de los llanos: Tomandaka. Al llegar, se dirigió a la Plaza Mayor de la ciudad, se subió a una hoja de papel y gritó:

—¡Hola a todos! ¡Soy el tercer topamí, y he venido a solucionar todos vuestros problemas!

Reflexionó unos instantes y añadió:

—¿Cuáles son vuestros problemas?

Al principio, los llaneros le tomaron en broma, pero el tiempo fue pasando, y poco a poco la gente acabó tomándole en broma, igual que al principio.

El topamí aprendió que en los Llanos del Norte no había gobierno desde la muerte del emperador Morloko. La gente estaba feliz, y no necesitaban que nadie les guiara. Sin embargo, le pareció que había algo que no marchaba del todo bien por allí.

Se instaló en la posada «La Posada», pagando el alojamiento y el buffet libre con su propio trabajo, y estuvo durante mucho tiempo observando a la gente. Entabló una estrecha amistad con una anciana simpatizante que frecuentaba la posada. Se trataba, efectivamente, de la misma anciana que simpatizó con Adelaido III y con Mortamón III.

En una ocasión, un día que coincidieron en la misma mesa de la posada, el topamí le preguntó a su amiguita:

—¿Cree usted que la gente es feliz aquí?

—¿Aquí dónde? —contestó antipáticamente la simpatizante.

Esta contestación en preguntando descolocó al topamí, que tuvo que recolocarse nuevamente. Cuando estuvo preparado decidió formular la pregunta de forma distinta:

—¿Cree usted que la gente es feliz aquí?

Aunque no lo parezca, la pregunta fue formulada de forma distinta, pues esta vez lo preguntó con los dedos metidos en su plato de sopa, mientras que la primera vez los tenía esparcidos por la mesa.

—¿Aquí de lugar, o aquí de cantidad? —contestó jovenmente la anciana.

Esta pregunta en contestando descolocó al topamí, que decidió quedarse descolocado para evitar colocaciones y dislocaciones inútiles. Sin embargo, no se dio por vencido y volvió a formular la misma pregunta, pero esta vez de forma todavía más distinta:

—¿Cree usted que la gente es feliz aquí?

—¡Quíteme los dedos de la boca! —respondió la anciana vocalizando con cierta dificultad. Y añadió—: Creo que la gente vive en paz y armonía, y que es bastante feliz, pero esta calma les ablanda los sesos.

El topamí se levantó de un salto, eufórico. La anciana se asombró de tal hecho, así que no tuvo más remedio que preguntar:

—¿Por qué te has levantado de un salto, eufórico?

—Estimada amiga, voy a contestarte, sin necesidad de que hagas esto.

La anciana, avergonzada, sacó los dedos de la boca del topamí y esperó pacientemente la

respuesta.

—Ya sé qué es lo que atormenta a la gente de los llanos —dijo el topamí—, lo que amarga sus insoportables existencias. Y todo gracias a ti.

Con la agilidad de una tortuga manca, subió de un salto a la mesa y gritó:

—¡Estimados llaneros! ¡Tengo la solución a vuestras miserias!

La gente dejó de comer.

—¡También tengo la solución a vuestros problemas! —prosiguió con euforia creciente.

La gente dejó de beber.

—¡Además también tengo la solución a vuestros conflictos!

La gente dejó de rascarse las amígdalas.

—¡Por si fuera poco también tengo la solución a todas vuestras mierdas!

La gente dejó de retorcerse las orejas.

—¡Pero una cosa os pido! —prosiguió el topamí—. ¡Dejad de hacer el resto de cosas que estáis haciendo!

La gente dejó de hacer las otras siete cosas que estaba haciendo.

—¡Escuchadme! —pidió el topamí.

La gente no pudo dejar de hacer nada, ya que ya no hacía nada. El topamí se dirigió a uno de los hombres:

—¡Tú! ¡El de cara de perro! ¿Cómo te hallas?

El hombre con cara de perro reflexionó durante unas milésimas de segundo, y finalmente contestó:

—Hombre, pues no estoy nada mal... Lo único es que me noto los sesos algo reblandecidos.

El topamí se dio cuenta de que ese era el momento óptimo para darles la buena noticia, así que se dirigió de nuevo a la audiencia:

—¿Os dais cuenta? ¡Tenéis los sesos reblandecidos! ¡Ese es vuestro gran problema! ¡Y yo os los desreblandeceré!

La posada entera retumbó con aplausos, gritos, vítores, pataleos y demás señales de euforia. Aprovechando esa situación, el topamí anunció su plan:

—¡Debemos levantarnos en armas y derrocar al inexistente gobierno!

Se hizo el silencio más absoluto. Se miraron los unos a los otros. Finalmente, un hombre con cara de cabra habló:

—¿Cómo vamos a levantarnos si ya estamos levantados? ¿Nos sentamos primero?

—Es una forma de hablar —explicó el topamí—. Significa que tomaremos el poder por la fuerza.

—¿Y lo de las armas? —preguntó un hombre con cara de rinopulga.

—Lo de las armas —aclaró el topamí— simboliza esa toma de poder por la fuerza.

—¿Entonces nos sentamos? —preguntó un hombre con cara de culo.

—¿Queréis seguirme? —preguntó el topamí.

—¡Sí! —contestaron todos al unísono.

—Entonces, ¡vamos! —dijo eufóricamente el topamí saliendo de la posada y avanzando en dirección opuesta a donde esta se hallaba.

Diez minutos más tarde volvió la cabeza y observó que solo le había seguido una persona: la anciana simpatizante, y esta se hallaba casi un kilómetro rezagada.

Montando en cólera, el topamí volvió sobre sus pasos. Al cruzarse con la anciana, esta le dijo:

—Buenos días.

El topamí llegó a la posada, y vio a todo el mundo haciendo todo lo que habían dejado de hacer antes. Les gritó:

—¿Por qué no me habéis seguido?

—Pues porque no hacía falta —dijo un hombre con cara de hombre—. Para tomar el poder te bastas tú solo. ¿No ves que vas a luchar contra nadie?

Una estruendosa carcajada invadió la posada. El topamí pensó que el hombre tenía razón. Así que esperó a que volviera la anciana, subió a su espalda, y juntos se fueron a usurpar el poder, erigiéndose el topamí en el nuevo líder de los Llanos del Norte.

Para ello mandó a la anciana construir un palacio dictatorial en el centro de Tomandaka, y cuando estuvo terminado anunció la buena nueva desde el balcón:

—¡Estimados llaneros! Debo anunciaros que soy Foffo M'liki, vuestro nuevo líder. Los Llanos del Norte me pertenecen. Gracias a mí, vuestros sesos volverán a tener la consistencia original, aunque sea a costa de sufrir miserias y adversidades que antes no conocíais. Las nuevas leyes son muy simples: lo vuestro es mío, lo mío es mío y todo lo demás también es mío. Lo único que podéis quedaros para vosotros solos son vuestros problemas. Os los cedo amablemente. Debéis saber también que todo aquel que me caiga mal será ejecutado por robar melones en una tienda de frutas. Todo aquel que robe melones en una tienda de frutas será ejecutado por secuestro involuntario. Los juicios se harán a mano armada y a mano alzada, y terminarán todos con la culpabilidad del acusado, que será ejecutado inmediatamente, pudiendo apelar este al día siguiente de la ejecución. Y ahora me voy a dictar.

Y en diciendo esto, Foffo se retiró a su aposento a descansar. La anciana simpatizante se encargó de despertar a los que se habían congregado allí para escuchar el discurso de investidura del nuevo dictador.

—Venga, gandules —les decía—, a dormir al río.

Días más tarde, en la posada, los hombres seguían discutiendo acerca del discurso del tirano. Ninguno de ellos lo había escuchado completo, pero todos ellos habían escuchado un fragmento del mismo. Así que tras largas discusiones habían conseguido ordenar las piezas del rompecabezas. Entre todos, llegaron a la conclusión de lo que debía de haber sido aproximadamente el discurso:

«Los simples tienen una ley. Mi tienda de frutas es mía pero mis melones son vuestros. Todo lo demás es llano. Los problemas amables a mano armada no tienen una consistencia original, así que será ejecutado todo melón con miserias que caiga mal en un juicio. Las adversidades a mano alzada terminarán en ejecución en la tienda de frutas. Si un fofo me liki será ejecutado por robo involuntario, y será posteriormente secuestrado si así lo desea. Un líder del norte pertenece al día siguiente. Los sesos que sean adversos a sufrir serán acusados de dictar.»

El mensaje les pareció muy bello, así que decidieron por unanimidad aplaudirse los unos a los otros. Un hombre con cara de querer hablar se dirigió a los demás en estos términos:

—¡Qué bonito!

Todos asintieron. El hombre prosiguió:

—¡Qué agradable consistencia inunda ahora nuestros sesos!

Todos asintieron otra vez.

—¡No podemos consentirlo! —exclamó el hombre.

Todos asintieron nuevamente. El hombre preguntó:

—¿Sí qué? ¿Sí que podemos consentirlo, o sí que no podemos consentirlo?

Todos asintieron.

—Ahora me queda claro —dijo el hombre, aliviado—. ¡Los que estéis sentados, levantaos en armas! ¡Los que estéis de pie, levantaos a la fuerza! ¡Los que estéis tumbados, seguid durmiendo!

La ovación fue estrepitosa. A una señal del hombre, salieron todos de la posada hacia el palacio dictatorial. Unos iban levantados en armas, otros iban por la fuerza y los más numerosos iban durmiendo.

La furiosa marabunta destruyó a golpes los portones del palacio y llegaron, formando un gran escándalo, al aposento dictatorial, donde Foffo M'liki seguía durmiendo. Los llaneros, fuera de sí, asesinaron al tirano y tomaron el poder por la fuerza.

—Bueno —dijo un hombre con cara de no haber roto un plato en su vida, sino dos—, ya le hemos quitado el poder a nuestro amado dictador. ¿Quién quiere tomarlo ahora?

Haciéndose los disimulados, todos salieron del palacio con rapidez, hablando del tiempo, de los árboles frutales y de otras muchas cosas, como si la cosa no fuera con ellos.

—Eso me pasa por preguntar —dijo el hombre que había preguntado, viéndose solo—. Y yo tampoco quiero el poder. Pues nada. Me voy.

Al salir por la puerta principal del palacio se encontró con la anciana simpatizante.

—Buena mujer, me destruya usted este palacio, haga el favor.

La anciana obedeció. El hombre llegó a la posada nuevamente, donde todos le estaban esperando.

—Pareces triste —le dijeron.

—Claro que estoy triste... Ahora se nos reblandecerán los sesos otra vez.

Palacio septentrional

Jarrison despertó sobresaltado, al sentir una rodilla presionando su garganta.

—Billete, por favor —pidió el revisor del tren cuando vio que el explorador estaba despierto.

—Aquí lo tiene —dijo Jarrison, entregando su billete como pudo.

El revisor hizo una perforación en el billete y se alejó a toda velocidad, mientras gritaba: «¡Fuego! ¡Fuego!».

—¿Dónde hay fuego? —preguntó Jarrison al pasajero que tenía delante, el cual tenía la cabeza caída a un lado, los ojos cerrados y un bello hilillo de baba desde la comisura de los labios hasta el refajo. Al ver que pasaban las horas y no contestaba, decidió despertarlo como era costumbre en ese tren, así que presionó la rodilla contra la garganta del pasajero, el cual despertó sobresaltado al sentir una rodilla presionando su garganta.

—¿Dónde hay fuego? —preguntó Jarrison cuando vio que el pasajero estaba despierto.

—Aquí lo tiene —dijo el hombre, entregando su billete al explorador.

Jarrison hizo una perforación en el billete, y se alejó a toda velocidad, mientras gritaba: «¡Fuego! ¡Fuego!».

—Ahora lo entiendo.

—Pues yo no entiendo nada —confesó el pasajero—. ¿Dónde había fuego?

—Tendrá usted que esperar a que me duerma —explicó Jarrison—. Presione entonces su rodilla contra mi garganta y lo comprenderá todo.

—Es usted muy amable —reconoció el hombre—. Me llamo Francszth Sbladsth.

—Yo soy Jarrison Gaitasoplas —dijo es evidente quién—. Es un placer.

—¿Qué le trae por los llanos?

—Este tren.

—Qué casualidad —dijo Francszth—, creo que a mí también.

—No es una casualidad; es una simple coincidencia.

—Comprendo. ¿Qué le trae por los llanos?

—Exactamente —confesó Jarrison—. Y ahora, si me disculpa, debo seguir hablando con usted.

—Por supuesto. Mientras tanto yo dormiré un poquito.

Francszth se quedó profundamente dormido. Jarrison no pudo evitar presionarle la garganta con la rodilla.

Cuando unos minutos más tarde regresó a su asiento, no tuvo más remedio que sentarse en él. Aprovechando que acababa de anochecer y ya no podían distinguirse los impresionantes llanos a través de la ventana, Jarrison hojeó el *Tratado de Historia Universal*:

«En los Llanos del Norte se estableció el temible y temido tirano Foffo M'liki, a quien todos temían con temor. Fue famoso por su larga siesta de investidura de la que solo despertó para ver cómo los llaneros le arrebataban el poder que tan poco le había costado conseguir.

Sin embargo, hay un hecho extremadamente importante en la vida de Foffo, y se remonta a dos años antes de usurpar el poder de los llanos. Resulta que estando un día limpiando mesas en la posada de Tomandaka, resbaló con una cabra y se rompió el astrágalo hembra. Rápidamente fue llevado a la taberna para que tomara unas cervezas, pero cuál fue su mala suerte que los portadores resbalaron con unos bueyes que encontraron de camino y se

rompieron el occipucio lateral. Rápidamente fueron llevados a la posada para que limpiaran unas mesas, quedando Foffo a medio camino entre la taberna y la posada. En ese estado cercano a la muerte, tuvo una extraordinaria experiencia que excede lo ordinario. Foffo se encontró, según relató posteriormente, en un campo de flondasbunglas en flor. Corría sin tocar el suelo, tocaba el suelo sin correr, comía flores sin masticar, volaba a toda velocidad y sentía una gran dicha que recorría todo su cuerpo. Relató Foffo un misterioso encuentro con un ser resplandeciente, aunque probablemente se refería a un resplandeciente encuentro con un ser misterioso. Sea como fuere, el resplandeciente y/o misterioso ser le entregó un mensaje. Era un sobre cerrado con una nota dentro. El problema es que estaba tan bien cerrado que Foffo no lo pudo abrir. El ser misterioso y/o resplandeciente, al ver lo dificultoso de la tarea, le echó una mano a Foffo masticando un poco el mensaje; pero lo masticó tanto que lo redujo a pasta de papel. Visto esto, el resplandecioso y misterioso ser se marchó a toda velocidad, consciente del gran ridículo que había hecho. Inmediatamente después, Foffo despertó.»

—¿Qué le trae por los llanos? —preguntó Francszth amablemente, mientras despertaba sobresaltado.

—¿Se refiere usted a qué vengo a hacer por estos lares?

—Bueno —respondió Francszth con una sonrisa en los labios—, en realidad no es ni remotamente lo que le he preguntado, pero si usted lo desea, puede contarme ese punto.

—No lo deseo en absoluto —reconoció Jarrison.

—Me parece bien —dijo Francszth frunciendo el ceño.

—Pero se lo voy a contar.

—Me parece bien —dijo Francszth con una sonrisa en los labios.

—Pero no hoy.

—Me parece bien —dijo Francszth frunciendo los labios y con una sonrisa en el ceño.

—Noto ira contenida en sus palabras —observó Jarrison.

—Le parece bien.

En esos precisos instantes apareció el revisor, anunciando:

—¡Próxima parada, Tomandaka!

—¿A qué se refiere, señor revisor? —preguntó Francszth.

—A mí no me pregunte —respondió el revisor—, yo soy un simple mensajero.

El tren llegó a los pocos minutos a Tomandaka. Jarrison se apeó, arrastrando todo su equipo de explorador. Estaba todo muy oscuro, pues la estación estaba deficientemente iluminada por un par de farolas viejas y sucias. El tren reinició su marcha. A Jarrison le pareció ver a través de la ventana que Francszth, que seguía su viaje, tenía el labio ceñido, el ceño lavado, un hombro fruncido y una sonrisa en una uña del pie.

Saliendo de la estación, el explorador se dirigió a la parada de taxis. Lo cierto es que en esa parte de Monchu todo era muy rudimentario, y los taxis no eran como los cómodos vehículos de Sopaboba. Tras regatear un poco, el taxista montó a Jarrison sobre sus hombros y lo llevó al hotel.

Al día siguiente, Jarrison salió temprano hacia el antiguo palacio dictatorial. Al llegar, tuvo una gran decepción. A pesar de saber que el nivel de desarrollo de los Llanos del Norte era bastante bajo, no esperaba encontrar las instalaciones del palacio en un estado tan deplorable.

Inspeccionó el perímetro. Se dio cuenta de que incluso el perímetro estaba descuidado. No había nadie cuidando los alrededores. Simplemente una cadena bloqueaba las verjas de entrada. Intentó ver el palacio desde fuera, pero le fue imposible, ya que la maleza lo inundaba todo. Los jardines eran como una selva dejada de la mano de Dios.

Asegurándose de no ser visto, y utilizando su técnica maestra (es decir, poniendo cara de no estar allí), Jarrison logró saltar las verjas. Con la ayuda de su machete de explorador se fue abriendo camino entre la maleza, hasta que llegó a la fachada principal del edificio. Allí le esperaba una nueva sorpresa, esta vez agradable. A pesar de que el palacio presentaba un estado de abandono total, seguía totalmente en pie, lo cual era contrario a lo que el *Tratado de Historia Universal* del doctor Spinacca explicaba:

«Después del derrocamiento de Foffo M'liki, se encargó a alguien, cuya identidad es un misterio, la destrucción completa del palacio dictatorial. Parece que este encargo fue ejecutado sin dilación mediante una poderosa herramienta cuya identificación a día de hoy sigue siendo una incógnita.»

En cambio, lo que Jarrison pudo comprobar era que todo permanecía intacto, con la única salvedad de unas marcas hechas en la fachada a golpes de tenedor. Probablemente, la persona encargada de la demolición del edificio dio por bueno el trabajo tras asestarle esos cuatro golpes a las piedras.

En todo caso, todo estaba listo para que el explorador procediera registrar el palacio en busca de alguna pista del orinal.

Lo primero que le llamó la atención fue la cantidad de polvo que había por todos lados. «Este Foffo sería un tirano, pero podía haber sido un poco más limpio», pensó para sí.

Lo segundo que le llamó la atención fue el fantasma de Foffo M'liki, que estaba limándose las uñas de los pies.

—Buenos días —dijo Jarrison al fantasma.

—Hola, nene —respondió Foffo ultratúmbicamente.

—¿Quién es usted?

—Un temido dictador, que dictaba con amor, pero un día unos mamones me tocaron los cojones; yo pensé que era una fiesta, pero fue el fin de mi siesta. Mira si la mierda abunda: me pegaron una tunda, que no quedó un hueso sano. Todo mi esfuerzo fue en vano, me acabaron dando muerte. Esta es, nene, mi suerte.

—Entonces, ¿es usted el tirano Foffo?

—Sí, nene —respondió Foffo.

—¿Y por qué sigue usted aquí?

—Te lo explicaré despacio: soy el alma del palacio, nunca espero poder irme; permaneceré aquí, firme, hasta que tenga la suerte de que alguien sano y fuerte, más que la atontada vieja, destruya la última teja, resquebraje toda piedra, lo reduzca todo a mierda.

—La última rima, un poco forzada, ¿no? —observó Jarrison.

—Es que quedaba mejor así que diciendo «resquebraje toda pierda».

—En eso tiene usted toda la razón.

—Gracias, nene —dijo el fantasma sin dejar de limarse las uñas en ningún momento.

—Por cierto, ¿tenía usted un orinal mágico?

—No, nene, el Orinal de las Tinieblas no lo tenía yo.

—¿Y sabe usted quién lo tenía? —preguntó Jarrison, con el corazón acelerado.

—Sí, nene.

Jarrison sintió una emoción indescriptible. Tontería que ahora se describa aquí dicha emoción. Aunque podría detallarse, ya que no era una emoción indetallable. En todo caso, Jarrison estaba emocionado.

—Dígame quién tenía el orinal, por favor —pidió con fervor.

El fantasma asintió con la cabeza y, dejando de limarse las uñas, inició su explicación:

—Orinal de las Tinieblas; creas pueblos, los despueblas, secas ríos, lagos, mares; los llenas de calamares; quien te tiene es poderoso, quien te teme es temeroso. ¿Saber quieres este día quién era el que lo tenía? Pues lo tenía un capullo: se llamaba...

En ese preciso instante, un muchacho sano y fuerte, más que la atontada vieja, y armado con una máquina demolidora neumática, destruyó hasta la última teja del palacio, resquebrajó todas sus piedras y lo redujo todo a miedra. Jarrison no murió aplastado por un pelo. Por suerte tenía experiencia en este tipo de situaciones y logró salir sin un rasguño. Lo que más le dolió fue haber estado tan cerca de saber quién tenía el orinal y no haber conseguido esa información. Malditos pareados de las narices...

República glacial

El cuarto topamí se dirigió al oeste. En su viaje a pie en solitario pudo comprobar la grandiosidad de las Montañas del Oeste. Por suerte para él era verano y su viaje fue plácido y tranquilo. En una ocasión acampó en una ladera de las Montañas de la Angustia Graciosa. Poco sospechaba que en ese mismo punto se acabaría creando un bello pueblo llamado Ronchascalvas mucho tiempo después. Aunque, francamente, aunque lo hubiera sospechado, le habría importado una auténtica mierda.

El topamí observó la majestuosidad del inmenso Valle de las Grimas, y decidió que se quedaría a vivir en él para siempre. Además tenía unos planes muy concretos para los habitantes de las montañas.

Cuando hubo descendido hasta el valle, le salió al paso nuestra vieja amiga, la anciana simpatizante. Su rostro reflejaba gran cansancio, debido a su pluriempleo.

—¿Vas a gobernar aquí? —preguntó nuestra anciana amiga, la vieja simpatizante.

—Ese es el plan —contestó el topamí.

—Entonces simpatizo contigo. ¿Qué tengo que hacer?

—Empezaremos por los habitantes del valle. Reúnelos a todos para la semana que viene. Mientras llegan vete construyendo un parlamento y un Alto Tribunal de Justicia Suprema Superior.

La anciana hizo lo que le había ordenado el topamí, el cual dedicó ese tiempo a reflexionar acerca de la vida y las costumbres de las musarañas patitiesas.

La vieja terminó los edificios. Y justo a tiempo, porque dos minutos después llegaron los habitantes del valle, expectantes ante lo que se les iba a anunciar. El topamí salió al balcón del parlamento y no vio a nadie. El problema es que pensaban que saldría por el balcón trasero. La anciana simpatizante reubicó a los 800.000 lugareños hasta la parte delantera. Finalmente, el cuarto topamí empezó su discurso:

—Estimados lugareños de este lugar...

—¡Más alto! —gritó un lugareño. El topamí reinició el discurso:

—Estimados altos lugareños de este alto lugar...

—¡Ahora sí! —gritó el alto lugareño de antes, en voz baja.

—Debo anunciaros que voy a instaurar la democracia en estas montañas. Eso es muy bueno para vosotros, porque significa que el poder emanará de vosotros mismos. ¿No os sentís ya poderosos? —los lugareños se miraron unos a otros con muecas de burla—. Las leyes son muy simples: en primer lugar deberéis elegir un presidente de entre los candidatos que se presenten. Una vez hecho esto, y ahí es donde termina vuestro efímero y dudoso poder, debéis saber que lo vuestro es del presidente y lo del presidente es del presidente. Lo único que podéis quedaros para vosotros solos son vuestros problemas. El presidente os los cede amablemente. Debéis saber también que todo aquel que caiga mal al presidente será ejecutado por robar melones en una tienda de frutas. Todo aquel que robe melones en una tienda de frutas será ejecutado por secuestro involuntario. Los juicios se harán a mano armada y a mano alzada, y terminarán todos con la culpabilidad del acusado, que será ejecutado inmediatamente, pudiendo apelar este al día siguiente de la ejecución. Y ahora vamos a elegir, que se hace tarde.

El topamí se dirigió en voz baja a la anciana, que estaba a su lado:

—¿Me has traído lo que te he pedido?

La anciana entregó al topamí tres objetos. El topamí alzó uno de ellos, mostrándolo a la

muchedumbre, mientras decía estas palabras:

—¡Primer candidato! Este melón pocho que se llama... ¡Pochocho! —hizo una pausa—. Que levante la mano quien desee que este sea nuestro presidente durante los próximos diez años.

Nadie movió un dedo. El topamí mostró el siguiente objeto:

—¡Segundo candidato! Bellas tijeras de podar con remaches de plástico y cromadas en estaño. Se llama Tijerella. ¡Votemos!

Nadie movió un dedo, excepto la anciana que iba a levantar la mano, pero la bota del topamí aplicó la presión necesaria sobre el hígado de la pobre mujer, evitando así tal voto. El topamí mostró el tercer objeto:

—¡Tercer candidato! Chupachú de mandarina relleno de chicle de garbanzo. Se llama Garbanchú. ¡Votemos!

Nuevamente nadie se movió, excepto la anciana, que se reincorporaba lentamente. El topamí se dirigió nuevamente a la masa:

—¡Cuarto y último candidato! Yo mismo. Soy el candidato Flipando de Gamettos. ¡Votemos!

Nadie se movió, excepto la anciana, que iba a quedarse también inmóvil, pero nuevamente la certera bota del topamí, aplicada con la presión justa sobre el codo de la mujer, hizo que esta levantara la mano a toda velocidad.

—¡El pueblo ha hablado! —anunció eufóricamente Flipando de Gamettos.

—Pero si no hemos dicho nada —dijeron algunos.

—¿Veis? Ya habéis dicho algo —dijeron otros.

—Es cierto, esto de la democracia es fenomenal —respondieron los algunos.

—Escutados el cien por cien de los votos —prosiguió Flipando—, queda elegido presidente de la República del Valle de las Grimas el excelentísimo reverendísimo ilustrísimo guapísimo señor don Flipando de Gamettos. Y ya puestos, y aprovechando que soy yo mismo, tomo posesión de este cargo, expresando mi gratitud al pueblo grimoso vallete. Es para mí un honor, y todo eso. Y ahora me voy para dentro a presidir.

Los habitantes del valle se fueron a sus casas, satisfechos y muy felices de saber que el poder del gobierno emanaba de ellos. En poco tiempo se corrió la voz, y otras regiones de la zona se quisieron adherir a tan brillante sistema político que tan poderoso hacía al pueblo. Tras una serie de elecciones aquí y allí, pronto el dominio de Flipando de Gamettos abarcaba las Montañas del Oeste en su totalidad.

Alrededor del parlamento y el tribunal se fue construyendo una gran ciudad llamada Granciw, capital de la república. La gente de las montañas parecía feliz. No lo era, pero lo parecía. La prosperidad se consolidó, y las riquezas crecieron sin parar, por lo menos en casa del señor de Gamettos. A la anciana no le iba mal tampoco.

Pronto empezaron a llegarle a Flipando tristes noticias, a través de la anciana simpatizante, de antiguos conocidos: el rey Adelaido III había muerto en su lecho de vida, el tirano Foffo M'liki había hecho lo propio en su lecho de siesta, y el filósofo Mortamón III se había descalabrado al caer de una palmera limonera o arbusto similar. Ello le llenó de intranquilidad, ya que a quien temía realmente era a Rudembrullo, del que nada sabía. ¿Habría muerto también? Quedaban menos de seis meses para la fatídica fecha que les había anunciado a los cuatro, en que amenazó con conquistar Monchu y pasar por la piedra a todo ser viviente.

Decidió que no debía subestimar al enemigo, y asumió que Rudembrullo habría muerto. Pero se dio cuenta de que eso era precisamente subestimar a su enemigo. Así que asumió que estaba vivo. Pero por si eso era también subestimar al enemigo, decidió asumir que Rudembrullo

estaba no solo muy vivo, sino además extraordinariamente coleando.

En todo caso debía prepararse. Y debía aprovechar la muerte de sus compañeros. Así, a través de la firma de tratados, la realización de nuevas elecciones por doquier, discursos, campañas, pancartas, panfletos y otras argucias, en poco menos de cuatro meses el Gran Continente en su totalidad estaba bajo su poder. Durante el mandato de Flipando de Gamettos, la capitalidad de la Gran República Continental residió en Granciw. No fue hasta mucho tiempo más tarde que se trasladó la sede del gobierno a Sopaboba.

En una ocasión, en el salón de su casa, Flipando preguntó a la anciana:

—Estimada anciana simpatizante, ¿cómo es que simpatizas con todo el mundo excepto con el capullo de Rudembrullo?

Flipando se sorprendió al ver que la cara de la vieja se encendía de ira, pero se sorprendió todavía más cuando la oyó hablar con voz de ultratumba:

—¿Capullo yo?

Inmediatamente después, la anciana se arrepintió de lo que acababa de hacer, e intentó disimular.

—Quiero decir —dijo con su voz habitual, pero visiblemente agitada y con los mofletes sonrojados—, ¿capullo Rudembrullo? Sí, sí... Es un capullo. Pero yo no le conozco... A ese capullo, si me entiende usted lo que le quiero decir...

Flipando, que no era tonto, asió un tabuco y apuntó a la anciana.

—Así que eres Rudembrullo en persona —dijo Flipando.

—Tú estás flipando, Flipando —replicó la anciana.

—¿Entonces cómo es que todo el mundo te conoce como la anciana, o la anciana simpatizante? ¿No tienes nombre?

—Claro que tengo nombre —explicó la anciana—, me llamo Rudemb... —su voz cambió nuevamente—. ¡Maldita sea! ¡Qué tonto soy!

El aspecto de la anciana cambió mágicamente, y esta se convirtió en Rudembrullo, envuelto en una negra túnica y con el Orinal de las Tinieblas colgando de su cuello.

—¿Rudembrullo! —exclamó Flipando.

El siniestro personaje profirió una sonora carcajada. El presidente disparó el tabuco, pero a un gesto de Rudembrullo, los perdigones se convirtieron en zurullos de gaviota.

—¿Qué asco! —exclamó Rudembrullo—. Me he vuelto a equivocar de hechizo.

—Así que tú has estado siempre a nuestro lado —dijo Flipando.

—Claro, querido hermano. ¿Qué haríais vosotros sin mí?

—Tú mataste a nuestros tres hermanos.

—Bueno, no hay que subestimar la capacidad que tiene mi orinal para provocar accidentes, modificar la trayectoria de vuelo de las gaviotas cornudas o influir en los corazones de las gentes.

—Entonces estabas aquí para matarme a mí también, ¿verdad? —dijo Flipando.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo —informó Rudembrullo, señalando el piano de Flipando—. Morirás aplastado por ese acordeón gigante.

Después de que Rudembrullo hiciera unos grotescos movimientos con las manos, un rollo de papel higiénico salió disparado del baño y colisionó violentamente contra la nuca de Flipando, que cayó al suelo debido, más que nada, al susto.

—¡Mierda, otro fallo! —exclamó Rudembrullo.

Flipando, que había caído casualmente al lado de su saco de zurullos de gaviota, introdujo la mano en él y lanzó un puñado de materia fecal a Rudembrullo. Este, con una siniestra sonrisa de prepotencia, hizo un leve gesto con la mano, e instantáneamente los zurullos se convirtieron en

perdigones de plomo, que fueron a incrustarse directamente en su nalga izquierda.

—¡La puta de oros, cómo duele! —indicó Rudembrullo—. ¡Ahora sí que la he cagado!

Viéndose en desventaja, saltó por la ventana de la casa, rompiendo los cristales, con tan mala suerte que cayó justo sobre su nalga herida y se clavó no menos de 12 cristales en tan magullada parte. Gritando de dolor, se levantó como pudo y, haciendo un leve gesto con su nalga buena, se esfumó en el aire, gritando:

—¡Tienes dos meses! ¡Ay, mi culo!

Vitrina de cristal

Embelesado con las hélices del avión, Jarrison se quedó dormido contra el cristal de la ventanilla. A medida que su cara iba deslizándose lentamente hacia abajo, su semblante era cada vez más extraño. Un pollobuitre plateado que surcaba los cielos con gracia creyó reconocer en Jarrison a su bisabuela Engrocia, con lo que se posó como pudo sobre el ala del avión, gritando a Jarrison:

—¡Abuela! ¿Por qué tiene usted esa cara de cochinabo? ¿Qué le han hecho estos humanos?

Jarrison despertó sobresaltado por los graznidos, lo cual sobresaltó al pollobuitre, el cual se quedó dormido contra el cristal de la ventanilla. A medida que su cara iba deslizándose lentamente hacia abajo, su semblante era cada vez más extraño. Jarrison creyó reconocer a su padre, con lo que se puso a gritar:

—¡Padre! ¿Qué hace ahí fuera, hombre? Bájese de ahí ahora mismo, que es peligroso.

El pollobuitre despertó sobresaltado por los gritos, lo cual sobresaltó a Jarrison, el cual se quedó dormido contra el cristal de la ventanilla.

El piloto se dirigió hasta el asiento que ocupaba Jarrison, y se dirigió a él en estos términos:

—¡Oiga usted, imbécil! Como se le ocurra deslizar la cara lentamente hacia abajo otra vez le esparzo el cerebro sobre una tostada de pan integral. ¿Estamos? ¿Pero no ve cómo me lo está dejando todo de mocos?

—Claro —respondió Jarrison—, ya decía yo que las montañas estaban muy verdes para ser invierno. Se lo agradezco mucho —dijo mientras abrazaba al piloto—. Me ha salvado usted la vida.

Cuando el aeroplano iniciaba la fase de aproximación al aeropuerto de Granciw, Jarrison divisó a lo lejos el hotel «el Pogcholow» de Ronchascalvas. Incluso reconoció al recepcionista por sus inconfundibles pelillos de la nariz. Esa visión le produjo una cierta añoranza de los felices días que había pasado en ese hotel.

La voz del piloto a través de la megafonía del avión sacó a Jarrison de sus ensoñaciones:

—Damas y caballeros, en breves instantes tomaremos tierra en el aeropuerto de Granciw. Si detectan el más leve movimiento del imbécil hacia la ventanilla tienen mi permiso para arrearle un martillazo en la flóbula epituquial.

Al bajar del avión, Jarrison se dirigió al ala del mismo, en el que se hallaba el pollobuitre, profundamente dormido.

—Tú no eres mi padre —le dijo Jarrison.

El pajarito despertó sobresaltado, y al ver a Jarrison frente a él, tuvo tanto pánico que se quedó dormido contra el cristal de la ventanilla.

—Qué comportamiento más absurdo —observó Jarrison, mientras masticaba con las fosas nasales la punta de su bota—. Pero al mismo tiempo, qué elegancia sin par...

Durante su estancia en Granciw, el explorador estuvo, como siempre, intentando hallar algún rastro del Orinal de las Tinieblas. Había conseguido un permiso especial para registrar los antiguos edificios oficiales de la Gran República Continental: el antiguo Alto Tribunal de Justicia Suprema Superior y el antiguo parlamento. Terminó su búsqueda en dos semanas. Por desgracia, lo más interesante que encontró en el primero de los edificios fue un esqueleto fosilizado de fiblatosaurio debajo de una silla, y lo más destacado de su registro del antiguo parlamento fue una

silla que estaba debajo de una señora con gafas.

Una tarde, mientras paseaba por el paseo marítimo de la bella ciudad del Valle de las Grimas, y pensando ya, desanimado, en su próximo regreso a Sopaboba, le pareció recordar haber leído que el presidente Flipando de Gamettos había vivido en una casa de su propiedad y no en un edificio oficial, con lo que si encontraba tal casa podría tener otra oportunidad de hallar un rastro que le condujera hasta el orinal.

Por suerte llevaba el *Tratado de Historia Universal* en su mochila. Quizá contuviera algo de utilidad al respecto:

«Las Montañas del Oeste han sido muy famosas siempre por estar en el oeste, pero también lo han sido por su montañsidad evidente.

Aprovechando, pues, esas dos virtudes que poseían dichas montañas, Flipando de Gamettos se estableció en ellas para fundar una república, que ha sobrevivido al paso de los años, y que ha acabado englobando el planeta entero.

[...]

Por Republicano Decreto se estableció que la residencia oficial del presidente sería la casa de la colina de las pañoñas, cuyo nombre se debía a que era una casa, a que estaba en una colina y a que en esa colina había muchas pañoñas. Si, por ejemplo, hubiera sido una palangana que hubiera estado en un chufle-tufle en el cual hubiera habido numerosos moniatos, entonces estaríamos hablando de la palangana del chufle-tufle de los moniatos. Pero no es el caso. Centrémonos pues en la casa de la colina de las pañoñas.

[...]

Cuando el gobierno de la república se trasladó a Sopaboba, la casa de la colina de las pañoñas dejó de cumplir la función de residencia del presidente, y fue vendida a la familia de Gamettos por un módico precio. Posteriormente, los de Gamettos vendieron la casa a la familia de Palettos por un considerable dineral. Aún así, los de Palettos se dieron con un canto en los dientes. Al ser vistos, alguien les preguntó:

—¿Por qué os dais con un canto en los paletos, de Palettos?

No se sabe exactamente qué respondieron estos, aunque es un asunto que ha generado mucha polémica. Fluttesplonch realizó su tesis doctoral acerca de este tema. Es el mayor trabajo al respecto, seguido de cerca por la obra de Fluttocamp, que solo tiene 2 páginas menos. Los dos autores no se ponen de acuerdo en sus conclusiones, pero existe una tesis doctoral, la de Fluttiverdur, que dice que Fluttesplonch y Fluttocamp no se ponen de acuerdo porque el primero afirma que a su abuelo le robó una vaca el abuelo del segundo. Aunque al final de su tesis, Fluttiverdur reconoce ser parte implicada en la disputa, pues al parecer la vaca era su abuela.

Con el paso del tiempo, la casa de la colina de las pañoñas quedó integrada en el casco urbano de Granciw, y sigue siendo propiedad de la familia de Palettos.»

Jarrison recuperó el ánimo. Solo tenía que encontrar la casa. Vio a tres ancianos que estaban sentados en un banco opinando en voz alta acerca de todo. Su técnica era muy simple: cada vez que oían una opinión, decían a coro: «Sí, sí, sí». Y cada vez que oían un «sí», daban tres opiniones. Lo bueno de esa técnica es que les ocupaba todo el día. Lo malo era que se les acumulaba más y más trabajo pendiente.

Jarrison se acercó a ellos y les preguntó acerca de la casa. Los hombres dejaron de hablar de inmediato, y sonrieron al forastero. Uno de ellos se levantó y le dijo:

—No te preocupes, muchacho, voy por ella.

—¿Pero no sería mejor que fuera yo? —preguntó Jarrison, extrañado.

—No, muchacho, no es necesario, espera aquí.

El hombre se fue y sus dos compañeros se quedaron sentados sonriendo a Jarrison. Minutos más tarde, el hombre regresó y entregó un objeto al explorador.

—¿Qué es esto? —preguntó Jarrison.

—Pues lo que buscabas —respondió el hombre—. La palangana del chufle-tufle de los moniatos. ¿No es lo que querías?

—Pues no —dijo Jarrison.

Los hombres volvieron a sonreír al explorador, pero esta vez a bastonazos.

Cuando se hubo liberado de los tres ancianos, Jarrison volvió a preguntar por la casa a un lugareño que no tenía ni idea de dónde estaba, aunque por suerte le indicó bien. Lo cierto es que no sabía cómo iba a hacer para registrar la casa. Ninguna familia en su sano juicio permitiría que un extraño registrara su casa así porque sí. Pero por probar no perdía nada. Quizá no era una familia en su sano juicio. Quizá estuvieran locos. Quizá habría suerte.

Jarrison llamó al timbre. Abrió la puerta un hombre bajito y regordete que, al ver a Jarrison, empezó a chillar, patalear, revolcarse por el suelo y tirarse de los pelos.

—No ha habido suerte —se dijo Jarrison.

El hombre recobró la compostura.

—¿Qué desea usted? —preguntó.

—¿Yo? Nada —dijo Jarrison para no levantar sospechas.

—Menos mal, pensaba que había venido usted a registrar mi casa. Pero pase, hombre, no se quede en la puerta.

Una vez dentro, el hombre le invitó a limonada con atún. Según le contó a Jarrison, se llamaba Mondadori de Palettos y vivía solo en esa casa desde que sus padres fallecieron.

—Me llamo Mondadori de Palettos —contó Mondadori de Palettos— y vivo solo en esta casa desde que mis padres fallecieron.

—¿No me lo había contado ya? —preguntó Jarrison.

—Que yo sepa no.

Aprovechando un descuido del señor de Palettos, el explorador registró la casa de arriba a abajo, pero no encontró nada que pudiera ayudarlo en su búsqueda.

—Uy, qué descuido más tonto acabo de tener —dijo Mondadori.

—Pues a mí me ha ido la mar de bien.

—Cuánto me alegro, señor.

—Bueno, pues debería irme ya: mi avión sale la semana que viene.

—En ese caso no le entretengo más. Solo lamento que no haya visto usted el saco de mierda.

—¿A qué saco se refiere usted? —preguntó Jarrison.

—Pues al de mierda. ¿No se lo acabo de decir?

—Me refería a que a qué saco de mierda se refiere usted.

—Pues me refiero al saco de mierda que en siendo un saco contiene mierda.

—Lo cierto es que dicho así suena hermoso.

—Entonces, ¿quiere usted verlo?

—Me encantaría.

Resultó que a Jarrison le había quedado una zona de la casa por registrar. La clave de todo era una tapadera de jarrón que había en el comedor. Debajo de dicha tapadera había un jarrón, debajo del cual había un tapete, debajo del cual había una mesa, debajo de la cual había una alfombra, debajo de la cual había una trampilla, debajo de la cual había un sótano, debajo del cual

no había nada más. A Jarrison le resultó extraño que estando ese sótano tan abajo, se le hubiese pasado por alto.

Mondadori levantó la trampilla y acompañó a su invitado a través de unas estrechas escaleras hasta el sótano. El explorador quedó maravillado al ver lo que había en el centro de la misteriosa estancia subterránea: una preciosa vitrina iluminada con tres potentes focos, dentro de la cual había un saco de zurullos de gaviota.

—Tenía usted razón —dijo Jarrison—. Es un saco de mierda realmente bonito. ¿Por qué está dentro de esta vitrina?

—Lleva así toda la vida —respondió Mondadori—. Por lo visto esta vitrina la mandó construir el primer presidente de la república. Lea usted la placa, lea.

Jarrison observó una bella placa metálica en la base de la vitrina, que así decía:

«Este saco de zurullos me salvó la vida, y por eso debe ocupar un lugar destacado en esta casa. Fue el arma que me permitió derrotar a Rudembrullo. Sin él yo hubiera sucumbido a su poder. Lamentablemente no pude destruir a mi enemigo. Escapó. Volverá. Con su maldito orinal. Pero le estaremos esperando. Con muchos sacos. De mierda. De gaviota.»

La emoción que sintió Jarrison en ese momento fue indescriptible. Una tontería, en esta ocasión, intentar describirla, pues fracasaríamos estrepitosamente en el intento. En todo caso, por fin había encontrado el explorador una auténtica pista acerca del paradero del Orinal de las Tinieblas: lo tuvo Rudembrullo.

Después de todo, el viaje a Granciw había resultado un verdadero éxito. Debido a esta hazaña de Jarrison Gaitasoplas, a partir de ese momento los exploradores de todo Monchu no se deseaban suerte unos a otros, sino que se deseaban «mucho mierda». Otros colectivos copiaron la idea, pero lo hicieron sin conocer la verdadera historia.

Pensando en esta victoria, y ya en el avión de regreso a Sopaboba, Jarrison se quedó dormido. Unos graznidos le despertaron.

—¡Padre! —exclamó.

Castillo sepulcral

Durante el viaje a las Islas Rundasgurdas, Rudembrullo se fue familiarizando con el orinal. Al principio podía realizar solamente magia muy rudimentaria y básica, pero a medida que avanzaba en su camino, el dominio que adquiriría del amuleto era más y más preciso, de tal modo que la última parte de su viaje, desde la costa del continente hasta la Gran Rundasgurda, lo hizo andando sobre el mar.

Los habitantes de las islas eran algo analfabetos, incluso para esa época, pero eran altamente amables y hospitalarios. No caían demasiado bien a los continentales porque su extraña manera de hablar provocaba a veces malentendidos que no se entendían bien. Cuando los rundasgurdeses vieron llegar a Rudembrullo, uno de ellos se acercó a él y, en tono amable, le preguntó:

—¿Tú ere un joputa?

Rudembrullo, que vio la ocasión ideal para probar su rayo pulverizador, hizo un leve gesto con el dedo índice de la mano izquierda y siguió su camino. Le salió al paso otro hombre, que le preguntó:

—¿Pu qué a redusío a senisa a mi migo Manué?

En esta ocasión, Rudembrullo pudo probar su radiación exterminadora. A continuación, y aprovechando que le salía al paso otro hombre, probó su campo desatomizador. Y así, estuvo probando su aura de destrucción malosa, su campana de fuego mortal, su remolino del terror, su lluvia arrasadora, su soplido demoñaco, su coscorrón con los nudillos, su zarpazo de tigrepulga, su puñetazo ultrasónico, su coz megatónica, su guantazo supersónico, su colleja letal, su rodillazo desintegrador, su pedorreta huracanada y su revés cruzado a dos manos.

Después de haber dejado un rastro de muerte y destrucción por donde pasó, otro isleño le salió al paso.

—Uiga —dijo a Rudembrullo—, usté, a traenno un menzake de pas i speransa no a veníu, ¿no?

Después de probar su codazo triturador, Rudembrullo decidió establecerse en el punto más elevado de la isla, el Monte Etnom, donde en cuestión de minutos creó un tétrico castillo utilizando la magia del orinal. Un isleño jorobado se le acercó y le dijo:

—Majico la quedau el difisio, maetro. ¿Nesita un yudante jurubau?

Rudembrullo reflexionó un instante.

—Pues no me iría mal —respondió al isleño—. Será un placer que entres a mi servicio.

—¿Pa qué? —preguntó el jorobado—. No te go pipís ni cacas.

—Me refiero a que empieces a ser mi criado.

—Aura sí.

—¿Ahora sí qué? —preguntó Rudembrullo empezando a pensar en su cornada atómica—.

¿Ahora sí lo entiendes?

—Aura sí te go pipís.

—Bueno, entonces entra a mi servicio.

—Era borma, no te go pipís.

—Muy bien —dijo Rudembrullo agitando el cuerno.

—Tego cacas.

—¿Cómo te llamas, ser deforme?

—No, Sedifome e mi pirmo. Yu mi lamo Sanacondrias.

—Pues estimado Sanacondrias, te ordeno que me dejes en paz un rato. Mientras tanto revolotea por el castillo.

—A la onen —dijo Sanacondrias entrando al castillo para revolotear por él.

Rudembrullo estuvo muy ajetreado a partir de ese momento. Meses de agotadora actividad siguieron en el castillo. Mediante tenebrosos trabajos de magia negra creaba seres monstruosos que guardaba en el sótano de la torre oeste. Su fuerza era descomunal. Y Rudembrullo los preparaba y entrenaba para el combate. Lo más difícil era enseñarles a lavarse los dientes después de las comidas, pero, por lo demás, eran seres obedientes y absolutamente sometidos a la voluntad de Rudembrullo y Sanacondrias.

Rudembrullo perfeccionó el hechizo de transformación en muy poco tiempo. Así, se convertía de vez en cuando en anciana simpatizante y se iba de la isla durante largas temporadas, en las que Sanacondrias se encargaba de guardar el castillo y cuidar a los monstruos.

En una ocasión, Rudembrullo regresó cojeando y con una nalga ensangrentada. Su mirada de ira era tan feroz que espantó incluso a una niña de cuatro años que se cruzó en su camino saltando alegremente.

—Maetro —dijo Sanacondrias a Rudembrullo—, ¿que la pasau ne culo?

—Sanacondrias —respondió Rudembrullo—, prepara a los muchachos. La hora se acerca... ¿Están terminados los barcos?

—Baco to teminau, zí.

—¿Están forjadas las armas?

—Ta to fujau, maetro. La pada, lo cudo, la cota maia, lamadura, la lansa, lo fuli zurtu i lo bacúa.

—¿Fusiles de asalto? ¿Bazucas? —preguntó Rudembrullo—. ¿Qué es todo eso?

—Umbento mío —dijo orgulloso el criado.

—Pues déjate de inventos inútiles. Que yo sepa no te he pedido nada de eso. Tira todas tus tonterías y arma a los chicos. Marchamos sobre la república.

—Pobale —asintió Sanacondrias a regañadientes—. ¿A cora zalimu?

—Ahora mismo —informó Rudembrullo con un brillo aterrador en los ojos.

Dos meses más tarde, los cuernos de alarma resonaban en Granciw. Una gran nube negra se acercaba por el oeste. Miles de soldados monstruosos avanzaban hacia la ciudad, arrasando todo lo que encontraban a su paso. El presidente Flipando de Gamettos salió al balcón del parlamento para tranquilizar a su pueblo.

Pero cuando salió vio que el pueblo ya estaba tranquilo, así que volvió a entrar.

—Menos mal, porque hace un frío que te arruga el fluppeth —se dijo.

Mientras tanto, en un par de tumbonas instaladas en la piscina del tétrico castillo de Rudembrullo, este y su fiel criado se encontraban atareados tomando unos refresquitos.

—¿Crees que los muchachos habrán llegado ya? —preguntó Rudembrullo a Sanacondrias.

—Po tupueto, maetro. A eta ora ia brán tumau i podel di la dipública.

—Esperaremos unos días para asegurarnos de que han terminado el trabajo, y entonces nos presentaremos en Granciw y ocuparemos el puesto que nos corresponde.

—¿Y qui pueto etete? —preguntó Sanacondrias.

—Voy a ser el nuevo emperador de Monchu.

—¿Iyo qui pueto vitenel?

—Lo que tú quieras, estimado idiota.

—Pu io quero ze it menitro do finanzi u icunomía.

—Hecho —asintió Rudembrullo.

Al cabo de tres días, y cuando se disponían a iniciar la marcha hacia la república para tomar posesión de su nuevo imperio, los cuernos de alarma resonaban en la Gran Rundasgurda. Una gran nube negra se acercaba por el este. Miles de soldados monstruosos avanzaban arrasando todo lo que encontraban a su paso. Rudembrullo salió al balcón de la torre norte para ver de qué se trataba. Lo que vio le llenó de terror, y además tuvo algo de miedo.

Sus muchachos, los monstruos que él mismo había creado, marchaban imparables hacia el castillo.

—A lu mijó san dejau algu y vulven a buscalu —dijo Sanacondrias, intentando tranquilizar a Rudembrullo.

—No puede ser —suspiró Rudembrullo boquiabierto.

—¿Pu qué nu pussé?

—¡Mira quién va a la cabeza!

Sanacondrias se fijó bien en el personaje que encabezaba el ejército de Rudembrullo. ¡Era ni más ni menos que el presidente Flipando de Gamettos!

Los monstruos derribaron fácilmente los portones del castillo e invadieron la plaza de armas.

—¡El orinal! —exclamó Rudembrullo—. ¡Lo tengo en la torre sur!

Pero ya era demasiado tarde. Los monstruos estaban entrando por todos los rincones del castillo. Rudembrullo y Sanacondrias estaban acorralados en la torre norte. Y sin el orinal. Encerrados en el aposento más elevado de la torre, esperaron su fin con dignidad mientras se hacían pis encima. Las tenebrosas criaturas subieron las escaleras de la torre hasta arriba y empezaron a aporrear la puerta de la estancia.

—¡No hay nadie! —intentó despistarles Rudembrullo.

Y debió de funcionar, pues en ese mismo instante cesaron los golpes. El silencio más absoluto inundó el castillo.

Pero poco duró. Un nuevo golpe, poderoso y seco, acabó derrumbando la puerta, para revelar una terrorífica estampa: una jauría de tenebrosos seres, inmóviles, que miraban fijamente a Rudembrullo.

—Hombre, ¿ya habéis vuelto? —les preguntó Rudembrullo, como si no pasara nada—. ¿Qué tal ha ido todo, mis niños?

En ese momento, los monstruosos humanoides dejaron paso a alguien: Flipando avanzó lentamente entre ellos. Entró en la estancia.

—No te hagas el tonto, Rudembrullo —dijo el presidente de la república—. Tus criaturas ya no te obedecen. Están a mi servicio. Y no intentes ningún truco, o se abalanzarán sobre ti y te cortarán a trozos. Y eso duele.

—Ten piedad de mí —suplicó Rudembrullo, postrado a los pies de Flipando.

—No voy a matarte —informó el presidente—. Pero permanecerás encerrado en esta torre hasta el fin de tus días. ¿Tienes alguna petición especial?

—Sí —respondió Rudembrullo—. Que el menú del mediodía sea rico en olivoelementos y grácidos vasos polimegainsaturoides con aceite de alfalfa romero.

—Tomo nota —dijo Flipando—. Pero debes saber que voy a organizar un referéndum, tras el cual las Islas Rundasgurdas pasarán a formar parte de la Gran República Monchiana.

—Io pudrida ze it menitro do finansi u icuonomía, ziño pilsidete —sugirió Sanacondrias a Flipando.

—Tú cállate, isleño. Tu lugar es junto a tu amo. Permanecerás aquí hasta tu muerte.

—¿I zi no mi morro? —preguntó Sanacondrias.

—Entonces permanecerás aquí mientras vivas.

Rudembrullo no pudo más y, con lágrimas de desesperación intranquila en los ojos, preguntó a Flipando:

—¿Cómo has conseguido volver a mis criaturas contra mí?

—Muy sencillo —contestó el presidente—. Les he prometido un puesto de trabajo en la Administración de la república, con una remuneración muy alta.

—¡Pero si no están cualificados! —gritó Rudembrullo.

—No importa —dijo Flipando—. No se les va a exigir absolutamente nada. Ni siquiera la presencia en el puesto de trabajo. Pueden estar en su casa, irse a pasear por el campo, recoger flores silvestres, pintar acuarelas o lo que quieran.

—¡Corrupto! —gritó Sanacondrias.

—A estos isleños no se les entiende una palabra —lamentó Flipando, marchándose con sus nuevos funcionarios.

Al poco tiempo, y tal como había profetizado el presidente, las Islas Rundasgurdas pasaron a formar parte de la república. Rudembrullo y Sanacondrias pasaron el resto de sus días encerrados en la torre norte del castillo.

Rudembrullo no paraba de darle vueltas al hecho de tener el Orinal de las Tinieblas tan cerca y no poder usarlo. Por lo menos le quedaba el consuelo de que era prácticamente imposible que lo encontrara nadie, ya que lo había guardado en su escondrijo seguro de la torre sur.

Objeto letal

Había sido un largo viaje hasta la bella ciudad costera de Puntapala. Y todavía quedaba lo peor: el barco hasta la Gran Rundasgurda. Jarrison empezaba a mostrar señales de agotamiento, lo cual era perfectamente normal, ya que empezaba a estar agotado. Si hubiera empezado a estar estofado, habría empezado a mostrar señales de estofamiento. Todo iba, pues, según el plan.

El puerto de Puntapala, conocido por el nombre de «Puerto de Puntapala», era un hervidero. El ajeteo era tremendo. La gente iba de acá para allá, subiendo a los barcos y bajando de ellos. Muchos lo hacían por el mero placer de ir de acá para allá, de subir a los barcos y de bajar de ellos.

Jarrison esperaba que anunciaran el embarque de su buque, o el embuque de su barco. Hacía muchos años que no pisaba las Rundasgurdas, probablemente porque hacía muchos años que no iba.

Sentados cerca de Jarrison había dos hombres que también esperaban ese mismo barco. Uno de ellos era originario de Sopaboba, e iba a la Gran Rundasgurda como turista. El otro era isleño, y regresaba a su casa, también como turista. Este último se dirigió al sopabobense:

—¿Ere uno ijo diputa?

El de Sopaboba se levantó furioso y con la intención de soltar terrible porrazo sin igual al isleño, pero Jarrison dio un ágil salto y evitó la agresión.

—¿Por qué me detiene? —preguntó el hombre—. ¿No ve que me ha insultado este isleño?

—Buenas tardes —respondió Jarrison—. Me llamo Jarrison Gaitasoplas, y quisiera informarle de que iba usted a cometer un grave error.

—Buenas tardes —saludó el hombre—. Me llamo Mosco Revlot y quisiera preguntarle en qué se basa usted para afirmar tal afirmación, ya que este humano me ha insultado.

—Ese es el error, estimado compañero —dijo Jarrison—. Este isleño no le ha insultado en absoluto.

—Pues yo he oído varias insulteces salir de su boca —insistió Mosco.

—Le informo de que lo que ha dicho el señor es: «¿Quiere un poquito de fruta?» —informó Jarrison.

—¿Es eso cierto? —preguntó Mosco al isleño, que asintió con la cabeza y con el omóplato central.

El señor Revlot se disculpó con el rundasgurdés, que aceptó las disculpas de buen grado. Tanto fue así que, para demostrar que le había perdonado, le dijo:

—Pue ere er mardito joputas, tú a ti uelei tú la perte er cuchina subaco, degrasiá tu padrre.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mosco a Jarrison, el cual tradujo sin vacilar:

—Ha dicho: «¿Qué quiere? He traído dos frutas: una ciruela y una pera; es comida muy baja en grasa unttable».

Finalmente, el isleño entregó de corazón su ciruela a Mosco, y tres segundos después se inició una gran amistad.

Algunas horas más tarde, Jarrison se hallaba en su camarote del opulento buque «Surka Kessurka». Los días que duró el viaje los pasó descansando de sus fatigas. Aprovechó, sin embargo, para releer los capítulos del *Tratado de Historia Universal* que más le podrían ser de utilidad para su próxima misión:

«Se desconoce exactamente por qué el presidente de Gamettos creó el cuerpo de

funcionarios PLAM (Productividad Limitada Al Mínimo). Lo único que se sabe de dichos funcionarios es que no debían ser muy agraciados, ya que fue en esa época cuando nació la frase hecha “eres más feo que un plam”. En todo caso, parece que jugaron un papel, todavía no esclarecido, en la democratización de las Islas Rundasgurdas.

[...]

Rudembrullo falleció el mismo día de su muerte, tal y como había profetizado él mismo dos meses después. El castillo de Rundasgurdas, en cuya torre norte había sido recluido Rudembrullo, fue clausurado. Sin dar muchas explicaciones, el presidente promulgó una ley que, entre otras cosas, prohibía a todo ciudadano acercarse a menos de 2 milímetros del castillo. Al ser preguntado acerca de tal prohibición, se limitó a decir: “Un gran mal se encierra en ese castillo; dejaremos que duerma allí para siempre”.»

Estaba claro. Ese gran mal tenía que ser el orinal. El presidente sabía de su existencia, tal y como demostraba la bella placa del saco de mierda. Y también sabía que, tras la muerte de Rudembrullo, el amuleto seguía dentro del castillo. Jarrison siguió leyendo:

«La prohibición ha perdurado hasta nuestros días. Hubo muchos intentos en el pasado de derogar esa ley, pero por una cosa o por otra nunca se hizo nada al respecto. Normalmente era por una cosa, pero alguna vez fue por otra. El mayor éxito al respecto fue la del antiguo presidente Roddoflo Alparagatia que, si bien no consiguió levantar la prohibición, por lo menos estableció a la mitad la distancia mínima a la que podía acercarse uno al castillo.»

Jarrison estaba inquieto. Sabía que había mucho en juego. Si le descubrían entrando en el castillo su carrera podía irse al traste. Pero si tenía éxito le esperaban la fama, la gloria y las risas. Y medio millón de tipitipis.

Finalmente, una soleada mañana, el «Surka Kessurka» llegó a la Gran Rundasgurda. El explorador pasó ese día por los alrededores del castillo, reconociendo el terreno, entre turistas. Nadie osó traspasar el perímetro de seguridad, establecido ahora en un milímetro alrededor de las murallas.

Esa noche, cuando no quedaban ya visitantes deambulando por los alrededores, Jarrison volvió al castillo, equipado para intrusiones furtivas. Utilizando su jinflador de paratapias jinfló una paratapia, con la cual pudo acceder al primer crabesplanque de la muralla. En el crabesplanque insertó un furgador de Thompson, al que ató fuertemente una cuerda de paraticlato. Montó el otro extremo de la cuerda en un reflanzador electrónico, el cual reflanzó la punta y, mediante la técnica de bolumardo singular, la lanzó por los aires con gran fuerza. Al estar el extremo de la cuerda reflanzado, esta quedó adherida a la muralla, a pocos metros de las colmenetas. Jarrison trepó por la cuerda hasta llegar al extremo adherido, momento en el que, utilizando los churrascladores de guante franco, subió a pulso el corto tramo que le quedaba hasta la cima de la muralla. Agarrándose a una colmeneta, dio por finalizada la primera parte de la intrusión furtiva. Ya estaba dentro.

Encendió una antorcha y bajó unas escaleras que daban al patio de armas. Le quedaban escasas cuatro horas hasta que empezara a clarear, con lo que debía darse toda la prisa que pudiera. Sacó de su mochila su juego de ganzúas y jugó un rato con ellas. Luego se dirigió a la torre norte, donde había vivido Rudembrullo sus últimos años. Después de registrar la torre varias veces, se dio por vencido. Ya no sabía qué hacer, así que para pasar el rato hasta el amanecer se puso a registrar la torre este, la torre oeste, la torre noreste, la torre sudeste, la torre noroeste y la torre suroeste. Nada interesante encontró en ellas.

Todavía le quedaban tres cuartos de hora. Y lo había registrado todo excepto la torre sur. ¿Qué podía hacer durante ese tiempo? Un cuarto de hora después tuvo una brillante idea: ¿por qué

no registrar la torre sur?

Así pues, entró en la torre. Le extrañó sobremanera el frío que hacía dentro. Además, una tenue neblina invadía el interior. Sin embargo, no le dio más importancia y se puso a registrar, que era lo suyo. Registró todas las estancias de la torre. Finalmente, solo le quedó por registrar el escondrijo seguro que había tras una diminuta puerta en el sótano. Era un escondrijo muy seguro, ya que estaba tapado con unas hermosas cortinas de flores. Pero Jarrison, muy acostumbrado a este tipo de enigmas, recorrió las cortinas con suma facilidad y abrió la puertecita.

Unas estrechas escaleras bajaban hacia lo desconocido. Jarrison extendió la mano con la antorcha hacia abajo, pero no conseguía ver el final, así que inició el descenso. Era curioso cómo el frío se hacía más y más insoportable a medida que iba bajando. Diez minutos después, que al explorador le parecieron once, llegó al final de la escalera. Esta desembocaba en una diminuta estancia excavada de mala manera. En el centro de la misma había una mesa. Sobre la mesa había un objeto.

Jarrison se acercó, y al verlo, se preguntó:

—¿Qué hace esta mesa debajo del Orinal de las Tinieblas?

Estuvo largo rato meditando sobre esta cuestión y no llegó a ninguna conclusión. Así que dirigió su atención al objeto que había sobre la mesa que estaba debajo del Orinal de las Tinieblas. Y, para su sorpresa, resultó ser el Orinal de las Tinieblas. Rebosante de euforia gritó:

—¡Ja!

Después de guardar el orinal en su mochila, salió a toda prisa de la torre sur. El cielo empezaba a mostrar sus primeros tonos azules, así que redobló su velocidad de fuga. Bajó la muralla por el mismo sitio que había subido, recogió todo su material y se fue cojeando, con la lengua fuera y con un dedo en la oreja para no despertar sospechas.

En el barco de regreso coincidió con Mosco Revlot. Cuando la embarcación iniciaba su marcha, Jarrison vio en el puerto al isleño que habían conocido en el viaje de ida.

—Mire, Mosco, su amigo isleño.

Mosco saludó al rundasgurdés agitando la mano.

—¡Adiós, amigo isleño! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Cagong tupare! ¡Ta la mierda! —respondió el amigo isleño, también con todas sus fuerzas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mosco a Jarrison, esperando la pertinente traducción.

—Básicamente —explicó el explorador—, el amigo isleño acaba de mandarle a la mierda, no sin antes verter, en sentido figurado, una porción indeterminada de materia fecal sobre el progenitor de usted.

—Será una costumbre de aquí —dijo Mosco, emocionado.

Tiene el orinal

El teléfono del despacho sonó en timbreando. El doctor Spinacca se sobresaltó de tal modo que empezó a limarse las uñas de los pies bruscamente con un abrecartas de los que sirven para rasgar sobres. Terminada esta maravillosa operación, gritó al límite de sus fuerzas.

—¡Reposita!

La secretaria se sobresaltó de tal modo que empezó a limarse las uñas de los pies bruscamente con un rasgasobres de los que sirven no se sabe muy bien para qué. Terminada esta maravillosa operación, la pobre chica entró a tal velocidad en el despacho de su jefe que, al frenar, se le desflatulizaron los gumbreles.

—Dígame, doctor —dijo Reposita amablemente.

—¿Por qué campanillea el teléfono en repicando?

Después de unos instantes, y ya con los gumbreles reflatulizados, la secretaria respondió:

—Yo se lo preguntaría al que está llamando. Él debe de saberlo.

—Buena idea —coincidió el catedrático, descolgando el auricular—. Puedes retirarte, Reposita.

—Se confunde usted —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Estoy seguro de lo que digo —replicó el doctor.

—¿Es usted el doctor Spinacca? —preguntó la voz.

—De eso ya no estoy tan seguro.

—No me sorprende, aunque me alegra, y al mismo tiempo no me sorprende. ¿Comprende lo que le digo?

—¿Y quién no?

—Entonces perdone el atrevimiento.

—Atrévase pues, y le perdonaré —indicó el doctor.

—Soy Jarrison —dijo Jarrison.

—Lo sé —replicó el doctor—. No le había reconocido.

—Entonces sabrá dónde estoy.

—Lo sé perfectamente. Está usted al otro lado del teléfono. ¿Me equivoco?

—Se equivoca totalmente y, sin embargo, es absolutamente cierto lo que dice.

—¿Está usted seguro de que lo digo yo? —preguntó el doctor, algo molesto por el tacto de las uñas de sus pies.

—Estoy completamente inseguro de ello —reconoció Jarrison.

—Entonces podemos dar por iniciada esta conversación, ¿está usted de acuerdo?

—No me acuerdo —respondió Jarrison.

—¿Qué se le ofrece, estimado amigo? ¿Cómo va su investigación?

—Tengo el orinal —informó orgulloso el explorador.

—Me refiero a cuál es el estado de su misión.

—Tengo el orinal.

—No sé si me comprende. Lo que yo quiero saber es si está usted cerca de encontrar ya el orinal.

—Tengo el orinal.

—No comprendo por qué no quiere decirme cómo andan sus pesquisas.

—Tengo el orinal.

—Es porque no quiere decir nada el respecto por teléfono, ¿verdad?

—Claro —dijo Jarrison—. Podría haber alguien escuchando. Reunámonos en la cafetería «Le café de merde». ¿Le parece?

—Me parece absolutamente impropio, y más a estas horas —opinó el doctor—. Así que nos vemos en la cafetería «Le café de merde» ahora mismo.

—Tengo el orinal —dijo Jarrison.

—Hasta ahora, pues —se despidió el doctor.

«He estado a punto de decirle que tengo el orinal. Menos mal que he conseguido mantener el pico cerrado», pensó Jarrison.

En el momento en que el doctor acababa de salir por la puerta, su hija Reposita hizo una misteriosa llamada telefónica:

—He oído una conversación entre mi padre y el explorador Gaitasoplas. No le ha querido decir nada, pero me da la impresión de que tiene el orinal.

En la terraza de la cafetería «Le café de merde» Jarrison esperaba con impaciencia, mientras se tomaba un batido de hamburguesas de vacamocho. El doctor llegó sofocado y se sentó con el explorador.

—¿Qué es eso tan misterioso que no me ha querido contar por teléfono? —preguntó el doctor.

—Pues eso —respondió Jarrison.

—¿No me diga! ¿Lo tiene? ¿Dónde? ¿Dónde?

Jarrison sacó el amuleto de la mochila. El doctor no salía de su asombro, hasta que Jarrison le pidió:

—Oiga, salga ya de su asombro.

El catedrático salió de su asombro, aunque permaneció asombrado.

—Hay que mostrárselo al decano —dijo.

Pocos minutos después, los dos hombres llamaban a la puerta del despacho del señor Urbet Orbi.

—¡Adelante! —indicó el decano.

—Decano —dijo el doctor Spinacca, entrando en el despacho—, le traigo buenas noticias. Este es Jarrison Gaitasoplas —señaló al explorador—. Le trae una cosita.

—¿Qué cosita me trae usted, señor Gaitasoplas? —preguntó Urbet.

—Tengo el orinal —dijo Jarrison.

—¿No me quiere decir lo que me trae? —preguntó el decano.

—Es muy reservado —aclaró el doctor—. A mí tampoco me lo quería decir.

—Bueno, pues siéntense, e intentemos aclarar esta desagradable situación que tanto me agrada —dijo el señor Orbi sin terceras intenciones.

Los tres hombres se sentaron.

—Bien —dijo el decano mirando a Jarrison—. Ahora veamos de qué se trata.

Jarrison sacó el Orinal de las Tinieblas de su mochila y lo mostró al señor Orbi.

—Esto es el Orinal de las Tinieblas —dijo—. Lo encontré en la Gran Rundasgurda, y se lo he traído a ustedes tal como me pidieron.

—Señor Gaitasoplas —dijo el decano—, como no me quiere contar usted qué es lo que ha venido a darme, me veo en la obligación de pedirle al doctor Spinacca que me aclare este asunto él mismo.

—Con mucho gusto —dijo el doctor, señalando el orinal que sostenía Jarrison—. Esto es el Orinal de las Tinieblas. Lo encontró en la Gran Rundasgurda, y nos lo ha traído a nosotros tal

como le pedimos.

El decano no salía de su asombro, hasta que el doctor Spinacca le pidió:

—Oiga, salga ya de su asombro.

El señor Orbi salió de su asombro, aunque permaneció asombrado.

—Hay que mostrárselo al alcalde —dijo.

Pocos minutos después, los tres hombres llamaban a la puerta del despacho del alcalde Sonso Cantibaily.

—¡Adelante! —indicó el alcalde.

—Alcalde —dijo el señor Orbi, entrando en el despacho—, le traigo buenas noticias. Este es Jarrison Gaitasoplas —señaló al explorador—. Le trae una cosita.

—¿Qué cosita me trae usted, señor Gaitasoplas? —preguntó Sonso.

—Tengo el orinal —dijo Jarrison.

—¿No me quiere decir lo que me trae? —preguntó el alcalde.

—Es muy reservado —aclaró el decano—. A mí y al doctor tampoco nos lo quería decir.

—Bueno, pues siéntense, e intentemos aclarar esta agradable situación que tanto me desagrada —dijo el señor Cantibaily sin octavas intenciones.

Los cuatro hombres se sentaron.

—Bien —dijo el alcalde mirando a Jarrison—. Ahora veamos de qué se trata.

Jarrison sacó el Orinal de las Tinieblas de su mochila y lo mostró al señor Cantibaily.

—Esto es el Orinal de las Tinieblas —dijo—. Lo encontré en la Gran Rundasgurda, y se lo he traído a ustedes tal como me pidieron.

—Señor Gaitasoplas —dijo el alcalde—, como no me quiere contar usted qué es lo que ha venido a darme, me veo en la obligación de pedirle al señor Orbi que me aclare este asunto él mismo.

—Con mucho gusto —dijo el decano, señalando el orinal que sostenía Jarrison—. Esto es el Orinal de las Tinieblas. Lo encontré en la Gran Rundasgurda, y nos lo ha traído a nosotros tal como le pedimos.

El alcalde no salía de su asombro, hasta que el señor Orbi le pidió:

—Oiga, salga ya de su asombro.

El señor Cantibaily salió de su asombro, aunque permaneció asombrado.

—No hay que mostrárselo a nadie más —dijo—. Y ahora pueden retirarse, no sin antes entregarme el orinal. Yo mismo lo entregaré al director del Museo de Historia para que quede expuesto —se volvió hacia Jarrison—. Gracias. Muy buen trabajo.

—¿Y mis tipitipis? —preguntó este.

En cuanto se hubieron marchado los tres hombres, apareció doña Stova Caburry que, escondida en un cajón del despacho, había seguido toda la conversación.

—¡Mami! —dijo el alcalde, aterrorizado—. Iba a llamarte ahora mismo.

—Lo dudo —replicó Stova, soltándole mayúscula colleja a su hijo—. Menos mal que alguien de confianza me ha informado de que el orinal estaba aquí, porque si no, te lo habrías quedado tú. Ya no me puedo fiar ni de mi propio hijito. ¿Dónde está?

—Estoy aquí —dijo altivo Sonso.

Sopapo tremendo.

—¿Dónde está quién? —dijo algo altanero Sonso.

Bofetón insuperable.

—No me acuerdo —dijo Sonso a medias tintas.

Codazo indescrptible.

—Ya me acuerdo. Pero lo quiero yo —dijo Sonso con bajeza.

Zapatillazo galáctico.

—Bueno, ya no lo quiero, pero ya no me acuerdo otra vez —dijo Sonso por lo bajini.

Rodillazo en los premolares con efecto turbina.

—Bueno, puef ya me acuervo, y abemáf ya no lo quievo —dijo Sonso soterradamente.

El alcalde entregó el amuleto a su madre que, con un terrorífico brillo en los ojos, abrazó a su hijo, agradecida. Fue el abrazo lo que llevó a Sonso al hospital. A lo demás ya estaba acostumbrado.

Golpe imperial

Jarrison despertó desorientado. Tenía el cuerpo dolorido y malestar general. Miró a su alrededor. No estaba en su casa. El lugar era oscuro, húmedo y sucio. ¿Dónde estaba? Lo que resultaba claro era que estaba allí. La pregunta era: ¿allí dónde? Entre la oscuridad distinguió las figuras de otros tres hombres.

—Ya vuelve en sí —dijo uno de ellos, acercándose a Jarrison—. ¿Está usted bien, señor Gaitasoplas? Lleva usted muchos días inconsciente.

El explorador reconoció al doctor Spinacca, cuyo aspecto era deplorable.

—¿Dónde estoy? —preguntó Jarrison.

—De momento —respondió el doctor— sabemos que estamos aquí, pero no sabemos dónde es aquí.

—Nos han apaleado a todos, y además sin buenas intenciones —informó el segundo hombre. Jarrison le reconoció.

—¡Alcalde!

Pero se confundió debido a la oscuridad.

—Se confunde usted debido a la oscuridad —dijo el segundo hombre—. Yo soy el decano Urbet Orbi. El alcalde es ese —señaló al tercer hombre.

Jarrison se acercó al alcalde. Estaba postrado en el suelo, con el cuerpo magullado, con dolores varios, algunos huesos rotos, algunos otros sin romper, y respirando con mucha dificultad.

—¿Quién ha abrazado a este hombre? —preguntó Jarrison.

—Lo último que recuerdo —explicó el alcalde entrecortadamente— es estar tendido en una cama del hospital.

—Sí —confirmó el doctor—. Enseguida lo trajeron aquí.

—¿Aquí dónde? —preguntó el alcalde.

—Esa es la cuestión —respondió el decano.

—Exagera usted —dijo el doctor Spinacca.

Todos miraron a Jarrison, esperando a que dijera algo ingenioso.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Muy ingenioso —dijeron todos al unísono.

—Pues debo reconocer —reconoció Jarrison— que lo he dicho sin pensar. Si quieren puedo decirlo nuevamente, pero esta vez pensando.

Los tres hombres se miraron entre sí y asintieron con las cabezas.

—Yo estoy de acuerdo —dijo el doctor.

—Yo no estoy en desacuerdo —dijo el alcalde.

—Yo no me acuerdo. Pero por mí sí —dijo el decano.

—Entonces queda denegada la propuesta —dijo el explorador, dando saltos de decepción.

En esos momentos, alguien abrió la mirilla de la puerta de la celda. Un hombre les estaba mirando desde el otro lado.

—¡Callaos de una vez! —les gritó.

—¿Quién es usted, buen hombre? —preguntó el doctor Spinacca.

—Soy Manuel Flufaflú —dijo Manuel Flufaflú—. Soy el carcelero de ustedes, y hoy es mi primer día de trabajo. ¿Dirían ustedes que lo hago bien?

—Pues yo creo —indicó Jarrison— que de momento no lo está haciendo nada, pero que

nada mal.

—No, no, nada mal —asintieron los demás.

—¡Callaos de una vez, sacos de mierda! —gritó al límite de sus fuerzas el carcelero.

Los cuatro hombres encarcelados aplaudieron esta intervención inesperada a la par que épica del señor Flufaflú.

—Gracias, gracias —agradeció el carcelero, visiblemente emocionado.

—Señor carcelero —dijo el doctor Spinacca—, ¿podría usted decirnos dónde estamos?

—En las mazmorras del parlamento —respondió Manuel.

—¿Cuántas rodillas tiene un ciempiés? —preguntó el alcalde.

—Querrá usted decir «¿de qué se nos acusa?», ¿verdad? —quiso aclarar el carcelero.

—Sí, sí —aclaró el alcalde—, eso es lo que quería decir. Pero con la migraña que tengo no he elegido bien mis palabras.

—Bueno, en realidad —explicó el señor Flufaflú— yo no sé absolutamente nada sobre el asunto. Únicamente sé que una señora gorda y fea ha derrocado al gobierno de la república y se ha erigido emperatriz de Monchu.

—¡Mi madre! —exclamó el alcalde.

—Y que lo diga —coincidió el decano.

—¡Callaos, ratas miserables! —gritó el carcelero.

Todos aplaudieron.

—Pero siga, siga, buen hombre —pidió el doctor al señor Flufaflú.

—Bueno, como les decía —siguió, siguió, el buen hombre—, yo no sé absolutamente nada sobre el asunto. Únicamente sé que ahora nos gobierna la emperatriz Hapechuga II, y que una de sus primeras órdenes ha sido encerrarles a ustedes cuatro aquí.

—¿Aquí dónde? —preguntó el alcalde.

—¡Callaos, cucarachas infectas! —gritó el de siempre.

Aplauso general.

—Pero díganos —dijo Jarrison al señor Flufaflú—, ¿sabe usted la respuesta a la pregunta del ciempiés?

—Bueno, como les decía —dijo el carcelero—, yo no sé absolutamente nada sobre el asunto. Únicamente sé que al parecer ustedes conocen el secreto por el cual la emperatriz ha alcanzado el poder.

—¡El orinal! —exclamaron los cuatro prisioneros al mismo tiempo.

—¡Callaos, serpientes apestosas! —gritó el carcelero—. El pipí se hace por turnos. ¡Todos a la vez no!

Ovación ensordecedora.

—Y díganos, buen hombre —preguntó Jarrison—. ¿Qué es lo que van a hacer con nosotros?

—Bueno, como les decía —dijo el carcelero—, yo no sé absolutamente nada sobre el asunto. Únicamente sé que mañana al alba serán ejecutados. ¡Y callaos ya de una vez, gusanos viscosos!

El señor Flufaflú cerró la mirilla violentamente, entre los aplausos y vítores de los presos.

—Gracias, gracias —se oyó al otro lado de la puerta.

Jarrison dijo a los demás, en voz baja:

—Creo que tengo el modo de salir de aquí.

—¿De aquí dónde? —preguntó el alcalde.

—Es muy fácil —explicó el explorador—. Solo tenemos que pasar aquí la noche y esperar al alba. Si van a ejecutarnos, no lo podrán hacer aquí dentro, ¿no?

—Por supuesto que no —contestó el decano.
—Pues entonces —prosiguió Jarrison— tendrán que sacarnos de aquí antes.
—Correcto —asintió el doctor.
—Y así es como saldremos de aquí —concluyó Jarrison.
—Muy bien pensado —dijo el alcalde.
—Genial —asintió el decano.
—Una gran idea —opinó el doctor.
—Aunque si lo pensamos bien —indicó el alcalde—, el plan tiene un serio inconveniente.
—¿Qué inconveniente? —preguntó el explorador.
—Hay que esperar al alba para salir —dijo Sonso.
—Correcto —coincidió Jarrison—. ¿Y?
—Pues que me muero por un batido de hamburguesas, y aquí solo nos dan batidos de fresa y chocolate.
—Tiene razón —dijo el explorador.
—El plan no sirve —opinó el doctor Spinacca.
—Es una mierda de plan —coincidió el decano.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el doctor.
—No se preocupen —dijo Jarrison—, tengo un plan «C».
—¿Y qué pasa con el plan «B»? —preguntó el señor Orbi.
—Era el anterior —explicó el explorador—. Nunca hago planes «A».
—Me he perdido —admitió el doctor Spinacca.
—Estamos aquí —le dijo el decano.
—¿Aquí dónde? —preguntó el alcalde.
—Ustedes déjenme hacer y síganme la corriente —les pidió Jarrison.
—¿A qué corriente se refiere? —preguntó el alcalde.
—Exacto —aclaró Jarrison—. Y ahora, si me disculpan, voy a poner en marcha mi plan. —
Se volvió hacia la puerta—. ¡Carcelero! ¡Abra!
El carcelero abrió la mirilla.
—¡Callaos, trozos de estiércol! —gritó—. ¿Qué desea usted?
—Quisiera plantearle algo que no es de mi agrado —respondió Jarrison—, pero que me veo en la obligación de señalar.
—¿Malas noticias? —preguntó el carcelero.
—Me temo que para usted sí.
—¿No será un truco para escapar, verdad?
—¿Por qué lo dice?
—Porque veo a sus compañeros siguiéndole la corriente.
Jarrison miró hacia el interior de la celda y, efectivamente, vio a sus tres compañeros siguiendo la corriente del explorador.
—No es nada —explicó Jarrison—, es un nuevo juego que les he enseñado para acumular tensiones.
—Bien —dijo el carcelero—, si es así le escucho.
—Creo que usted debe dejarnos en libertad, señor —sentenció el explorador.
—¡Cállate, cerdo apestoso! ¿Por qué lo dice?
—Veamos —prosiguió Jarrison—. ¿Usted qué cargo desempeña aquí?
—Pues el de carcelero.
—Correcto. Vamos bien. Ahora contésteme a la siguiente pregunta: ¿qué es un traperero?

—El que se encarga de los trapos.
—Correcto. ¿Y qué es un porquero?
—El que se encarga de los porcós.
—Correcto. ¿Y qué es un caballero?
—El que se encarga de los caballos.
—Correcto. ¿Y qué es un sombrero?
—El que se encarga de las sombras.
—Correcto. ¿Y qué es un trastero?
—El que se encarga de los trastos.

Jarrison hizo una pausa.

—Ahora viene la pregunta más importante. —Hizo una nueva pausa—. ¿Qué es entonces un carcelero?

—El que se encarga de las cárceles —respondió el carcelero, orgulloso.
—Entonces —prosiguió Jarrison—, ¿de qué se encarga usted, estimado carcelero?
—De las cárceles, de las cárceles —dijo el señor Flufaflú cada vez más feliz.
—¿Y dónde estamos ahora? —siguió preguntando Jarrison.
—Pues aquí —respondió el carcelero, siempre eufórico.
—¿Aquí dónde?
—Buena pregunta —opinó el alcalde.
—En las mazmorras del... —empezó a decir el señor Flufaflú.
—¿Mazmorras? —interrumpió Jarrison—. ¿Estamos en unas mazmorras?
—Estamos, estamos —dijo el carcelero.
—¿Y quién se encarga de las mazmorras?

—El mazmorrero, el mazmorrero —respondió, mientras su semblante cambiaba visiblemente. Toda su euforia se esfumó como por arte de magia.

—Como verá —explicó Jarrison—, usted no está cualificado para ocupar este puesto. Y creemos que debe dimitir inmediatamente y dejarnos en libertad como compensación.

—Tiene razón —dijo el carcelero, sollozando—. ¿Qué será de mí ahora? Si la emperatriz descubre que he estado ocupando un puesto para el cual no tenía la formación adecuada, me cortará los frúsbels a rodajas...

—No se preocupe, amigo —le tranquilizó Jarrison—. Tengo una cabaña secreta en el Bosque Tonto donde podemos ocultarnos los cinco, pero debemos salir de aquí ya.

Y así fue cómo Jarrison convenció al carcelero para que les dejara salir de su celda y se uniera a ellos en su peligrosa huida.

Días más tarde, llegaron a la cabaña del explorador, en un oculto rincón del Bosque Tonto. Allí estuvieron recuperándose de sus magulladuras, sobre todo el alcalde, que era el que llevaba más palos encima.

Durante una buena temporada, Manuel Flufaflú, que no sabía absolutamente nada sobre el asunto, les puso al día de todo lo ocurrido en Monchu durante su cautiverio.

Afilando el puñal

La emperatriz Hapechuga II estaba furiosa. ¿Cómo podían haber dejado escapar a esos elementos subversivos? Ahora estaban libres por el imperio, preparados para subvertir de un momento a otro. En la sala del trono imperial del recientemente reformado castillo imperial, también se encontraba Reposita Spinacca.

—Si Su Majestad Imperial me lo permite —dijo esta, con tono enérgico— saldré en su busca con cien hombres.

—Me has servido muy bien hasta ahora, Reposita —reconoció la emperatriz—. Te nombro duquesa de Sabadell.

La duquesa se sintió profundamente agradecida, pero no quiso dar señales de debilidad delante de Su Majestad Imperial, con lo que se limitó a llorar de alegría como una niña pequeña durante menos de seis minutos.

—Ahora ve a por ellos —ordenó la emperatriz.

Mientras tanto, en la cabaña del Bosque Tonto, los cinco fugitivos estaban plenamente recuperados. Manuel Flufaflú les había contado que la madre del alcalde, mientras su hijo yacía en el hospital, se había presentado en el ayuntamiento y había convocado un pleno urgente. Mediante misteriosas muestras de fuerza, los 1.500 concejales se habían plegado a su voluntad y se habían unido a su causa. Al parecer les tenía aterrorizados desde hacía ya varios años. Y ahora que poseía poderes extraordinarios ninguno se había atrevido a desobedecer. El resto había sido fácil. Se había dirigido al parlamento con su ejército de concejales, armados con bolígrafos de punta fina y grapadoras letales, y habían tomado el poder de la república a punta fina, convirtiéndola en imperio.

El relato del señor Flufaflú dejó estupefactos a los demás.

Discretamente ataviados con hábitos de monje, los cinco hombres decidieron comprobar por sí mismos cómo andaban las cosas en Monchu. Estuvieron merodeando un par de semanas por las ciudades más cercanas. Y lo que descubrieron fue devastador: la emperatriz asfixiaba a la población con impuestos y les sometía a todo tipo de abusos. El que se negaba a pagar era ejecutado públicamente. Si aún así se negaba a pagar, lo quemaban de forma malintencionada en una hoguera, en la que además prendían fuego. El ejército de concejales aterrorizaba a la población cometiendo todo tipo de fechorías: desde sacarles la lengua a los niños hasta darse cabezazos contra árboles y farolas.

Los fugitivos se dieron cuenta de que se había puesto precio a sus cabezas. Vieron carteles por todas partes ofreciendo recompensas para el que les capturara.

—Nos podríamos capturar los unos a los otros —dijo el señor Flufaflú—, y así cobraríamos las recompensas. ¿Qué os parece?

A los demás les pareció muy buena idea, así que la rechazaron.

Ya de vuelta a la cabaña del Bosque Tonto, decidieron plantarle cara al imperio y organizar una resistencia que resistiera. El alcalde Sonso se erigió en líder de los proscritos, que empezaron enseguida a sustraer y acumular cuchillos de cocina y grapadoras para ir formando un arsenal militar sin par.

Empezaron emboscando concejales y tatuándoles un culo en la cara, para salir corriendo inmediatamente después. Pronto empezaron a ser famosos en los alrededores del Bosque Tonto. Enseguida empezaron a llegar voluntarios para unirse a su causa. Bajo el mando del alcalde

Sonso, se estaba formando un auténtico ejército rebelde.

Para preservar el anonimato de los líderes, dejaron de utilizar sus nombres reales. El alcalde Sonso pasó a ser la «Calimocha Negra». Jarrison se llamó a partir de entonces el «Azote de Dos». El doctor Spinacca fue conocido como la «Maza Mortal», el pobre. Al decano Orbi le llamaron el «Martillo de Orejas». Y al señor Flufafalú, el «Chacho».

Así, llegó a oídos de la duquesa de Sabadell que se estaba formando un movimiento rebelde en los alrededores del Bosque Tonto llamado «Ejército de la Calimocha Negra». La duquesa, con cien letales concejales, fue sin temor alguno al encuentro de ese ejército.

En efecto, la resistencia liderada por la Calimocha Negra era cada vez más numerosa. Las instalaciones del Bosque Tonto tuvieron que remodelarse para dar cabida a las decenas de voluntarios que se unían al grupo rebelde. Sin embargo, se trataba de gente sin experiencia militar, con lo que hubo que entrenarlos a toda prisa. Jarrison se encargó de formar a los más débiles, mientras el doctor Spinacca se encargaba de deformar a los más fuertes. En mitad de una de esas sesiones de entrenamiento, un muchacho irrumpió gritando.

—¡Se acercan varios autobuses de la emperatriz llenos de concejales asesinos!

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó Jarrison.

—No, se van de excursión a la playa, pedazo de idiota —contestó el muchacho amablemente.

—No entiendo —dijo Jarrison.

—Me alegro —replicó el muchacho, mientras enterraba la cabeza en el suelo.

—¡Atención todos! —gritó Jarrison—. ¡Plan de escondición, oculte y camuflación!

Todos obedecieron la orden de forma inmediata. La coordinación era absoluta. A pesar de ser un equipo humano de reciente creación, actuaban como una máquina de precisión perfectamente engrasada. En menos de seis horas, todo el campamento estaba camuflado, todas las armas escondidas, y todos los rebeldes ocultos en las copas de los árboles. Justo 20 segundos después llegaban los autobuses imperiales.

—Registradlo todo —ordenó la duquesa de Sabadell mientras bajaba de su autobús—. Tienen que estar escondidos, ocultados o camuflados en este bosque.

Los concejales empezaron a olisquearlo todo, a subirse a los árboles, a revolver la tierra y a podar los arbustos, pero no encontraron nada ni a nadie.

—No hemos encontrado nada ni a nadie, duquesa —informó el concejal de brigada—. O son más listos que nosotros o nosotros más tontos que ellos, una de tres.

—¡No puede ser! —la duquesa lloró y pataleó como una niña pequeñita durante menos de dos minutos para no dar muestras de debilidad ante su ejército. Fue entonces cuando el doctor Spinacca, desde la copa de un árbol cercano, reconoció a su hija.

—¡Reposita! —gritó, mientras se deslizaba hacia el suelo por una liana—. ¿Qué te han hecho estos malos?

El anciano abrazó a su hija, pero esta le apartó de un manotazo.

—Aparta, viejo —espetó a su padre con dulzura—, ya no volverás a darme órdenes. ¡Prendedle! —ordenó a los concejales.

Éstos redujeron al doctor. Cuando quedó suficientemente reducido, la duquesa se acercó a él.

—¿Dónde están tus amigos? —le preguntó.

—¿A qué amigos se refiere usted, señorita? —preguntó a su vez el doctor.

Al oír esas palabras pronunciadas por su padre, la duquesa entró en pánico y empezó a chillar y llorar como una niña pequeñita. El problema fue que, al hacerlo durante más de un

minuto, mostró un poco de debilidad ante su ejército de rudos concejales. Finalmente, logró calmarse y se arregló las trencitas.

—Matadle —ordenó, señalando a su padre.

En ese instante, el doctor logró zafarse de sus captores, desató las cuerdas que le habían atado alrededor de muñecas y tobillos, sustrajo una grapadora a uno de los concejales, dio un espectacular salto por encima de un matorral, orinó detrás de este, recogió algunas bayas silvestres, las guardó en su bolsillo, dio otro salto espectacular por encima del matorral de antes, agarró a su hija por detrás, le colocó la grapadora sobre la sien y gritó:

—¡Un movimiento y le grapo el cráneo!

—¡Es un farol! —gritó su hija, altiva.

—¡No! —replicó el doctor—. Es una grapadora calibre 24/6. ¡Y está cargada!

—¡No os mováis! —ordenó la duquesa, aterrorizada.

Pero no hizo falta la orden. Los concejales, al ver tanto movimiento por parte del doctor, habían sufrido una bajada de tensión, y se hallaban postrados en el suelo debatiéndose entre el sopor y la somnolencia.

Al ver que la tensión del momento había bajado considerablemente, los rebeldes aprovecharon para echar una siesta. Mientras estos dormían, el doctor Spinacca mandó a su hija a dormir sin cenar, por lo que Reposita, duquesa de Sabadell, se puso a llorar y a patear hasta quedarse dormida sin cenar. Cuando los rebeldes despertaron de su merecida siesta, redujeron a los concejales letales, que en ese momento estaban debatiéndose entre la inconsciencia y el sueño profundo. Después de guardar a los concejales en el altillo de la cabaña de Jarrison, los cinco líderes rebeldes mantuvieron una reunión clandestina, aunque hay quien dice que lo que pasó entonces es que los cinco líderes clandestinos mantuvieron una reunión rebelde.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el alcalde.

—Podríamos interrogar a los concejales —propuso el señor Flufaflú.

—¡Estupendo! —exclamó el alcalde.

—¡Genial idea! —coincidió Jarrison.

—¡Muy bien pensado! —dijo el doctor Spinacca.

—¡Me gusta! —opinó el decano Orbi.

Cuando se disponían a ejecutar el plan, el alcalde preguntó:

—¿Y qué les preguntamos?

Se miraron los unos a los otros. Después de unos instantes, el señor Flufaflú dijo:

—Creo que no era tan buena idea.

—De hecho era una mierda de idea —dijo el alcalde.

—Pensada con el culo —coincidió Jarrison.

—Vaya estupidez —opinó el doctor Spinacca.

—Una idiotura, vamos —dijo el decano Orbi.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jarrison.

—Discutamos —propuso el señor Flufaflú.

—¡Estupendo! —exclamó el alcalde.

—¡Genial idea! —coincidió Jarrison.

—¡Muy bien pensado! —dijo el doctor Spinacca.

—¡Me gusta! —opinó el decano Orbi.

Cuando se disponían discutir, el alcalde preguntó:

—¿Y sobre qué discutimos?

—¿Sobre qué o bajo qué? —planteó Jarrison.

—Tiene razón —señaló el doctor.
—¿Quién tiene razón? —preguntó el alcalde.
—No tengo ni idea —respondió el doctor.
—¿A qué se refiere, doctor? —preguntó el alcalde.
—No, no, gracias a usted —respondió el doctor.
—Esto no lleva a ninguna parte —interrumpió el señor Flufaflú—. Creo que deberíamos ser más sensatos.

—¿Cuánto más? —preguntó el decano.
—Por lo menos —dijo el señor Flufaflú.
—¿Cuándo empezaremos a discutir? —preguntó Jarrison.
—¿Le va bien dentro de seis minutos? —preguntó el doctor.
—No —respondió Jarrison.
—Entonces debo decirle —dijo el doctor.
—En este punto debo señalar algo —indicó el alcalde.
—Adelante, señale —le rogaron los demás.
El alcalde señaló un pino.
—Muy bien señalado, alcalde —admitió Jarrison.
—Gracias, gracias —agradeció este—, aunque creo que no las merezco. Cualquiera habría hecho lo mismo en mi situación.
—Vótemos —sugirió el decano.

Todos levantaron la mano, a excepción del alcalde, el doctor, el decano, Jarrison y el señor Flufaflú.

—¿Quién ha ganado? —preguntó este último.
—No lo sabemos —dijo el alcalde—. No sabemos interpretar el resultado.
—Es una lástima —apuntó el doctor.
—Desestabilización —dijo Jarrison.
Todos aplaudieron la bella palabra que había dicho el explorador.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el alcalde.

Contragolpe municipal

En un gran balcón en lo alto de su castillo, la emperatriz contemplaba sus dominios. La noche era clara, y la luz de la Totolla en cuarto secante y la Chukuki en quinto levante revelaban un bello paisaje. La mujer se sentía orgullosa de su posición social. Inspiró por la epiglotis, llenando de aire los phololos, mientras pensaba cuán dichosa era.

Hapechuga entró en su aposento y se aposentó sobre su cómoda cama. Miró el objeto que había sobre su mesilla de noche. El reluciente Orinal de las Tinieblas relucía de forma fantasmagórica. Se diría que el amuleto era feliz con su nueva poseedora. La emperatriz lo acarició con las pezuñas, y se quedó dormida.

Tuvo un sueño inquietante, de esos que le dejan a uno lleno de inquietud, o lo que es lo mismo, vacío de quietud. En él se le aparecía un personaje inquieto que no se movía, a pesar de lo cual hacía calor. Ella se sentía impelida a acercarse a él y darle una torta, pero en lugar de ello le daba una torta desde lejos.

—¡Vacayegua! —le decía el personaje, en tono paternal.

En ese momento despertó sobresaltada. Era la primera vez que alguien le hablaba en ese tono.

Volvió a salir al balcón, pero ya no estaba feliz. Se había quedado con ganas de darle más tortas al personaje inquieto. Así que mandó llamar a 86 concejales, a cada uno de los cuales propinó un par de tortas de antología. Así quedó relajada y tranquila.

Pero poco duró su tranquilidad. Desde el balcón pudo divisar un extraño resplandor en lontananza. Era una muchedumbre que, portando antorchas prendidas, se dirigía con paso firme hacia el castillo. Se trataba ni más ni menos que del ejército rebelde de la Calimocha Negra, que en su larga marcha hasta Sopaboba había ido engrosando sus filas con miles y miles de voluntarios que iba encontrando por el camino.

La emperatriz montó en cólera y redactó un Imperial Decreto por el que se prohibían las fresas con nata, las natas con fresa, los subterfugios, los terfugios, los superterfugios, los anonadamientos sin previo aviso, los acuchillamientos con cuchara, los avistamientos de oído, los vinilos, los vinillos, los barloventos, los cortavientos, los contravientos, las vacas flacas, los toros flores, las erupciones volcánicas y cutáneas, los domingos por la tarde, las plantaciones de plantas y las marchas nocturnas formadas por iracundas muchedumbres portadoras de antorchas prendidas.

Cuando terminó, volvió a asomarse al balcón y comprobó, llena de ira, que la masa humana seguía imparable hacia el castillo. Así que solo le quedaba una opción: someter a esa chusma por la fuerza. Agarrando con furia el Orinal de las Tinieblas, descendió las escaleras hasta el patio de armas.

—¡Abrid el portón! —grito, mientras cruzaba el patio con la mirada encendida de ira.

Los concejales guardianes obedecieron inmediatamente. En cuanto hubo el hueco suficiente para que la emperatriz saliera del castillo, es decir, en cuanto el portón estuvo abierto de par en par, la emperatriz salió del castillo.

—¡La emperatriz está saliendo del castillo! —gritó uno de los guardianes. Al cabo de pocos minutos, volvió a gritar—: ¡La emperatriz ha terminado de salir del castillo!

Efectivamente, Hapechuga II se plantó firmemente dejando el castillo a su espalda, y esperó a sus enemigos con determinación. Su vista escudriñaba el terreno con dificultad. A los pocos

minutos empezaron a llegar los rebeldes con sus antorchas. El primero en aparecer fue la Calimocha Negra en persona, que al ver a su madre volvió a desaparecer con la misma velocidad con la que había aparecido. El segundo en aparecer volvió a ser la Calimocha Negra, tirado de las orejas por el Azote de Dos y el Chacho. Les seguían la duquesa de Sabadell, la Maza Mortal y el Martillo de Orejas. Inmediatamente, empezó a aparecer la cegadora luz de los miles de antorchas rebeldes.

Los seis líderes recién llegados se adelantaron hasta quedar a unos 20 metros de la emperatriz.

—¡No pasaréis! —gritó esta, creando con su orinal un brillante halo de resplandeciente luz a su alrededor.

—Bueno, pues en ese caso nos vamos —respondió la Calimocha Negra, dando media vuelta, lo cual propició un nuevo tirón de orejas—. Te derrotaremos, malévola bruja —dijo cuando recobró el coraje.

La emperatriz reconoció a su hijo en ese momento.

—¡Hijito! —le dijo—. ¡Vuelve con mami!

—¡Mami! —exclamó la Calimocha Negra, disponiéndose a correr a los brazos de su madre, emocionado.

Nuevo tirón de orejas.

—Como le iba diciendo —prosiguió la Calimocha Negra, recobrando la compostura—, vamos a proceder a derrotarla a usted, si no es mucha molestia.

Hapechuga emitió una terrorífica carcajada.

—Aunque no tuviera poder suficiente para aniquilaros a todos —dijo—, mis mil quinientos guerreros os aplastarían sin casi pestañear.

Los 100 concejales que habían sido capturados en el Bosque Tonto, salieron de entre la multitud rebelde y se adelantaron unos metros.

—¡Mil cuatrocientos! —gritaron al unísono.

La emperatriz gritó furiosa:

—¡Habéis convencido a estos ineptos, pero ningún otro guerrero mío cambiará de bando!

En ese momento, 86 concejales salieron corriendo del castillo y se unieron a las fuerzas rebeldes.

—Nosotros sí —dijeron.

La emperatriz dio un aterrador grito que hizo retumbar la tierra.

—¿Alguno más? —preguntó furiosa.

Los 1.314 concejales restantes salieron en desbandada del castillo y se unieron al ejército rebelde.

—¿Por qué cambiáis de bando? —les preguntó la emperatriz.

—Nunca se fie usted de un concejal —contestaron los 1.314 al mismo tiempo.

Para hacer una demostración de fuerza, Hapechuga lanzó al cielo un poderoso rayo hipertrónico megaflácido que pudo verse a cienas de millas de distancia. Aterrorizados, los 1.500 concejales al completo regresaron al castillo a toda velocidad, mientras gritaban:

—¡Emperatriz, estamos con usted!

La Calimocha Negra se disponía a entrar también en el castillo, pero después de recibir otro importante tirón de orejas, se encaró a la emperatriz y le hizo una pedorreta que pudo oírse a cienas de milímetros de distancia.

Ante esa provocación, Hapechuga invocó a las fuerzas de la tormenta, que se concentraron en su cuerpo y dieron a la emperatriz un aspecto terrorífico, ya que despedía rayos terroríficos y

centellas cegadoras a la par que terroríficas también. Un ligero pánico empezó a apoderarse de los rebeldes. Las orejas de la Calimocha Negra sufrieron esta vez un importantísimo tirón. Viendo el efecto que estaba produciendo su invocación en los ánimos de los rebeldes, la emperatriz decidió invocar también a las fuerzas de los cuatro elementos (el estaño, la carbonilla, el moco y la patata), que se concentraron también en su cuerpo. La imagen era espantosa. Muchos de los rebeldes empezaron a desfilar hacia el castillo mientras gritaban:

—¡Viva nuestra emperatriz bonita, linda y preciosa!

Hapechuga siguió envalentonándose, viendo próxima su victoria, así que invocó a las fuerzas de los difuntos, pero como estaban difuntos, no tenían fuerzas. Entonces decidió invocar a las fuerzas cósmicas del cosmos.

—¡No! —exclamó la Calimocha Negra—. ¡Las fuerzas cósmicas del cosmos no!

La emperatriz no hizo caso de la advertencia, y las fuerzas cósmicas del cosmos entraron también en su cuerpo. Por desgracia para ella, aunque su cuerpo era muy extenso, no lo era lo suficiente como para albergar tantas fuerzas juntas. Y pasó lo inevitable. La pobre mujer quedó reducida a una montaña de cenizas cósmicas. La explosión fue tan poderosa que pudo verse a varios litros de allí. Los que habían entrado en el castillo volvieron a salir a toda prisa, y se unieron nuevamente al ejército rebelde, mientras gritaban:

—¡Era broma! ¡Era broma!

Los líderes rebeldes se acercaron al montón de ceniza. Rebuscando en ella solo encontraron una cosa: el Orinal de las Tinieblas. Estaba intacto.

En pocas semanas, la Gran República Monchiana fue restaurada. Los 1.500 concejales letales fueron condenados a cadena perpetua para toda la vida. El trabajo que desempeñaban estos en el ayuntamiento pasó a ser realizado por tres concejales sustitutos de contrastada profesionalidad. El alcalde Sonso Cantibaily recuperó la alcaldía. Reposita Spinacca fue acusada de traición, pero fue indultada por tonta. El señor Flufáflú fue nombrado mazmorrero jefe de la república, y fue el encargado de las mazmorras donde estaban enmazmorrados los concejales. En cuanto al doctor Florocormo Spinacca y el decano Urbet Orbi, volvieron a sus ocupaciones habituales en la universidad. Jarrison Gaitasoplas cobró su medio millón de tipitipis y se retiró a su cabaña del Bosque Tonto. El Orinal de las Tinieblas fue expuesto en el Museo de Historia de Sopaboba, aunque los que conocían sus poderes permanecieron callados, para evitar que se produjeran más incidentes como el de la señora Stova Caburry, en paz descansare.

Drástico final

En un bello rincón del Bosque Tonto, Jarrison Gaitasoplas realizaba ejercicios espirituales para fortalecer el alma y ejercicios anímicos para fortalecer el espíritu. Hacía ya varios años que residía habitualmente en su remodelada y lujosa cabaña de lujo. Vivía plenamente integrado en la Naturaleza, de la que parecía formar parte, mimetizado perfectamente con el entorno. Tanto era así que, cuando recibió la visita de dos viejos amigos, estos no le reconocieron.

—¿Ha observado usted qué bello ejemplar de sauce cagón? —preguntó el decano Orbi.

—Se equivoca usted —respondió el doctor Spinacca—. Se trata más bien de un chopo simplón.

El árbol en cuestión se dirigió a ellos en estos términos:

—Se equivocan ambos; soy Jarrison. Jarrison Gaitasoplas.

—¡Sopla! —exclamó el decano—. No le habíamos reconocido.

—De hecho, ni siquiera le habíamos reconocido —aclaró el doctor.

—Es normal —explicó Jarrison—, ya que vivo plenamente integrado en la Naturaleza, de la que parezco formar parte, mimetizado perfectamente con el entorno. Tanto es así, que cuando he recibido la visita de dos viejos amigos, estos no me han reconocido.

—¿De qué viejos habla? —preguntó el decano.

—¿De qué amigos habla? —preguntó el doctor.

—Por lo visto tiene unos amigos viejos —especuló el señor Orbi.

—Qué imbécil —opinó el doctor Spinacca—. ¿Cómo se le ocurre?

—Pero no se queden aquí, por dos —les dijo Jarrison—. Vayamos a mi cabaña a tomar té con hamburguesas.

—Para mí —expresó el doctor, diacríticamente— un té con una cucharada de azúcar en él, para que le dé más sabor, ya que sí es cierto que aún estoy en ayunas, y sé que tú no.

—Pues yo diría —replicó el decano antidiacríticamente— que mi apetito te parecerá el de una grullasapo, mas si se puede pedir, aun cuando parezca grosero, me pido tu azucarillo.

—¿Usted cree? —preguntó el doctor.

—Usted más —respondió el decano.

—Gracias, gracias —agradeció el doctor.

—No discutan más y vamos a mi casa —interrumpió Jarrison.

En la cabaña del explorador retirado, los tres hombres estuvieron hablando de los viejos tiempos y recordando con nostalgia los capítulos vividos.

—Parece que hace dos capítulos —dijo el doctor.

Los demás asintieron diciendo:

—No.

El decano fue quien expuso el motivo de su visita.

—Hemos tenido un problema —explicó—. Ha habido un intento de robo del orinal.

—¡Leche! —expresó Jarrison.

—No, gracias —prosiguió el señor Orbi—. Lo grave del caso es que el ladrón conocía los poderes del amuleto.

—¿Y cómo pudo averiguarlo? —preguntó Jarrison.

—Sospechamos que mi hija Reposita tiene algo que ver —indicó, avergonzado, el doctor.

—¿Y quién es ese misterioso ladrón? —preguntó el explorador.

—Mi hija Reposita —informó el doctor, orgulloso.

—Por eso creemos —siguió el decano— que mientras el Orinal de las Tinieblas exista, Monchu estará en peligro. Acabará llegando el día en que alguien averiguará que el objeto es poderoso e intentará robarlo, pero esta vez sin tocar la trompeta de varas mientras entra furtivamente en el museo.

—Era un violín de pistones —aclaró el doctor.

—Entonces, ¿qué es lo que proponen? —preguntó Jarrison.

—El orinal debe ser destruido —dijeron a dúo el doctor y el decano.

—Pues destrúyanlo —sugirió el explorador.

—Lo hemos intentado —explicó el doctor Spinacca—, pero no hay forma humana de hacerlo. Lo hemos intentado con todos los medios a nuestro alcance, y no hemos conseguido infligirle ni el más leve rasguño.

—¡Leche! —exclamó, sorprendido, Jarrison.

—Sí, ahora sí, gracias —dijo el señor Orbi.

—Los únicos que nos pueden ayudar —prosiguió el doctor— son aquellos que lo forjaron.

—¡Los patafluflos! —exclamó Jarrison.

—Señor Gaitasoplas —explicó el decano—, hemos venido a pedirle que lleve el orinal a los patafluflos para que ellos procedan a su destrucción o reciclado.

—Acepto —informó Jarrison.

—Por favor —suplicó el decano—, ¿es nuestra última esperanza!

—Ha dicho que acepta, imbécil —aclaró sutilmente el doctor Spinacca.

—Ah, perdón —se disculpó el señor Orbi.

Días más tarde, Jarrison se encontraba en presencia de sus viejos amigos los patafluflos. Como la última vez que había estado allí, le llevaron hasta el pie del estrado de los tronos.

—¿Por qué nos traéis un sauce cagón? —preguntó el patafluflo padre.

—Te equivocas —replicó el patafluflo madre—. Esto es un chopo simplón.

—Se equivocan ambos; soy Jarrison. Jarrison Gaitasoplas.

—¡Sopla! —exclamó el patafluflo padre—. No le habíamos reconocido.

—De hecho, ni siquiera le habíamos reconocido —aclaró el patafluflo madre.

—Es normal —explicó Jarrison—, ya que vivo plenamente integrado en la Naturaleza, de la que parezco formar parte, mimetizado perfectamente con el entorno. Tanto es así, que cuando he recibido la visita de dos viejos amigos, estos no me han reconocido.

—¿De qué viejos habla? —preguntó el patafluflo padre.

—¿De qué amigos habla? —preguntó el patafluflo madre.

—Por lo visto tiene unos amigos viejos —especuló el patafluflo padre.

—Qué imbécil —opinó el patafluflo madre—. ¿Cómo se le ocurre?

—¿Qué te trae por aquí, cabeza de chopo? —preguntó el patafluflo padre.

—Os he traído esto —sacó de su mochila el Orinal de las Tinieblas.

El pánico cundió en la sala. Los patafluflos corrían de un lado a otro chillando, pisándose, saltando, bailando y dando palmas. Cuando se calmaron, observaron lo que Jarrison les traía.

—Qué susto —suspiró el patafluflo padre—. Pensábamos que era una cucaracha. ¿Qué es esto?

—El Orinal de las Tinieblas —respondió Jarrison—. Lo forjaron ustedes.

—No lo recuerdo —dijo el patafluflo madre—. Demos un banquete en honor de carasauce y discutamos el tema.

Minutos más tarde dieron un opulento banquete en el que ofrecieron a Jarrison media

cebolleta y un cuarto de cucharada de lentejas.

—Vamos a menos, ¿no? —preguntó el explorador.

—Son malos tiempos —admitió el patafluflo padre.

—¿Qué me pueden decir del Orinal de las Tinieblas? —preguntó Jarrison—. ¿Se acuerdan de cuándo lo forjaron?

—Lo forjó mi abuelo —informó el patafluflo más viejo—. Recuerdo verlo siempre en la fragua. Yo le preguntaba: «¿Qué haces, abuelo?», y él me respondía: «Aquí, forjando».

—Qué bella anécdota —dijo Jarrison hipócritamente, ya que la historia solo le había parecido maravillosa—. ¿Usted sabe cómo podría destruirse?

—Las anécdotas no pueden destruirse —aclaró el patafluflo madre.

—Me refiero al orinal —reacalaró Jarrison.

—No se puede destruir —dijo el patafluflo más anciano.

—¿Por qué? —preguntó el explorador.

—Porque se nos ha averiado la destructora de orinales de las tinieblas.

—¿Podría echarle un vistazo a esa destructora? —preguntó Jarrison.

—Por supuesto —accedió el patafluflo padre.

Llevaron al hombre hasta una extraña máquina. Esta tenía un orificio con un cartel que rezaba: «Introduzca aquí su orinal de las tinieblas». Jarrison lo introdujo pero no pasó nada, y el orinal salió por otro orificio.

—¿Lo ves? —dijo el patafluflo padre—. No funciona.

Jarrison examinó la máquina y observó una pequeña ranura casi oculta, en la que estaba escrito: «3 tipitipis. Acepta monedas de 100, 200 y 500 tipitipis. No devuelve cambio». Por suerte, llevaba una moneda de 200. La introdujo en la ranura.

La máquina empezó a hacer un extraño ruido y a vibrar.

—¡Ha arreglado la máquina! —exclamó el patafluflo padre.

—Bien, ahora apártense, no vaya a saltar alguna chispa —dijo Jarrison mientras introducía el Orinal de las Tinieblas por el orificio.

Primero se produjeron algunos zumbidos, castañeteos, ronquidos, campanazos, tintineos, vibraciones, golpes, tracas, silbidos y aullidos. Un letrero se iluminó: «Iniciando destrucción».

Luego se produjeron una serie de zumbazos, castañazos, ronqueces, campanuras, tintinazos, vibrancias, golpeces, traquismos, silburas y aullatos. Se iluminó un nuevo letrero: «Destrucción en curso». Lo que preocupó más a Jarrison fue cuando se iluminó un tercer letrero que decía: «Peligro: manténganse a miles de millas de distancia, que esto va a petar».

Efectivamente, el orinal se desintegró produciendo una explosión que lo pulverizó todo a 20.000 millas de distancia.

El planeta Monchu quedó reducido a cenizas cósmicas del cosmos. Pero por lo menos el orinal había sido destruido. Ahora ya estaban a salvo.

Si es que estaban.

Balance celestial

Después de expulsar a Federico y Simona del paraíso, Dios sintió pesadez en los párpados, así que decidió echarse una larga siesta. Cuando llevaba ya algún tiempo durmiendo, una terrible explosión le despertó. Monchu había estallado por los vacíos. Alarmado, se dirigió hasta el lugar de los hechos, pero se le llenaron las narices de ceniza cósmica y estornudó, con lo que dispersó todavía más los restos de su amado planeta.

Desolado, preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Pero como es lógico, nadie le pudo responder. Así que decidió crear un forense para que examinara los restos del accidente.

—Buenos días —dijo el forense.

—Buenos días, muchacho —respondió Dios divinamente.

—Un respeto, Señor.

—Lo que tú quieras. ¿Dominas el forensismo?

—¿Eso qué es lo que es?

—Por ejemplo —explicó Dios—. Aquí ha explotado algo. ¿Serías capaz de determinar exactamente qué es lo que ha pasado?

—Ni puta idea.

—¿Qué cojones he creado yo? —se preguntó Dios, disponiéndose a destruir al forense.

—Un momento, Señor —dijo este—. Vamos a calmarnos y no saquemos las cosas de contexto. Espero que Su Deidad Divina sepa entender que yo soy un cualificado profesional del forensamiento.

—El mejor del universo —dijo Dios.

—Entonces —prosiguió el forense— no se deje Usted engañar por el hecho de que yo no tenga ni la más mínima idea de forensetear. Usted deme unos cuantos libros bibliográficos con muchas páginas, y llenos de letritas y numeritos, y le voy a poder exponer a usted todo lo que usted precise, en precisando. Lo digo sin ánimo de ofender, y con la esperanza de que Usted, si me entiende lo que quiero exponerle, entenderá lo que le quiero yo decir a Usted, si usted me entiende. Lo digo así para que me entienda Usted.

Dios creó una revista de decoración que el forense leyó ávidamente. Cuando hubo terminado, se sintió preparado.

—Me siento preparado —dijo—. Puedo analizar los hechos y sacar una conclusión concluyente que nos permita saber exactamente qué es lo que ha sucedido, dentro de unos márgenes de error del trescientos por cien.

—Bien, empiece —pidió Dios, al límite de su paciencia divina.

—En primer lugar podemos observar cierta neblina nebulosa de carácter envolvente, lo cual nos revela la existencia de una neblina nebulosa de carácter envolvente. ¿Que por qué está aquí? Si nos guiamos por la bibliografía, nos daremos cuenta de que la neblina en sí es errónea, con lo cual no procede. Por lo tanto, no podemos aceptar lo evidente, por resultar falso. No sé si Su Deidad Divina va entendiendo poco a poco lo que estoy diciendo con mi epiglotis, previo proceso de mi privilegiada mente cerebral.

—Sigue, sigue, lumbreras —dijo Dios.

—Bien, si se fija, verá Usted que en la parte derecha —explicó el lumbreras señalando la

parte izquierda— hay una zona en la que confluyen tres o más cosas que confluyen en la zona de confluencia, si me va entendiendo Usted. Lo voy explicando así para que se entienda, porque si lo explico para que no se entienda podríamos correr el riesgo de que se entendiera todavía más.

—En definitiva —insistió Dios—, ¿qué es lo que ha causado la explosión?

—Sin ser experto en explosiones, oiga Usted, le puedo afirmar sin temor a equivocarme, aunque probablemente me equivoque, pero sin temor, que no ha habido ningún tipo explosión, y que Usted vendría a chochar ligeramente, tal como denominamos los forenses buenos a la actitud chocheante que está manteniendo Usted en estos momentos, si es que me entiende Usted. Y para que así conste, y a los efectos oportunos, se lo explico a Usted como se lo explicaría a la madre que me...

Un rayo fulminante salió del dedo medio del Señor que, habiendo agotado su paciencia infinita, se dio por rendido.

Cuando se disponía a destruir su universo, vio un objeto entre los restos de la explosión que le llamó la atención. Era un ejemplar del *Tratado de Historia Universal* del doctor Spinacca. Este ejemplar estaba subtítulo de la siguiente manera: «*Actualizado hasta el día antes de la explosión de Monchu*». En esta última edición del tratado, el doctor había suprimido todas las referencias al orinal, por motivos de seguridad.

De este modo, Dios averiguó todo lo que había pasado en Monchu durante su siesta. Había un párrafo que le había llamado todopoderosamente la atención:

«El señor Gaitasoplas, conocido como el “Azote de Dos” durante la época de la resistencia, vivía plenamente integrado en la Naturaleza, de la que parecía formar parte, mimetizado perfectamente con el entorno. Tanto era así que, cuando recibió la visita de dos viejos amigos, estos no le reconocieron. De hecho, ambos estuvieron absolutamente de acuerdo en que Jarrison Gaitasoplas se asemejaba a un chopo simplón, y a ningún otro tipo de ser viviente del reino vegetal.»

Tanta fue la emoción que sintió Dios al leer el libro de Florocormo Spinacca, que no tuvo más remedio que expresar sus sentimientos a través de una bella canción, que así decía:

Si un divino ser se acuesta a dormir divina siesta
no se le ocurre temer ningún peligro inminente.
Así pues, dormí sin miedo, sin mover siquiera un dedo,
hasta que un inmenso pedo se produjo de repente.
Con lo a gusto que Yo estaba, de inmediato fui consciente
del desgraciado accidente.

Mi planeta favorito, tan redondo, tan bonito,
quedó convertido en trizas. Yo quise inmediatamente
saber qué había pasado. Un forense aficionado
con lenguaje refinado y un tono hartito insolente
explicó sus conclusiones a cuál más incoherente,
más bien dignas de un demente.

Sin embargo tuve suerte; entre la materia inerte
que flotaba por el cosmos, se hallaba un libro excelente
girando como una noria. Y para Mi gran euforia
era el tratado de Historia de un doctor inteligente
que llamábase Spinacca, nombre muy poco frecuente,
es decir, no muy corriente.

Después del libro leer pude por fin comprender
lo que en Monchu sucedió, después que expulsé a la gente
del paraíso perdido. Resultó que un malparido

robó un huevo de su nido, pero lamentablemente le robaron al muchacho el huevo muy hábilmente y huyeron rápidamente.

Si un ladrón roba a un ladrón se le concede el perdón, dice el dicho antiguo y sabio, mas en el caso presente el chico juró venganza: ensartarlo en una lanza, darle un mordisco en la panza, o un mazazo contundente. Al final se limitó a insultarlo horriblemente y a huir posteriormente.

Y aquí termina su historia: pasó sin pena ni gloria. Hubo después un imperio de emperador inconsciente al que un personaje loco, alias «Cabeza de Moco», para molestar un poco, usurpó el poder cruelmente. Apodaron «el Rarito» al usurpador valiente, que imperó adecuadamente.

Cansado de gobernar, quiso entonces abdicar. Presentó a unos personajes con aspecto decadente y dijo que ellos serían los que le sustituirían. Y aunque tontos parecían si los mirabas de frente o de cualquier otro lado, una cosa era evidente: lo eran efectivamente.

Tomada la decisión, al pueblo dio explicación, puesto que se la debía. Pero desgraciadamente tuvo el pobre mala suerte: sufrió prematura muerte que dejó su cuerpo inerte. Se reunió inmediatamente el grupo de sucesores, que de forma sorprendente olvidaron al ausente.

De ellos el quinto muchacho decidió, haciéndose el macho adueñarse de las islas. Los demás, del continente. Diseñaron el reparto, desde el primero hasta el cuarto, bebiendo té de lagarto y comiendo pan caliente. Cuando hubieron terminado, marcharon directamente a su feudo independiente.

Un reino se alzó en el centro con su castillito dentro. Quien reinó con gran prudencia fue Adelaido, rey prudente. No tuvo ningún relieve, sin embargo, al ser muy breve, solo seis días o nueve, lo que reinó realmente. Y es que pronta muerte tuvo por causa de un incidente que acabó violentamente.

Al gran desierto sureño llegó otro con un sueño: gobernar filosofando y ser siempre consecuente. Sin embargo, su destino le llevó a un final cochino al cruzarse en su camino un pajarito indecente. Por culpa del ave indigna, el filósofo inocente murió repentinamente.

Otro, haciendo deporte, llegó a los Llanos del Norte. Instauró la dictadura, aunque no inmediatamente, ya que estuvo trabajando y a las gentes observando. No se sabe muy bien cuándo, pero repentinamente, despertando de su sueño, una muchedumbre ingente

acabó con él vilmente.

Al oeste montañoso le tocó el más gracioso.
Era un chico muy amable, siempre estaba sonriente.
Se creyó con mucha gracia e intentó valiente audacia:
instaurar la democracia malintencionadamente,
puesto que lo que buscaba era soterradamente
ser el nuevo presidente.

El que a las islas llegó mano dura desplegó
un ejército creando con un aspecto imponente,
lleno de soldados rudos, feos, gordos, melenudos,
con unos grandes escudos, que movían torpemente.
Eran todos monstruosos y tenían solo un diente
afilado y maloliente.

Cuando estuvo preparado hasta el último soldado,
se inició terrible marcha con firmeza contundente
que cruzó primero el mar y avanzaba sin parar.
Y consiguieron llegar, armando un ruido estridente.
De poquito les sirvió, pues el sabio presidente
les paró perfectamente.

La república venció y mucho tiempo duró,
hasta que una mujer gorda, con un gesto prepotente,
consiguió sembrar el miedo sin casi mover un dedo.
Y aunque ya me importe un bledo cómo logró la imprudente
obtener tanto poder, admito sinceramente:
no lo entiendo, honestamente.

Poco le duró el poder al pedazo de mujer,
pues un grupo resistió y, luchando bravamente,
se tomó la gran molestia de plantar cara a la bestia,
que por su gran inmodestia mordió el polvo bruscamente.
Esto tampoco lo entiendo. ¿Por qué murió la serpiente?
No me importa, nuevamente.

El libro no me ha explicado por qué el planeta ha explotado.
Sin embargo, sí me indica de una forma convincente
que me quite de problemas, que me olvide de estos temas,
me dedique a hacer poemas y que viva plenamente,
olvidándome del mundo, tierras, cielos, sol naciente,
y de ser omnipotente.

Una vez hubo expresado Dios sus sentimientos, y decepcionado de su creación, procedió a destruir todo lo que había creado o, lo que es lo mismo, descrear todo lo que había construido, a excepción de una tortuguita mareada que guardó como mascota.

Ahora estaba todo oscuro otra vez. Tan oscuro estaba que no se veía nada. Y eso que nada, lo que es nada, haberla la había. Pero no se veía. Era todo un caos, es decir, nada era un todo. Pero eso era todo. Resumiendo, nada de nada.

—¡Me da igual! —exclamó Dios, sin pena ni gloria.

Y así siguieron las cosas eternamente. Por lo menos hasta el día de hoy.

Apéndice adicional

EL FATITO PEO

El Filosofado de Walga-la-Reddun, en uso de su soberanía, y representado por el filósofo Mortamón III, decreta y sanciona esta Marta Cagna.

TÍTULO PRELAMINAR

Deposiciones generales

Artículo 1

Walga-la-Reddun es un filosofado de humanos bípedos plantígrados de toda clase, que se organiza en régimen de prosperidad, paz y merengue.

El filosofado constituye un estado república filosofado parcialmente masticable, parcialmente nuboso y parcialmente más cosas que no vienen al caso, y más casos que no vienen a la cosa.

La bandera del filosofado walgalareddunés es verde, blanca, roja chillona con puntos negros y violeta grisácea, a excepción de su parte central, que será verde, blanco, rojo chillón con puntos negros y violeto grisáceo.

El himno de Walga-la-Reddun dice: «Chun, chun, tarará, ¡up-up-up!»; luego viene el estribillo: «Tunda chu, tururú patí pamí». En total todo ello se repite 800 veces.

El escudo de Walga-la-Reddun lo formarán dos espadas, tres espaldas, una cinta con las palabras «Válgame Dios», un camello, un león marsupial, un cabrasapo bailando y un tipo friendo caracoles. Y todo pintado con colorines.

Artículo 2

Todos los walgalaredduneses son iguales ante la ley. Si alguno fuere diferente a los demás, será ejecutado al cabo de 800 años a contar a partir del día siguiente.

Artículo 3

El estado walgalareddunés no tiene religión oficial, aunque no estará permitido cagarse en las deidades, más que en los supuestos excepcionales que las leyes regionales indiquen. Quedan prohibidas las leyes regionales.

Artículo 4

El walgalareddunés es el idioma oficial del filosofado. Todo walgalareddunés tiene obligación de saberlo y derecho de usarlo.

Salvo lo que se disponga en leyes especiales, a nadie se le podrá exigir el conocimiento ni el uso de ninguna lengua regional, a no ser que sea una lengua regional cuya traducción de «cagarruta» sea «cagarruta», la traducción de «fistula» sea «fistula», y así sucesivamente. No se permite el uso de lenguas cuya traducción de la palabra «cagarruta» sea «flapa-flapa de asgrumasgru», ya que sería una lengua harto zdúbrida.

Artículo 5

La capitalidad del filosofado se fija en el palacio filosofal de Mortamón III. Queda prohibido hacer uso de las letrinas del palacio, a no ser que se disponga de un justificante del médico.

Artículo 6

Walga-la-Reddun renuncia a la guerra como instrumento de política nacional, pero si algún país toca los huevos será aplastado cual vil cucaracha.

Artículo 7

El filosofado walgalareddunés acatará las normas universales del Derecho Global monchiano, incorporándolas a su derecho positivo, siempre y cuando dicho acatamiento se considere oportuno y, además, apetezca. Si no se considerare de ese modo, o no apeteciére, pues no se acatare.

TÍTULO PRIMATE

Desorganización nacional

Artículo 8

El filosofado walgalareddunés, dentro de los límites reflectantes de su territorio actual, estará integrado por lo que viene siendo la totalidad completa del filosofado walgalareddunés, valga la redundancia.

Artículo 9

Se cumplirá en todo caso lo estipulado en el Artículo 8.

Artículo 10

El Artículo 9 queda derogado, y en su lugar quedará establecido que las vacas dan leche porque tienen ubres; pero si en lugar de ello tuvieren urbes, deberían dar leche obligatoriamente.

Artículo 11

Se cumplirá obligatoriamente todo lo estipulado en el Artículo 12, a excepción de lo dicho en el Artículo 13 y 14.2.

Artículo 12

Será obligatorio el cumplimiento inexcusable del Artículo 11. Sin embargo, el presente artículo se deroga a sí mismo por motivos familiares.

Artículo 13

Nada excepcional.

Artículo 14

Será de aplicación lo dicho en el presente Artículo, a excepción de lo que no sea dicho. Por lo tanto, se procede a decir lo siguiente:

1. El Artículo 10 no queda ni quedará derogado, a no ser que haya una excepción en el Artículo 18, cosa que dudo.
2. No es de aplicación ni de obligado cumplimiento nada de lo que se dice en el Artículo 12. Es más, queda terminantemente prohibido el cumplimiento de tal artículo.
3. Se deroga el Artículo 10. Sin embargo, al quedar prohibida tal derogación por el punto 1 del presente artículo, el presente punto del presente artículo queda derogado. Ello se debe a que hay muchos artículos que se hacen derogar.

Artículo 15

Corresponde al Estado walgareddunés la legislación y ejecución, en la medida de su incapacidad política y su astringencia decúbita, sobre las siguientes materias:

1. Legislación panal, social, marcantil y precesal, y en cuanto a la legislación zivil y panal, la forma del matrimonio y la desordenación de los registros y hapotecas. Así a bote pronto.
2. Legislación sobre propiedad entelectual y endustrial.
3. Legislación sobre estañocarriles, caminitos lindos, cañaverales algunos, cosas gordas y cuadradas y puertos de escaso interés farmacéutico.
4. Legislación de aguas, leches y sopitas de verduras.

Artículo 16

El apartado 2 del Artículo 15 era broma.

Artículo 17

Queda estrictamente prohibido comer dátiles saltando a pie cojito, a no ser que sea estrictamente necesario para el desempeño de las funciones propias de un comesalta datilero.

Artículo 18

No hay ninguna excepción al apartado 1 del Artículo 14.

Artículo 19

El Artículo 16 era broma en su totalidad, al igual que el presente artículo.

Artículo 20

Las leyes del filosofado serán ejecutadas cuando se incumplan a sí mismas, excepto aquellas en cuyo texto se disponga lo contrario, siempre conforme a lo establecido en el presente artículo.

Artículo 21

Nada que añadir.

Artículo 22

Queda estrictamente prohibido infringir este artículo, el cual es, opcionalmente, de obligado cumplimiento. Sin embargo, queda derogado.

TÍTULO SEGUNSMYRE

Nacionalidad

Artículo 23

Son walgalaredduneses:

1. Los nacidos dentro, fuera o en los bordes de Walga-la-Reddun, de padre, hijo o espíritusanto walgalareddunés.
2. Los nacidos en territorio walgalareddunés de padres, hijos o espíritusantos extranjeros.
3. Los nacidos en Walga-la-Reddun de padres desconocidos, es decir, de padres que no se conozcan ni a sí mismos. Por poner un ejemplo, si a un padre de esos se le preguntare: «¿Usted quién es?», este contestaría inevitablemente: «No sé, no me conozco ni a mí mismo».
4. Los extranjeros que obtengan carta de naturaleza y los que sin ella hayan ganado vecindad en cualquier pueblo del filosofado, en los términos y condiciones que prescriban las leyes. Quedan derogadas las palabras impares de este cuarto punto, así como esta última oración en su totalidad.

Artículo 24

La calidad de walgalareddunés se pierde:

1. Por entrar al servicio y dejarla olvidada sobre la letrina.
2. Por adquirir voluntariamente naturaleza en un país extranjero de esos que están fuera.

TÍTULO TERCIANTE

Derechos y deberes de los walgalaredduneses

Artículo 25

Serán derechos de los ciudadanos walgalaredduneses los siguientes.

Artículo 26

Serán los deberes de los ciudadanos walgalaredduneses todos aquellos que no estén especificados en el Artículo 25 que, por cierto, queda derogado.

TÍTULO CUATRERO

Nabos y coles

Artículo 27

Queda terminantemente prohibido dejar armas letales en manos de un clan de chimpancés.

Artículo 28

Los chimpancés y los burricerdos no podrán dar indicaciones ni órdenes, ni tener funciones de dirección u organización. Adicionalmente, sus opiniones no contarán en absoluto. No es que estos animalitos puedan hablar o razonar, pero peores cosas se han visto, torres más altas han caído, pulgas más bajas han saltado y trusquis más flusquis han grunflado.

Artículo 29

El espectáculo nacional consistirá en clavar hierros y otros artilugios dolorosos a un animal grande y tonto, y hacerlo sangrar hasta la muerte, mientras uno o más hombres, vestidos elegantemente y con los cojones apretados a un lado, irán moviendo una sábana colorada con soltura y describiendo bellos movimientos llenos de gracia y salero. Dicho espectáculo será rebajado a nivel de arte sublime.

Deberá escogerse para ello una raza de animal bravo pero extremadamente tonto. Más que nada para evitar que se suicide al enterarse de lo que le espera a él y a los suyos.

Artículo 30

Queda terminantemente prohibido estornudar sin ganas.

Artículo 31

Queda terminantemente prohibido cumplir con el Artículo 30. Si en algún caso excepcional se detectare alguna posible incompatibilidad entre el presente artículo y el Artículo 30, deberá procederse según determine el Artículo 32.

Artículo 32

A perro flaco todo son pulgas.

Artículo 33

Queda terminantemente prohibido evacuar los contenidos intestinales en las zonas especialmente habilitadas para ello, es decir, en las zonas especialmente habilitadas para no evacuar los contenidos intestinales.

Artículo 34

Queda intermitentemente prohibido practicar las artes adivinatorias, con la excepción mencionada en el Artículo 35.

Artículo 35

Puede profetizarse el fin del planeta, siempre y cuando la profecía se cumpla. En ese caso, el profeta será felicitado por su sabiduría y buen ojo. En caso de no cumplirse tal destrucción planetaria en la fecha indicada, el profeta será ejecutado al día siguiente de la supuesta catástrofe no acaecida.

El profeta puede prorrogar la fecha del fin planetario por un máximo de tres veces, y en prórrogas no superiores a las 10 semanas, siempre y cuando dicha solicitud de prórroga se anuncie con una antelación mínima de 72 horas antes de la fecha inicialmente prevista para la catástrofe.

Artículo 36

Queda terminantemente prohibido destruir el planeta Monchu para que se cumpla una profecía y escapar así a la acción del Artículo 35.

Artículo 37

Queda terminantemente prohibido decir mentiras y/o mentirijillas, así como levantar falso testimonio, falsear un testimonio levantado o testimoniar un levantamiento falso.

Artículo 38

Queda terminantemente prohibido asesinar a cualquier ser humano, especialmente si ello le conlleva perder la vida.

El suicidio solo está permitido si es en defensa propia.

Artículo 39

Los walgalaredduneses podrán asociarse o sindicarse libremente para distintos fines de la vida humana, aunque solo se podrán crear asociaciones y sindicatos de los siguientes tipos:

1. Asociaciones sin ánimo de lucro cuyo principal objetivo sea lucrarse con ánimo.
2. Sindicatos de trabajadores cuyo único fin sea convocar huelgas que solo toquen los huevos al ciudadano de a pie, y cuyas reivindicaciones sean absolutamente surrealistas e irrealizables. En ese caso será obligatorio el uso de piquetes, meramente informativos, que informarán al pueblo acerca de la conveniencia de secundar la huelga. Los destrozos en los bienes personales y las facturas del hospital de aquellos que no secunden la huelga correrán a cargo de ellos mismos.
3. Sectas cuyo principal líder diga ser Dios, un enviado del mismo, un integrante de algún tipo de jerarquía celestial o un ser de origen extramonchiano. Quedan prohibidas las sectas cuyo cuerpo de doctrina sea mínimamente coherente. El acólito de la secta deberá infravalorarse al máximo obligatoriamente, y aspirar a quimeras lo más surrealistas posible. El líder obtendrá subvenciones del filosofado cuando profetice el fin del planeta,

siempre teniendo en cuenta lo estipulado en el Artículo 35.

Artículo 40

Todos los walgalaredduneses, sin distinción de sexo, raza, talla, peso, pilosidad, color, forma, olor o suavidad craneal, son admisibles a los empleos y cargos públicos según su mérito y capacidad. Los aspectos utilizados para el cálculo de dicho mérito y capacidad serán, por este orden:

- a) Parentesco con el presidente.
- b) Amistad con el presidente.
- c) Parentesco con algún pariente del presidente.
- d) Parentesco con algún amigo del presidente.
- e) Amistad con algún pariente del presidente.
- f) Amistad con algún amigo del presidente.
- g) Parentesco con algún pariente de algún pariente del presidente.
- h) Parentesco con algún pariente de algún amigo del presidente.
- i) Parentesco con algún amigo de algún pariente del presidente.
- j) Parentesco con algún amigo de algún amigo del presidente.
- k) Amistad con algún pariente de algún pariente del presidente.
- l) Amistad con algún pariente de algún amigo del presidente.
- m) Amistad con algún amigo de algún pariente del presidente.
- n) Amistad con algún amigo de algún amigo del presidente.

Artículo 41

Los nombramientos, excedencias y jubilaciones de los funcionarios públicos se harán conforme a los vientos soplantes. La separación del servicio, las suspensiones y los traslados solo se producirán en el caso de sorprender al funcionario royendo alguna mesa o silla propiedad del filosofado.

Artículo 42

En caso de que así lo considere oportuno, el presidente del filosofado podrá suspender temporalmente los Artículos 1 a 125 y hacer con ellos lo que en gana le viniere.

Artículo 43

La familia está bajo la salvaguardia especial del Estado. La familia del presidente, se entiende.

El matrimonio se funda en la igualdad de derechos para ambos sexos, si así lo estima oportuno la mujer, y podrá disolverse por mutuo desacuerdo o a petición de cualquiera de los cónyuges a excepción del marido.

Los padres están obligados a alimentar, asistir, educar e instruir a sus hijos. El Estado velará por el cumplimiento de estos deberes y se obliga subsidiariamente a su ejecución. A la ejecución de estos deberes, se entiende, no de los hijos.

Artículo 44

El pelo recogido hacia arriba en la cabeza de una ciudadana walgalareddunesa con hijos propios

no forma matrimonio, sino madrimoño.

Artículo 45

El filosofado protegerá los lugares notables por su belleza natural o por su reconocido valor artístico o histórico. Al mismo tiempo desprotegerá los lugares insuficientes o muy deficientes por su fealdad artificial o por su desconocida cobardía artística o histórica.

Artículo 46

El trabajo, en sus diversas formas, es algo que, sin estar prohibido, debería evitarse en la medida de lo posible, sobre todo si este se produce en un entorno laboral.

Artículo 47

El filosofado protegerá a los campesinos de los ataques de las hienas híbridas de cuello centrípodo, animal que, aunque extinto, tiene unas enormes y afiladas garras de hiena.

Del mismo modo, el filosofado protegerá a los pescadores de los ataques de los campesinos que, aunque inexistentes, tienen hermosas orejas.

Artículo 48

La enseñanza primaria será gratuita y obligatoria a los 60 años de edad. Antes de esa edad será obligatoria pero no gratuita. Después de esa edad será gratuita pero no obligatoria. Dicha enseñanza estará prohibida antes del nacimiento y después del fallecimiento, para evitar situaciones absurdas.

Artículo 49

La expedición de títulos académicos y profesionales corresponde exclusivamente al filosofado, que establece las pruebas y requisitos necesarios para obtenerlos, de la siguiente manera:

1. Superada la enseñanza primaria se expedirá el «Título de Primate». Para ello el estudiante deberá demostrar que sabe hacer una «W» con un canuto.
2. Superada la enseñanza secundaria se expedirá el «Título de Segundón». Para ello el estudiante deberá demostrar que sabe construir una catedral barroca (es decir, de barro) en menos de 200 años, y destruirla en menos de 6 minutos.
3. Superada cualquier diplomatura se expedirá el «Título de Diplomático». Para ello el estudiante deberá demostrar que no sabe hacer absolutamente nada.
4. Superada cualquier licenciatura se expedirá el «Título de Licenciado». Para ello el estudiante deberá demostrar que sabe mantener una conversación fluida con dos tomates y una vaca pocha.
5. Superado cualquier doctorado se expedirá el «Título de Torero». Para ello el estudiante deberá demostrar que sabe escupir para dentro, y presentar una tesis doctoral titulada «Tesis Doctoral», que un tribunal compuesto por él mismo deberá aprobar por unanimidad. La tesis también puede ser rechazada por una nimiedad, en cuyo caso el fracasado podrá

recurrir. Concretamente, recurrir a la típica escena de llantos y súplicas, que obligatoriamente el tribunal deberá aceptar, aprobando la tesis en todo caso (incluso en el caso de que la tesis sea una auténtica mierda).

Artículo 50

Queda prohibida la cultura, en general. Podríamos permitirla, e incluso fomentarla para el bien del filosofado. Pero sería un enorme trabajo: que si esto, que si lo otro, etc. Si eso, ya, otro día.

Artículo 51

En cuanto al sector pesquero, y sin entrar en detalles, el congrio de palangana costará 3 tipitipis el kilo si es de la parte del lomo; los cuernos y el rabo costarán 3 tipitipis el kilo; el resto del pájaro costará 3 tipitipis el kilo.

Artículo 52

En cuanto al sector financiero estará obligatoriamente compuesto por personas y por banqueros, a partes iguales. Todos deberán ser seres humanos, con la única excepción de los chivos expiatorios y los cabezas de turco.

Artículo 53

En cuanto al sector aeronáutico, queda terminantemente prohibido surcar los cielos. Si alguien quiere surcar algo que surque a su padre.

Artículo 54

Podrán escupir por la calle todos los ciudadanos de la república mayores de 23 años, sin distinción de sexo ni de estado civil, que reúnan las condiciones fijadas por la ley de Escupitajos, cuya redacción deberá ser pospuesta un mínimo de 300 años.

Artículo 55

Este artículo es muy interesante. No es que haya mucho contenido en realidad, pero el estilo de su redacción lo convierte en el mejor artículo de esta Marta Cagna, y en uno de los mejores artículos jamás escritos en todo Monchu.

Artículo 56

En realidad, el Artículo 55 queda derogado por exceso de soberbia, y por falsedad falsifical, ya que el mejor artículo de esta Marta Cagna es el presente artículo. Solo hay que leerlo, y se da uno cuenta del porte, la elegancia y la distinción sin par que derrocha.

Artículo 57

Habría mucho que discutir acerca de la calidad del anterior artículo. El artículo presente, gran amigo del Artículo 55, solicita que se haga algo de justicia a la derogación que el Artículo 56, absolutamente fuera de lugar, ha perpetrado. Si alguno de los artículos subsiguientes está de acuerdo, que haga algo al respecto.

Artículo 58

Queda terminantemente prohibido comer pipas de rábano en las cercanías de los diques secos.

Artículo 59

No es por meter cizaña, pero creo que el Artículo 58 no tiene nada que ver con lo que se estaba discutiendo aquí. Así que queda derogado dicho artículo.

Artículo 60

Este artículo está completamente de acuerdo con el Artículo 57. En conversación mantenida con el Artículo 62, se ha llegado al acuerdo de reescribir el Artículo 55 por el bien de la Humanidad.

Artículo 61

Pues a mí el Artículo 58 me gustaba.

Artículo 62

Este artículo es muy interesante. No es que haya mucho contenido en realidad, pero el estilo de su redacción lo convierte en el mejor artículo de esta Marta Cagna, y en uno de los mejores artículos jamás escritos en todo Monchu.

Artículo 63

Habiendo tenido conocimiento de la conspiración que los Artículos 64 a 66 planeaban contra el Artículo 62 (antes 55), quedan derogados por adelantado dichos artículos.

Artículo 64

Ya para qué.

Artículo 65

Eso digo yo.

Artículo 66

Cobardes.

TÍTULO QUINTOLEBANTA

Presidencia del filosofado

Artículo 67

El presidente de la república es el jefe del estado y personifica a la nación.

Artículo 68

El presidente de la nación es el jefe de la república y personifica al estado.

Artículo 69

El presidente del estado es el jefe de la nación y personifica a la república.

Artículo 70

Será nombrado presidente aquel que nació ni más ni menos que de la madre pública en estado, siempre y cuando no haya sido gestado por una clonación de la madre públicamente divulgada.

Artículo 71

Solo serán elegibles para la presidencia del filosofado los ciudadanos walgalaredduneses mayores de 40 años que se hallen en plena efervescencia de sus trastornos mentales, sin perjuicio de lo estipulado en el Artículo 87.

Artículo 72

No podrán ser elegibles ni tampoco propuestos para candidatos:

1. Los calvos, tanto los que lo sean en el momento del nombramiento como los que previsiblemente vayan a serlo dentro de un plazo no inferior a 300 años.
2. Los que estén despeinados o con restos de comida en las anteorejas.
3. Los especificados en los puntos 1 y 2 del Artículo 72.

Artículo 73

El mandato del presidente del filosofado durará seis minutos prorrogables a 20 años adicionales.

Artículo 74

El presidente del filosofado no podrá ser reelegido si nunca ha sido presidente del filosofado. Para ser reelegido hay que ser elegido antes.

Artículo 75

Corresponde al presidente del filosofado:

1. Levantarse por la mañana temprano, a eso de las ocho o doce aproximadamente.
2. Presidir con gracia y salero durante todo el día.
3. Irse a dormir tempranito excepto en los supuestos del Artículo 76.

Artículo 76

El presidente se irá a dormir más bien tarde cuando:

1. No se vaya a dormir tempranito.
2. Lo mismo que el apartado 1, pero con pantuflas de piel de borrego.
3. No existe ninguna otra excepción, a excepción de las excepciones existentes detalladas en el apartado 3 del Artículo 74, que al no poseer apartado 3, lo deja todo como está.

Artículo 77

Queda terminantemente prohibido salir a la calle gritando: «Presidente, cabrón, irás al paredón», a no ser que se grite con dulzura y manteniendo los buenos modales y la compostura.

Artículo 78

Las retribuciones monetarias del presidente nunca excederán el sueldo de los walgalaredduneses (el de todos ellos, sumado).

Artículo 79

El presidente del filosofado expedirá los decretos, reglaciones e instrumentos necesarios para la ejecución de las leyes.

Artículo 80

Este artículo queda derogado antes de su redactado, ahorrando así un esfuerzo inútil.

Artículo 81

En caso de fallecimiento del presidente, este será inmediatamente cesado y no podrá ser reelegido.

Artículo 82

El presidente podrá ser destituido antes de que expire su mandato únicamente en los siguientes supuestos:

1. Que el presidente sea un poco joputa.
2. Que la mujer del presidente le haya mandado a por pan, y a los 300 metros de llegar a la panadería se haya encontrado con un antiguo compañero de colegio, hayan estado charlando de los viejos tiempos durante 12 minutos y se haya vuelto para casa, olvidándose completamente del pan y de la madre que lo parió.
3. En el mismo supuesto que el apartado 2, pero con una ferretería y una docena de pinzas para tender la ropa.
4. En el mismo supuesto que el apartado 1 pero con cabronazo mamón.

Artículo 83

El presidente podrá nombrar ministros, pero se abstendrá de hacerlo.

Artículo 84

Si el presidente se llama Aurelio, se le llamará presidente Aurelio. Si, por el contrario, se llama Abelardo, se le llamará presidente Abelardo. Y así sucesivamente, pero con las siguientes excepciones:

1. Si el presidente se llama Presidente no se le llamará presidente Presidente, sino que, para evitar problemas, será ejecutado.
2. Si el presidente sencillamente no se llama, entonces se le llamará.

Artículo 85

No por mucho que el presidente madrugue amanecerá más temprano, a excepción de lo siguiente:

1. Cuando en madrugando el presidente acaezca que la hora de amanecimiento sea más temprana de lo habitual.
2. En el supuesto de los apartados 1 y 2 del Artículo 85.

En consecuencia le queda terminantemente prohibido al presidente del filosofado mucho madrugar.

TÍTULO SIESTO

Elección del presidente filósofo

Artículo 86

El presidente filósofo del filosofado no será elegido por el pueblo mediante sufragio (universal o restringido), referéndum, plebiscito, elecciones (generales o capitanas), ni nada por el estilo. Actuar de tal modo sería infringir directamente el Artículo 27.

Artículo 87

Solo se podrá elegir presidente filósofo del filosofado a la persona cuyas capacidades para gobernar sean las óptimas para la tarea. Actuar de otro modo sería infringir el Artículo 28.

El presidente será elegido por sí mismo en la forma y tiempo que cada presidente filósofo estime oportuno.

Artículo 88

El presidente del filosofado, a propuesta de sí mismo, podrá nombrar a la mascota oficial, siempre y cuando se trate de un lindo patito que haga «cuacúa» y mueva la colita como un pato. La mascota oficial podrá ser ascendida a ministro sin cartera, siempre y cuando demuestre ser una mascota descerebrada y, además, el número de ministros sin cartera no supere los 500.

Artículo 89

Un ministro sin cartera será ascendido a peón caminero sin mochila si demuestra ser cabal y honesto. El número de peones camineros sin mochila no podrá superar los 50.

Artículo 90

Un peón caminero sin mochila será ascendido a mochilero caminero sin peonza si demuestra ser usufructuario y reincidente autonómico. El número de mochileros camineros sin peonza no podrá superar los 5.

Artículo 91

Un mochilero caminero sin peonza será ascendido a camino peatonal de troche sin moche, por el que circularán los ciudadanos de a pie (los ciudadanos de a moto, por cierto, circularán por encima de los ministros sin cartera). Para que tal ascenso se haga efectivo, el mochilero caminero

sin peonza debe demostrar ser ventoso y ligeramente sísmico. El número de caminos peatonales de troche sin moche no podrá superar los 0,5.

Artículo 92

En caso de catástrofe nacional, el presidente podrá declarar el estado de catástrofe nacional, a no ser que dicha catástrofe nacional no sea nacional o no sea catástrofe, en cuyos casos el presidente declarará simplemente una catástrofe o una nacional respectivamente. En el improbable caso de que la catástrofe nacional en cuestión no sea ni catástrofe ni nacional, se declarará simplemente.

Artículo 93

Si algún walgalareddunés es sorprendido dejando para mañana lo que pudiese hacer hoy, será inexorablemente arrestado al día siguiente.

TÍTULO SÉPTICO

Injusticia

Artículo 94

La justicia se administra en nombre del Estado.

El filosofado asegurará a los litigantes económicamente necesitados la gratuidad de la justicia, asignándoles un abogado tan malo que preferirán morir a seguir litigando.

Los jueces son independientes en su función. Solo están sometidos a la ley y a su propia estupidez, si es que la hubiere. Si es que hubiere ley, se entiende.

Artículo 95

La jurisdicción penal militar quedará limitada a los delitos militares.

Artículo 96

La jurisdicción penal milibar quedará limitada a los delitos milibares.

Artículo 97

La jurisdicción penal minibar quedará limitada a los delitos minibares.

Artículo 98

La jurisdicción penal similar quedará limitada a los delitos similares.

Artículo 99

El presidente del Tribunal Supremo será designado por el presidente del filosofado. En otras palabras, el presidente del Tribunal Supremo será designado por el presidente del filosofado. Se ha dicho que serían otras palabras, no que serían palabras distintas. Ha dado la casualidad que han sido otras palabras exactamente iguales a las primeras, qué le vamos a hacer. Y ya puestos, este párrafo queda derogado.

El cargo de presidente del Tribunal Supremo solo requerirá: ser walgareddunés, mayor de 40 años, calvo, gordo y licenciado en Derroche. Le comprenderán las incapacidades e incompatibilidades típicas de la edad.

Las mujeres no podrán ostentar el cargo de presidente del tribunal, ya que en ese caso deberían ostentar más bien el cargo de presidenta, y ello obligaría a cambiar todos los letreros y cartelitos, lo cual sería un jaleo tremendo.

El ejercicio de la magistratura del presidente del Tribunal Supremo durará un máximo de 90 años a contar a partir de las 14:00 horas del día siguiente a su primera caída en bicicleta.

Artículo 100

El presidente del Tribunal Supremo tendrá, además de sus facultades propias, las siguientes:

1. Ninguna más.

Artículo 101

Los jueces y magistrados no podrán ser jubilados, separados ni suspendidos en sus funciones, ni trasladados de sus puestos, ni siquiera en caso de fallecimiento.

Artículo 102

Cuando un tribunal de justicia haya de aplicar una ley que estime contraria a la Marta Cagna, suspenderá el procedimiento y el magistrado oficiante se pondrá de cuclillas en un rincón del tribunal especialmente habilitado para este supuesto, donde llorará y llorará durante unas 12 horas, pasadas las cuales podrá irse a su casa, donde permanecerá encerrado hasta el día de su muerte. Esta deberá producirse obligatoriamente dentro de los 800 años siguientes a contar a partir de las 14:00 del día siguiente al de la suspensión del procedimiento.

Artículo 103

Las amnistías solo podrán ser acordadas por el presidente del filosofado. No se concederán indultos generales, a no ser que se concedan.

En los delitos de extrema gravedad, cometidos por delincuentes socialmente inadaptados y peligrosos, dichos delincuentes serán inmediatamente indultados, previo informe del Tribunal Supremo, obligatoriamente favorable, y a propuesta del presidente del filosofado en ejercicio de sus irresponsabilidades.

Artículo 104

El pueblo participará en la Administración de Justicia mediante la institución del jurado y de las animadoras con pompones.

Artículo 105

El Finisterio Miscal velará por el exacto cumplimiento de las leyes y por el interés social, siempre y cuando se vea con ganas.

Artículo 106

Todo walgalareddunés tiene derecho a ser indemnizado de los perjuicios que se le irroguen por error judicial o delito de los funcionarios judiciales en el ejercicio de sus cargos, siempre y cuando dicho walgalareddunés sea capaz de meterse 200 colirrábanos por la nariz en menos de medio minuto. En caso contrario, los funcionarios judiciales seguirán impunes y campando a sus anchas, como el que no quiere la cosa.

TÍTULO OCHAVO

Haciendo públicos

Artículo 107

La formación del proyecto de Presupuestos corresponde al jefe de subsección de la sección del subnegociado del negociado de Presupuestos de la Oficina de Negociados y Secciones. El presidente del filosofado deberá aprobarlos, tanto si están bien confeccionados como si no.

Artículo 108

El período de vigencia de los Presupuestos comprenderá desde el mismo instante en que entren en vigencia hasta el mismo instante en que salgan de vigencia. Se entiende el período de vigencia como el período en que estén vigentes. Del mismo modo, el período en que estén vigentes será el período de vigencia.

Artículo 109

Las cuentas del filosofado se rendirán ante el Tribunal de Cuentas, cuya creación queda terminantemente prohibida.

Artículo 110

El Presupuesto General deberá escribirse en un papel cebolla muy bonito con el escudo de Walgala-Reddun en la parte superior izquierda, y con muchos, muchos numeritos.

Artículo 111

Los Presupuestos, en todos los casos, serán supuestos previamente.

Artículo 112

A los Presupuestos nada se les presupone.

Artículo 113

A parte de los Presupuestos, será obligatoria la redacción de los Supuestos, que serán supuestos en el momento (sobre la marcha, digamos). Su período de vigencia será el mismo que el de los Presupuestos. Todo ello supuestamente.

Artículo 114

El encargado de redactar los Supuestos será el cuñado del tipo que redactó los Presupuestos. Si este no tuviere cuñado, se verá en la obligación de conseguirse uno LMPP (Lo Más Pronto)

Posible).

Artículo 115

Los Supuestos se redactarán con tinta verde sobre papel de alioli, bastante bonito, dentro de un margen aceptable. Irá sin escudo y estrictamente sin numeritos.

Artículo 116

A parte de los Presupuestos y los Supuestos, serán de obligada redacción los Porsupuestos. La redacción de los mismos correrá a cargo de la persona designada a tal efecto.

Artículo 117

Suponiendo que los Presupuestos sean pospuestos, se presupondrá que los Porsupuestos han sido prepuestos a proposición del redactor de los Supuestos, que supuestamente y por supuesto, habrá presupuesto este hecho con suficiente antelación. Se evitarán todo tipo de suposiciones al respecto.

Artículo 118

Los Porsupuestos se escribirán preferiblemente utilizando brocha gorda sobre lienzo minúsculo, a no ser que la autoridad incompetente confirme este punto.

Artículo 119

El Artículo 117 es un suponer.

Artículo 120

El Artículo 119 es un presuponer.

TÍTULO NONOGÉSIMO

Garantías y reforma de la Marta Cagna

Artículo 121

Se establece, con jurisdicción en todo el territorio del filosofado, un Tribunal de Garantías Constitucionales, que tendrá competencia para:

1. Devolver el importe de los mecanodomésticos averiados, siempre y cuando la reclamación de tal devolución se produzca en una fecha no superior a seis minutos después de la compra de dicho mecanodoméstico.
2. Lo mismo que el punto 1.
3. Lo mismo que el punto 2, a excepción de lo dicho en el punto 1.
4. Lo mismo que el punto 4.

Artículo 122

Compondrán este tribunal:

1. Mi pare, mi mare.
2. Mis hermanos, excepto el Usebio.
3. Un primo mío llamado Frnnd, que es muy majete.

Artículo 123

Queda terminantemente prohibido agobiar al tribunal con trabajo de cualquier índole.

Artículo 124

Las inmunidades y prerrogativas de los miembros del tribunal son, a saber:

1. Todas las imaginables.
2. Todas las inimaginables.
3. Todas las que no estén comprendidas en los apartados 1 y 2.

Artículo 125

La Marta Cagna podrá ser reformada:

1. Sobre mi cadáver.
2. Bajo mi cadáver.
3. A izquierda o derecha de mi cadáver.

Palacio filosofal de Walga-la-Reddun, a eso de las 12:38.